

BOLETÍN OFICIAL

Obispado de Lugo

Año CXLII - Nº 3
Septiembre-Diciembre 2024

Edita

Obispado de Lugo

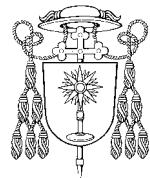
Maquetación e impresión

La Voz de la Verdad

Depósito Legal

LU 8-1958

Sumario



IGLESIA DIOCESANA

Del Sr. Obispo

283	<u>Líneas de acción pastoral 2024-2025</u>
296	<u>Liñas de acción pastoral 2024-2025</u>
309	<u>Decreto por el que se determinan los templos diocesanos para el Año Jubilar Romano</u>
312	<u>Decreto de Disolución de la Fundación Educativa Nites</u>
313	<u>Erección y Estatutos de la Comisión para la Atención a Menores, Personas Vulnerables y sus Familias (Adarga)</u>
323	<u>Compartir la propia persona. Día de la Iglesia diocesana</u>
325	<u>Compartir a propia persoal. Día da Igrexa diocesana</u>
327	<u>Por ti, por mí, trabajo decente. X Jornada Mundial del Trabajo Decente</u>
330	<u>Por ti, por mí, trabajo decente. X Xornada Mundial do Traballo Decente</u>
333	<u>Colecta extraordinaria polos damnificados da DANA</u>
335	<u>Homilía en el Congreso «Escuelas Católicas»</u>
338	<u>Resultado de la colecta por los damnificados de la DANA</u>
339	<u>Mensaje de Navidad</u>
340	<u>Mensaxe do Nadal</u>
341	<u>Inauguración del Año Jubilar Romano 2025</u>
345	<u>Decreto de Indulgencia con motivo del Año Jubilar</u>
346	<u>Decreto de edición digital del Boletín Oficial del Obispado</u>

Secretaría General

347 | [Nombramientos](#)
348 | [Defunciones](#)

Información Diocesana

349 | [Necrológicas](#)

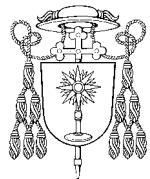
CONFERENCIA EPISCOPAL

359 | [Nota y rueda de prensa final de la 268.ª Comisión Permanente](#)
363 | [Nota y rueda de prensa final de la 126.ª Asamblea Plenaria](#)

SANTA SEDE

Santo Padre Francisco

373 | [Viaje apostólico de Su Santidad Francisco a Indonesia, Papúa Nueva Guinea, Timor Oriental, Singapur](#)
379 | [Mensaje con ocasión de la Jornada Mundial de la Alimentación](#)
382 | [Santa Misa y canonización de los beatos Manuel Ruiz López y siete compañeros y Francisco, Mooti y Rafael Massabki, Giuseppe Allamano, Marie-Léonie Paradis y Elena Guerra](#)
386 | [Carta encíclica *Dilexit Nos* sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo](#)



- Líneas de acción pastoral 2024-2025
- Liñas de acción pastoral 2024-2025
- Decreto por el que se determinan los templos diocesanos para el Año Jubilar Romano
- Decreto de Disolución de la Fundación Educativa Nites
- Erección y Estatutos de la Comisión para la Atención a Menores, Personas Vulnerables y sus Familias (Adarga)
- Compartir la propia persona. Día de la Iglesia diocesana
- Compartir a propia persoña. Día da Igrexa diocesana
- Por ti, por mí, trabajo decente. X Jornada Mundial del Trabajo Decente
- Por ti, por min, traballo decente. X Xornada Mundial do Traballo Decente
- Colecta extraordinaria polos damnificados da DANA
- Homilía en el Congreso «Escuelas Católicas»
- Resultado de la colecta por los damnificados de la DANA
- Mensaje de Navidad
- Mensaxe do Nadal
- Inauguración del Año Jubilar Romano 2025
- Decreto de Indulgencia con motivo del Año Jubilar
- Decreto de edición digital del Boletín Oficial del Obispado
- Nombramientos
- Defunciones
- Necrológicas

DEL SR. OBISPO

Líneas de acción pastoral 2024-2025

Renovar la esperanza

1. El gran Jubileo romano de 2025

La convocatoria del Año Jubilar romano de 2025 por nuestro Papa Francisco con su Bula «*Spes non confundit*» nos invita a poner nuestro nuevo curso pastoral bajo el signo de la esperanza. Éste ha querido el Papa que sea el «mensaje central del próximo Jubileo» (*Spes*, 1), que ha puesto bajo el lema *peregrinos de la esperanza*.

Nosotros participaremos en las celebraciones jubilares unidos a toda la Iglesia, haciéndonos así más conscientes de estar caminando juntos en la historia. Nos lo recuerdan especialmente los ritmos del Jubileo romano, que refleja el paso de los siglos; pero también la celebración ya anunciada para 2025 del 1700 aniversario del primer gran Concilio ecuménico en Nicea (del año 325), decisivo para nuestra profesión de fe en Jesucristo como verdadero Hijo de Dios, consustancial al Padre (*Spes*, 17).

La apertura de la *Puerta Santa* de la Basílica de San Pedro en el Vaticano tendrá lugar el día 24 de diciembre de este 2024; y su clausura será el 6 de enero de 2026.

Pero el Papa ha establecido igualmente que se proceda a una *apertura solemne del Año jubilar en todas las Catedrales* el día 29 de diciembre de 2024, con una correspondiente clausura el 28 de diciembre

de 2025. Nosotros procederemos a la apertura diocesana con una breve peregrinación a nuestra Catedral Basílica y una celebración de la Eucaristía el próximo 29 de diciembre, siguiendo lo dispuesto en la Bula papal (*Spes*, 6c).

Según lo establecido por la Santa Sede, las gracias de este Jubileo podrán ser alcanzadas, cumpliendo las condiciones habituales, acudiendo como *peregrinos de la esperanza* a la propia Catedral o a aquellos templos que para tal fin indique el Obispo diocesano. Así pues, para que el bien espiritual de este gran Año alcance a todo el territorio diocesano y todo fiel sienta cercana la gracia de revivir el Amor de Cristo y la pertenencia a su Iglesia, determino que en esta Diócesis de Lugo, además de en su Catedral Basílica, los fieles *podrán ganar la indulgencia jubilar peregrinando a alguno de los siguientes Santuarios*: Nuestra Señora de los Desamparados en Abades, Nuestra Señora de las Angustias en San Pedro de Arcos, Nuestra Señora de Cadeiras, San Pedro de Cadoalla, San Julián de Carballo, Santa María La Real de O Cebreiro, Virgen de los Remedios en Cesar, Nuestra Señora en Curbián, Nuestra Señora de la Peña de Francia en Dozón, Santa María de A Ermida, Nuestra Señora de O Faro, Santa María de A Fonsagrada, Santo Cristo de Goián, Nuestra Señora de la Salud en San Pedro de Líncora, San Eufrasio en Santa María del Mao, San Bernabé en Santiago de Martín, San Vicente del Pino en Monforte, Santa María Magdalena de Mougán, Nuestra Señora de O Corpiño, Santa María de Rendal, Ecce Homo en Santiago de Rubián, Nuestra Señora de la Saleta en Siador y Nuestra Señora de los Dolores en Vilasante.

Por otra parte, la Penitenciaría apostólica publicó el 13 de mayo de 2024 un documento complementario a la Bula con amplias indicaciones sobre las indulgencias de este año jubilar. Se precisan en él diversas y abundantes formas de ganar esta indulgencia, a fin de facilitar al máximo alcanzar la finalidad del Jubileo, es decir, la reconciliación y la transformación del corazón. Cualquier duda al respecto podrá ser aclarada por nuestra Delegación de liturgia.

Como signo de comunión con el Sucesor de Pedro y con la Iglesia universal, se propondrá, en particular, *una peregrinación diocesana*

a Roma, que tendrá lugar D. m. del 5 al 8 de mayo de 2025. Desde la Santa Sede se ofrece igualmente toda una serie de fechas ya reservadas para la celebración según los diferentes estados de vida, vocaciones y misiones. De entre estas propuestas, daremos prioridad como gesto diocesano a *la participación en el Jubileo de los jóvenes*, previsto del 28 de julio al 3 de agosto de 2025, siguiendo la tradición de las JMJ, como instrumento importante de pastoral juvenil. Otras peregrinaciones podrán organizarse libremente.

2. Renovar la esperanza

2.1. Guardar memoria del Señor

La celebración del Año Jubilar romano será para nosotros una invitación y un instrumento para renovar la esperanza, no como una simple expectativa imprecisa o una actitud optimista ante el futuro, sino como dimensión intrínseca de la experiencia cristiana, en la vida y ante la muerte.

En efecto, el Papa nos recuerda en su Bula que el fundamento de nuestra esperanza es «el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz» (3a), en cuya vida nos ha sido dado participar por el bautismo y los sacramentos. Tenemos «la certeza de que nada, ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino: “¿quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ... ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura, podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Jesús nuestro Señor”». (3b)

Fundamento de toda vida cristiana y, por tanto, de toda acción pastoral es guardar viva esta relación con Cristo, no permitir que caiga en el olvido y deje de determinar nuestra mirada sobre la vida y el mundo, y nuestras acciones; y que deje de ser entonces causa de nuestra esperanza.

La especial peregrinación jubilar de este Año será para nosotros ante todo un signo de pertenencia a este Amor del Señor, vivo en su Iglesia,

y de docilidad a las indicaciones de su Espíritu en nuestra historia cotidiana. Pertenecemos al Señor, estamos en una profunda unidad con Él establecida en el bautismo. Y queremos guardar viva la memoria de esta pertenencia, como miembros de su Pueblo, que nace y se alimenta de su Amor, del compartir su Cuerpo y su Sangre, su Espíritu.

Su presencia en la historia no ha terminado con la muerte en cruz, sino que su Amor victorioso atraviesa los siglos como verdadera esperanza del mundo, atrae y renueva mentes y corazones de generación en generación, y se ha convertido en fundamento de nuestra vida. Esto es lo que celebramos en el Jubileo romano, que se convoca regularmente en principio cada 25 años.

Lo celebraremos para afirmar nuestra fe, nuestra propia identidad como cristianos, en estos momentos en los que a todos nos urge reconocer de nuevo el Amor del Señor como nuestra esperanza y nuestra guía; mientras los poderes de este mundo pretenden imponer otra «memoria» a nuestra conciencia, otra percepción de la historia y de la vida, según la cual habríamos de poner nuestra confianza en los poderosos, los que gobiernan las naciones, los que controlan la información y piensan modelar las culturas, que consideran de más valor las riquezas que la dignidad o los derechos del prójimo, del débil y del necesitado, o de quien no resulta útil.

El Año jubilar nos invita a mirar a nuestra historia con los ojos de la fe, nos recuerda el Amor del Señor en quien hemos puesto nuestra confianza; nos confirma en nuestra pertenencia a un Pueblo que tiene tradición y conciencia propia, que se guía por el Evangelio mientras responde a los desafíos de la vida, que se reconoce unido en el Sucesor de Pedro.

2.2. Gestos de oración

Hemos de cuidar de esta memoria, agradeciendo y aprovechando las ocasiones singulares que nos ofrece la Iglesia universal, como es este Jubileo, que nos habla de nuestro recorrido en la historia y nos invita a renovar nuestra esperanza.

Pero la memoria del Amor del Señor, de nuestra vinculación con Él, se vive y se expresa en nuestra pertenencia eclesial cotidiana. Nuestras parroquias y santuarios, sus edificios y sus comunidades, la generación de los que nos han transmitido la fe, nuestra Diócesis, nos hablan de nuestra identidad, de nuestro ser personal y comunitario, habitado por la fe y la caridad, y en el que procuramos que no se apague la llama de la esperanza. No hemos de minusvalorar nunca la vida de nuestras comunidades, en la sencillez y humildad de sus gestos y sus encuentros; ni dejar de cuidar y sostener con empeño una conciencia despierta y madura en nuestros fieles cristianos.

Por eso, junto con las celebraciones especiales, la convocatoria del Año jubilar es también, al mismo tiempo, una invitación a volver la mirada a estas referencias eclesiales cercanas, a valorarlas y cuidarlas particularmente. Celebramos cada 25 años solemnemente en la Iglesia universal lo que somos todos los días, lo que vivimos cada curso participando en el misterio de la reconciliación y de la comunión con Dios.

Por ello, nosotros este año pondremos un acento especial en cuidar esta memoria consciente, a través de *algunos gestos de oración que propondremos por zonas* a lo largo de la Diócesis. Volver la mirada a Dios, en primera persona, recordar la necesidad de hacerlo cada día, salvaguarda la conciencia de nuestra identidad como cristianos, de nuestra posición en el mundo, de las prioridades y criterios de acción en nuestra vida.

Rezamos, hablamos con Dios; pero no solos, sino unidos a Cristo Jesús, en comunión con Él, lo que nos da certeza de ser escuchados por el Padre, la confianza necesaria para entrar con toda nuestra pobreza en Su presencia.

Haremos, pues, juntos este curso algunos gestos explícitos de oración, para ayudarnos en este camino. Aunque se trata evidentemente de una línea de acción pastoral fundamental y permanente en la vida de nuestras comunidades. Todos hemos de aprender siempre

de nuevo a acompañar con la oración común y con el testimonio mutuo las necesidades y los momentos más significativos, los desafíos que experimentamos en la vida.

También desde los organismos de preparación del Jubileo romano se nos pide insistir pastoralmente este año en la oración, para lo que han preparado algunos cuadernos, que nuestra Delegación va transmitiendo a todos y que pueden ser usados en parroquias y comunidades.

Pero a ello sirven muy directamente también los santuarios, las peregrinaciones, las fiestas de los santos, en las que los fieles oran y se reconocen Pueblo de Dios, con una tradición, con unas formas, con una conciencia llamada a ser cada vez más clara, más iluminada por la fe.

En este sentido, la religiosidad popular, bien cuidada pastoralmente, es parte constitutiva de un camino hecho juntos, perteneciendo concretamente a una historia y a un Pueblo con rostro propio, fundamentado en el Amor del Señor.

Este acento puesto en la oración, en la memoria de Cristo —como sugiere la Santa Sede este año—, los gestos particulares que podemos hacer durante el curso y los momentos singulares que solemos vivir en santuarios y peregrinaciones, podrían confluir en una más solemne celebración del Corpus y particularmente de la Ofrenda del Reino de Galicia al Santísimo Sacramento, de la que se prevé un posible reconocimiento este curso como BIC inmaterial.

Expresaríamos así del mejor modo nuestra fe en Cristo y nuestra pertenencia a su Iglesia, como Pueblo que camina en medio del mundo. Pues profesaríamos la fe verdadera de nuevo, según tradición secular gallega y lucense, ante el misterio de la Eucaristía, en comunión con Jesús, a quien adoramos como Hijo de Dios, en su naturaleza humana y divina —como nos enseñó el Concilio de Nicea. Y afirmaríamos nuestro ser y nuestra historia como Iglesia, presente en esta nuestra tierra gallega desde los orígenes y viva también hoy por gracia de Dios.

2.3. Eucaristía dominical

Por supuesto, para renovar la esperanza, para mantener la fe ante los retos de nuestro tiempo, es necesaria la forma primera de realización de nuestro ser Iglesia: la participación personal en el misterio de la reconciliación y de la comunión con el Señor, expresado plenamente en la celebración eucarística dominical.

Por ello, siempre será una prioridad pastoral la invitación insistente a los fieles a participar juntos en la Santa Misa los domingos, a vivir el propio ser Iglesia en el contexto concreto de una verdadera comunidad cristiana. Esta participación es la forma primera de obediencia a la palabra del Señor: *haced esto en memoria mía*; y es sostén y referencia primordial de nuestra identidad cristiana.

Por consiguiente, es tarea principal, anterior a otros posibles servicios pastorales, ofrecer a los fieles la posibilidad de participar todos los domingos en la celebración eucarística, y poner de relieve el significado fundamental de este momento de encuentro y unidad, de pertenencia al Señor. A ello contribuirá decisivamente cuidar el «*ars celebrandi*», los diversos aspectos de la celebración, pero igualmente la relación personal y comunitaria con todos los fieles. De modo que la Iglesia, también en el mundo rural, pueda ser lugar concreto de vida en la fe y en la esperanza para nuestros fieles, y posibilidad real de encuentro con Cristo para todos.

Estas perspectivas convergen con las indicaciones generales que resuenan en la Iglesia universal, concretamente en el *Instrumentum laboris* preparado para la Asamblea sinodal del próximo octubre de 2024. Hablando de las parroquias, subraya, en efecto, la conciencia «de que debemos hacer más para aprovechar la gran plasticidad de nuestras parroquias, entendidas como comunidad de comunidades, al servicio de la creatividad misionera» (89).

Insiste en que hay «un número cada vez mayor de formas que no se refieren a una base geográficamente definida» (90). Tampoco en nuestra Diócesis, por nuestra particular evolución social y eclesial, y a pesar de su tradición quizá milenaria, basta ya la sola referencia

geográfica; sino que, junto con ésta, que forma parte sin duda de nuestro ser y de nuestro tejido humano más propio, estamos llamados a promover y cuidar «los vínculos de unidad» de los fieles, en las formas más adecuadas a «cada contexto particular», para hacer posible una experiencia real de vida y «pertenencia a la Iglesia» (90). Es un desafío pastoral ya presente, y el camino del futuro para la fe en nuestra tierra.

Así pues, también el curso que empieza seguirá siendo línea de acción prioritaria en nuestra Diócesis continuar el proceso de reordenación pastoral, con el objetivo de hacer posible la permanencia de una plena presencia eclesial en todo nuestro territorio y la participación activa y consciente de todos los fieles en la vida de la Iglesia.

3. Educación en la fe

Expresión fundamental de la esperanza es igualmente cuidar la educación, que confía y trabaja por el futuro de bien al que está destinada la persona, más allá de sus condiciones personales y sociales. Esta responsabilidad es también la consecuencia natural del bautismo, de la introducción de hijos e hijas a una vida nueva en Cristo; pues no podrán crecer en la fe —e incluso quizás ni salvaguardarla—, si no están rodeados de interés y cariño, si no se los educa cristianamente en todos los sentidos de la palabra.

A este respecto, la Conferencia episcopal española nos ofrece este curso un instrumento que puede ser importante para el camino educativo de nuestros fieles, en particular niños y jóvenes: la preparación y celebración de *un Congreso sobre vocaciones, «Iglesia, asamblea de llamados para la misión»*, que tendrá lugar en Madrid del 7 al 9 de febrero de 2025. Pues todo el proceso de iniciación cristiana, de educación y crecimiento en la fe, alcanza su fruto maduro cuando el fiel acoge conscientemente alguna de las formas de la vocación cristiana; es decir, cuando comprende la propia existencia en relación con el Señor, como fundamentada en su Amor, y se siente llamado a responderle igualmente en la libertad de la propia entrega personal.

La correspondiente Delegación facilitará la información y la participación en los trabajos previos y en los días de celebración de este Congreso; con la esperanza de que esta iniciativa sirva para potenciar el servicio de la pastoral vocacional en nuestra Diócesis.

3.1. Catequesis

En este horizonte, será prioritario para nosotros este curso el cuidado de la catequesis, del proceso de iniciación cristiana.

Desde la «Delegación de educación en la fe» se ha hecho ya una amplia visita a las diversas zonas de la Diócesis; y tanto los Consejos de arciprestes como el presbiteral han podido constatar no sólo las dificultades y fortalezas de nuestros procesos catequéticos, sino también las nuevas condiciones familiares y culturales en que tienen lugar.

Por supuesto, este curso será esencial, como siempre, cuidar la forma en que se realiza la catequesis, parroquial e interparroquial, así como la presencia de los catequistas y su acompañamiento. Pero querriámos ademá s poder llevar a cabo *un proceso conjunto de reflexión*, en las diversas zonas pastorales, sobre las condiciones actuales de realización de la catequesis y de la iniciación cristiana.

Es conveniente pensar juntos y compartir dificultades y amenazas, fortalezas y oportunidades de la situación actual, teniendo en cuenta las nuevas circunstancias familiares, educativas y sociales; y considerando también las exigencias de una situación en que se hace necesario, incluso en la misma catequesis, un «primer anuncio», no pudiendo contarse con que el Evangelio y la fe hayan sido transmitidos ya inicialmente en las familias y las parroquias, como sucedía en anteriores generaciones. Al mismo tiempo, podremos compartir algunas de las «buenas prácticas» que se realizan igualmente a lo largo de nuestra Diócesis. Nuestra Delegación propondrá para todo ello algunos pasos posibles.

3.2. Escuela

Por otra parte, seguirá siendo también una línea de acción pastoral prioritaria la atención a la misión educativa de la Iglesia en el ámbito de la enseñanza.

En este curso será necesario asentar definitivamente *la Fundación educativa* que asumirá la titularidad, la gestión y/o la pastoral de nuestros Colegios diocesanos. Están llamados a ser un instrumento decisivo para la educación en la fe y para la relación pastoral con muchas familias; y, por las respuestas recibidas hasta ahora, corresponden a necesidades muy reales y sentidas por los fieles.

En este horizonte, será bueno dar pasos, en las líneas indicadas por el pasado Congreso convocado por la CEE, «La Iglesia en la educación: presencia y compromiso»; para contribuir a que los diferentes *Colegios o iniciativas educativas de identidad católica* de nuestra Diócesis puedan caminar y responder juntos a los desafíos actuales de la misión de la Iglesia en este ámbito, más allá de la titularidad de cada uno.

Convendrá insistir, por otra parte, en el sentido y la necesidad de *la materia de Religión católica* en el currículum escolar. Es parte importante de la educación en la fe y, sin esta materia, puede ser difícil a niños y jóvenes conocer y comprender el propio patrimonio moral y religioso, abrirse a la inteligencia de la fe y confirmar la propia adhesión personal a ella.

La materia de la Ere debe ser vista como parte constitutiva de un proceso educativo integral, en particular para los fieles católicos. Conviene, por ello, apoyarla pastoralmente, ante las familias y ante toda la comunidad parroquial; así como cuidar la relación con sus profesores. Será oportuno encontrar los modos de insistir en su propuesta, especialmente en los momentos más decisivos para la matriculación en las escuelas. Contaremos para ello con la colaboración de nuestra Delegación.

En conjunto, a este respecto, podría decirse que sigue siendo una opción pastoral absolutamente prioritaria el cuidado de la relación

«parroquia/familia/escuela», como tres pilares necesarios para la transmisión y la educación en la fe.

4. Caridad

La esperanza cristiana se funda en la certeza del Amor del Señor, que llegó a la muerte por nosotros y nuestra salvación. Esta memoria revive particularmente cuando se hace experiencia de la caridad, ante el testimonio vivo del amor que recibimos gratuitamente en nuestra historia.

El encuentro con este amor confirma siempre nuestra esperanza, la refuerza en sus fundamentos mismos. Esto puede decirse de todas las formas de amor verdadero, en primer lugar y del modo más inmediato, el de los padres y madres, de los matrimonios, en relación con los cuales los hijos hemos adquirido siempre las certezas más hondas y hemos despertado a la esperanza. Puede decirse, por supuesto, de todos los que entregan su vida por nuestro Señor y por los hermanos: los mártires de la fe, sus testigos en medio de nuestra sociedad en circunstancias con frecuencia adversas, las personas de vida consagrada, los muchos santos que viven la caridad con sencillez, por supuesto aquellos que veneramos en los altares y la Santísima Virgen María. Caminar así, en un Pueblo unido, rico de testigos, animado por el Amor del Señor y la certeza de la vida eterna, sostiene nuestra propia esperanza en todas las dificultades.

De hecho, desde el Secretariado del Jubileo se nos pide un gesto particular de caridad, que exprese el aliento más hondo del año jubilar, visibilizando ante todo el Pueblo de Dios una realidad de sufrimiento que la Iglesia está atendiendo. Se nos propone incluso un gesto concreto: *reflexionar y animar a la colaboración en favor de las víctimas de trata*, hombres y mujeres. Nosotros podremos hacerlo con la ayuda de nuestra Caritas diocesana, que lleva adelante ya desde hace años un «Programa de atención a mujeres víctimas de violencia, trata o explotación sexual»; de modo que este curso tomemos mayor conciencia de este drama grande y creciente, y expresemos de forma concreta nuestra solidaridad y colaboración.

En este sentido, quisiera subrayar igualmente la iniciativa pastoral que llamamos «*Casa de la misericordia*», que esperamos poder inaugurar, Dios mediante, este curso, vinculada también con los proyectos de nuestra Caritas Diocesana.

Será un servicio destinado directamente a los presos que salen de la cárcel en tercer grado, con algún permiso penitenciario, y necesitan un lugar de residencia para ello. Se continúa y actualiza así una iniciativa que existía desde hace años en la Diócesis, y que nos propusimos renovar con ocasión del pasado «Año jubilar de la Misericordia», convocado ya por el papa Francisco. La abriremos en este nuevo «Año jubilar» bajo el signo de la esperanza, particularmente adecuado a la situación de las personas que recibirán estos servicios. Confiamos que contribuya a que los usuarios puedan hacer la experiencia con la que Francisco nos habla a todos de la necesidad del perdón y del perdonar: una «experiencia colma de perdón no puede sino abrir el corazón y la mente a perdonar. Perdonar no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede permitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas.» (23c)

Ambas iniciativas son sin duda expresión muy adecuada de la verdadera caridad, que hace posible en cualquier circunstancia el despertar renovado de la vida y de la esperanza.

5. Madre de la esperanza

Encomendamos, en fin, el curso pastoral con todas sus muchas actividades, programadas o imprevistas, a la Santísima Virgen María, *Estrella de los mares*, «título expresivo de la esperanza cierta de que, en los borrascosos acontecimientos de la vida, la Madre de Dios viene en nuestro auxilio, nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando» (24).

Todos los que tenemos responsabilidad pastoral, cada uno de los fieles en su vocación y misión, estamos llamados a ser testigos creíbles, signos e instrumentos de esperanza; y necesitamos guardar en el corazón la memoria viva del Amor del Señor.

Pidamos esta inmensa riqueza, capaz de sostener toda nuestra existencia y nuestra labor, para nosotros mismos y los unos para los otros. Acompañémonos y sostengámonos de buena gana en la esperanza, especialmente en momentos de oscuridad o dificultad. Que la caridad mutua sea siempre un consuelo e ilumine nuestras relaciones, sobre todo a la hora de necesitar u ofrecer un consejo, o incluso de una corrección fraterna.

Que nuestra Madre, la Virgen María, nos muestre a Jesús, fruto bendito de su vientre, al Buen Pastor que nos amó y se entregó por nosotros. Bajo su amparo ponemos nuestro curso pastoral, tareas, esfuerzos, relaciones, también momentos de cansancio, y nuestras personas en primer lugar.

¡Santa María, Virgen de los Ojos Grandes, llenos de luz por estar siempre contemplando a Jesús, en el pesebre, en la cruz y en la gloria, Madre de Dios y Madre nuestra, ruega por nosotros, para que en este curso podamos hacer presente a todos la luz de la esperanza!

**+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo**

Liñas de acción pastoral 2024-2025

Renovar a esperanza

1. O gran Xubileu romano de 2025

A convocatoria do Ano Xubilar romano de 2025 polo noso Papa Francisco coa súa Bula «*Spes non confundit*» invítanos a poñer o noso novo curso pastoral baixo o signo da esperanza. Esta quixo o Papa que sexa a «mensaxe central do próximo Xubileu» (*Spes*, 1), que puxo baixo o lema peregrinos da esperanza.

Nós participaremos nas celebracións xubilares unidos a toda a Igrexa, facéndonos así máis conscientes de estar camiñando xuntos na historia. Lémbrannolo especialmente os ritmos do Xubileu romano, que reflicte o paso dos séculos; pero tamén a celebración xa anunciada para 2025 do 1700 aniversario do primeiro gran Concilio ecuménico en Nicea (do ano 325), decisivo para a nosa profesión de fe en Xesucristo como verdadeiro Fillo de Deus, consustancial ao Pai (*Spes*, 17).

A apertura da Porta Santa da Basílica de San Pedro no Vaticano terá lugar o día 24 de decembro deste 2024; e a súa clausura será o 6 de xaneiro de 2026.

Pero o Papa estableceu igualmente que se proceda a unha *apertura solemne do Ano xubilar en todas as Catedrais* o día 29 de decembro de 2024, cunha correspondente clausura o 28 de decembro de 2025.

Nós procederemos á apertura diocesana cunha breve peregrinación á nosa Catedral Basílica e unha celebración da Eucaristía o próximo 29 de decembro, seguindo o disposto na Bula papal (*Spes, 6c*).

Segundo o establecido pola Santa Sé, as grazas deste Xubileu poderán ser alcanzadas, cumprindo as condicións habituais, acudindo como peregrinos da esperanza á propia Catedral ou a aqueles templos que para tal fin indique o Bispo diocesano. Así pois, para que o ben espiritual deste gran Ano alcance a todo o territorio diocesano e todo fiel sintá proxima a grazas de revivir o Amor de Cristo e a pertenza á súa Igrexa, determino que nesta Diocese de Lugo, ademais de na súa Catedral Basílica, os fieis *poderán gañar a indulxencia xubilar peregrinando a algúns dos seguintes Santuarios*: Nosa Señora dos Desamparados en Abades, Nosa Señora das Angustias en San Pedro de Arcos, Nosa Señora de Cadeiras, San Pedro de Cadoalla, San Xulián de Carballo, Santa María A Real de O Cebreiro, Virxe dos Remedios en Cesar, Nosa Señora en Curbián, Nosa Señora da Peña de Francia en Dozón, Santa María de A Ermida, Nosa Señora de O Faro, Santa María de A Fonsagrada, Santo Cristo de Goián, Nosa Señora da Saúde en San Pedro de Líncora, San Eufrasio en Santa María do Mao, San Bernabé en Santiago de Martín, San Vicente do Pino en Monforte, Santa María Magdalena de Mougán, Nosa Señora de O Corpiño, Santa María de Rendal, Ecce Homo en Santiago de Rubián, Nosa Señora da Saleta en Siador e Nosa Señora das Dores en Vilasante.

Por outra banda, a Penitenciaría apostólica publicou o 13 de maio de 2024 un documento complementario á Bula con amplas indicacións sobre as indulxencias deste ano xubilar. Precisanse nel diversas e abundantes formas de gañar esta indulxencia, a fin de facilitar ao máximo alcanzar a finalidade do Xubileu, é dicir a reconciliación e a transformación do corazón. Calquera dúbida respecto diso poderá ser aclarada pola nosa Delegación de liturxia.

Como signo de comuñón co Sucesor de Pedro e coa Igrexa universal, propoñerase, en particular, *unha peregrinación diocesana a Roma*, que terá lugar D.m. do 5 ao 8 de maio de 2025. Desde a Santa Sé ofrécese igualmente toda unha serie de datas xa reservadas para

a celebración segundo os diferentes estados de vida, vocacións e misións. De entre estas propostas, daremos prioridade como xesto diocesano á participación no Xubileu dos mozos, previsto do 28 de xullo ao 3 de agosto de 2025, seguindo a tradición das XMX, como instrumento importante de pastoral xuvenil. Outras peregrinacións poderán organizarse libremente.

2. Renovar a esperanza

2.1. Gardar memoria do Señor

A celebración do Ano Xubilar romano será para nós unha invitación e un instrumento para renovar a esperanza, non como unha simple expectativa imprecisa ou unha actitude optimista ante o futuro, senón como dimensión intrínseca da experiencia cristiá, na vida e ante a morte.

En efecto, o Papa lembranos na súa Bula que o fundamento da nosa esperanza é «o amor que brota do Corazón de Xesús traspasado na cruz» (3a), en cuxa vida nos foi dado participar polo bautismo e os sacramentos. Temos «a certeza de que nada, nin ninguén poderá separarnos nunca do amor divino: ‘quen podrá entón separarnos do amor de Cristo? ... nin a morte nin a vida, nin os anxos, nin os principados, nin o presente nin o futuro, nin os poderes espirituais, nin o alto, nin o profundo, nin ningunha outra criatura, podrá separarnos xamais do amor de Dios, manifestado en Xesús o noso Señor’» (3b).

Fundamento de toda vida cristiá e, por tanto, de toda acción pastoral é gardar viva esta relación con Cristo, non permitir que caia no esquecemento e deixe de determinar a nosa mirada sobre a vida e o mundo, e as nosas accións; e que deixe de ser entón causa da nosa esperanza.

A especial peregrinación xubilar deste ano será para nós ante todo un signo de pertenza a este Amor do Señor, vivo na súa Igrexa, e de docilidade ás indicacións do seu Espírito na nosa historia cotiá. Pertencemos ao Señor, estamos nunha profunda unidade con El establecida no bautismo. E queremos gardar viva a memoria desta

pertenza, como membros do seu Pobo, que nace e se alimenta do seu Amor, do compartir o seu Corpo e o seu Sangue, o seu Espírito.

A súa presenza na historia non terminou coa morte en cruz, senón que o seu Amor vitorioso atravesa os séculos como verdadeira esperanza do mundo, atrae e renova mentes e corazóns de xeración en xeración, e converteuse en fundamento da nosa vida. Isto é o que celebramos no Xubileu romano, que se convoca regularmente en principio cada 25 anos.

Celebrarémolo para afirmar a nosa fe, a nosa propia identidade como cristiáns, nestes momentos nos que a todos nos urxe recoñecer de novo o Amor do Señor como a nosa esperanza e a nosa guía; mentres os poderes deste mundo pretenden impoñer outra «memoria» á nosa conciencia, outra percepción da historia e da vida, segundo a cal haberíamos de poñer a nosa confianza nos poderosos, os que gobernan as nacións, os que controlan a información e pensan modelar as culturas, que consideran de máis valor as riquezas que a dignidade ou os dereitos do próximo, do débil e do necesitado, ou de quen non resulta útil.

O Ano xubilar convídanos a mirar á nosa historia cos ollos da fe, lémbranos o Amor do Señor en quen puxemos a nosa confianza; confírmanos na nosa pertenza a un Pobo que ten tradición e conciencia propia, que se guía polo Evanxeo mentres responde os desafíos da vida, que se recoñece unido no Sucesor de Pedro.

2.2. Xestos de oración

Habemos de coidar desta memoria, agradecendo e aproveitando as ocasións singulares que nos ofrece a Igrexa universal, como é este Xubileu, que nos fala do noso percorrido na historia e convídanos a renovar a nosa esperanza.

Pero a memoria do Amor do Señor, da nosa vinculación con El, vívese e exprésase na nosa pertenza eclesial cotiá. As nosas parroquias e santuarios, os seus edificios e as súas comunidades, a xeración dos que nos transmitiron a fe, a nosa Diocese, fálannos da nosa

identidade, do noso ser persoal e comunitario, habitado pola fe e a caridade, e no que procuramos que non se apague a chama da esperanza. Non habemos de minusvalorar nunca a vida das nosas comunidades, na sinxeleza e humildade dos seus xestos e os seus encontros; nin deixar de coidar e sostener con empeño unha conciencia esperta e madura nos nosos fieis cristiáns.

Por iso, xunto coas celebracións especiais, a convocatoria do Ano xubilar é tamén, ao mesmo tempo, unha invitación para volver a mirada a estas referencias eclesiais próximas, a valoralas e coidalas particularmente. Celebramos cada 25 anos solemnemente na Igrexa universal o que somos todos os días, o que vivimos cada curso participando no misterio da reconciliación e da comuñón con Deus.

Por iso, nós este ano poñeremos un acento especial en coidar esta memoria consciente, a través *dalgúns xestos de oración que proponeremos por zonas* ao longo da Diocese. Volver a mirada a Deus, en primeira persoa, lembrar a necesidade de facelo cada día, salvagarda a conciencia da nosa identidade como cristiáns, da nosa posición no mundo, das prioridades e criterios de acción na nosa vida.

Rezamos, falamos con Deus; pero non sós, senón unidos a Cristo Xesús, en comuñón con El, o que nos dá certeza de ser escoitados polo Pai, a confianza necesaria para entrar con toda a nosa pobreza na Súa presenza.

Faremos, pois, xuntos este curso algúns xestos explícitos de oración, para axudarnos neste camiño. Aínda que se trata evidentemente dunha liña de acción pastoral fundamental e permanente na vida das nosas comunidades. Todos habemos de aprender sempre de novo a acompañar coa oración común e co testemuño mutuo as necesidades e os momentos más significativos, os desafíos que experimentamos na vida.

Tamén desde os organismos de preparación do Xubileu romano pídesenos insistir pastoralmente este ano na oración, para o que prepararon algúns cadernos, que a nosa Delegación vai transmitindo a todos e que poden ser usados en parroquias e comunidades.

Pero a iso serven moi directamente tamén os santuarios, as peregrinacións, as festas dos santos, nas que os fieis oran e reconécense Pobo de Deus, cunha tradición, cunhas formas, cunha conciencia chamada a ser cada vez más clara, más iluminada pola fe.

Neste sentido, a relixiosidade popular, ben coidada pastoralmente, é parte constitutiva dun camiño feito xuntos, pertencendo concretamente a unha historia e a un Pobo con rostro propio, fundamentado no Amor do Señor.

Este acento posto na oración, na memoria de Cristo —como suxire a Santa Sé este ano—, os xestos particulares que podamos facer durante o curso e os momentos singulares que adoitamos vivir en santuarios e peregrinacións, poderían confluír nunha más solemne celebración do Corpus e particularmente da Ofrenda do Reino de Galicia ao Santísimo Sacramento, da que se prevé un posible recoñecemento este curso como BIC inmaterial.

Expresariamos así do mellor modo a nosa fe en Cristo e a nosa pertenza á súa Igrexa, como Pobo que camiña no medio do mundo. Pois profesariamos a fe verdadeira de novo, segundo tradición secular galega e lucense, ante o misterio da Eucaristía, en comuñón con Xesús, a quen adoramos como Fillo de Deus, na súa natureza humana e divina —como nos ensinou o Concilio de Nicea. E afirmariamos o noso ser e a nosa historia como Igrexa, presente nesta nosa terra galega desde as orixes e viva tamén hoxe por graz de Deus.

2.3. Eucaristía dominical

Por suposto, para renovar a esperanza, para manter a fe ante os retos do noso tempo, é necesaria a forma primeira de realización do noso ser Igrexa: a participación persoal no misterio da reconciliación e da comuñón co Señor, expresado plenamente na celebración eucarística dominical.

Por iso, sempre será unha prioridade pastoral a invitación insistente aos fieis para participar na Santa Misa os domingos, a vivir o propio

ser Igrexa no contexto concreto dunha verdadeira comunidade cristiá. Esta participación é a forma primeira de obediencia á palabra do Señor: facede isto en memoria miña; e é sostén e referencia primordial da nosa identidade cristiá.

Por conseguinte, é tarefa principal, anterior a outros posibles servizos pastorais, ofrecer aos fieis a posibilidade de participar todos os domingos na celebración eucarística, e poñer de relevo o significado fundamental deste momento de encontro e unidade, de pertenza ao Señor. A iso contribuirá decisivamente coidar o «ars celebrandi», os diversos aspectos da celebración, pero igualmente a relación persoal e comunitaria con todos os fieis. De modo que a Igrexa, tamén no mundo rural, poida ser lugar concreto de vida na fe e na esperanza para os nosos fieis, e posibilidade real de encontro con Cristo para todos.

Estas perspectivas converxen coas indicacións xerais que resoan na Igrexa universal, concretamente no *Instrumentum laboris* preparado para a Asemblea sinodal do próximo outubro de 2024. Falando das parroquias, subliña, en efecto, a conciencia «de que debemos facer máis para aproveitar a gran plasticidade das nosas parroquias, entendidas como comunidade de comunidades, ao servizo da creatividade misioneira» (89).

Insiste en que hai «un número cada vez maior de formas que non se refiren a unha base xeograficamente definida» (90). Tampouco na nosa Diocese, pola nosa particular evolución social e eclesial, e a pesar da súa tradición quizá milenaria, xa abonda a soa referencia xeográfica; senón que, xunto con esta, que forma parte sen dúbida do noso ser e do noso tecido humano máis propio, estamos chamados a promover e coidar «os vínculos de unidade» dos fieis, nas formas más adecuadas a «cada contexto particular», para facer posible unha experiencia real de vida e «pertenza á Igrexa» (90). É un desafío pastoral xa presente, e o camiño do futuro para a fe na nosa terra.

Así pois, tamén o curso que empeza seguirá sendo liña de acción prioritaria na nosa Diocese continuar o proceso de reordenación

pastoral, co obxectivo de facer posible a permanencia dunha plena presenza eclesial en todo o noso territorio e a participación activa e consciente de todos os fieis na vida da Igrexa.

3. Educación na fe

Expresión fundamental da esperanza é igualmente coidar a educación, que confía e traballa polo futuro de ben ao que está destinada a persoa, máis aló das súas condicións persoais e sociais. Esta responsabilidade é tamén a consecuencia natural do bautismo, da introdución de fillos e fillas a unha vida nova en Cristo; pois non poderán crecer na fe —e mesmo quizá nin salvagardala—, se non están rodeados de interese e agarimo, se non llos educa cristianamente en todos os sentidos da palabra.

A este respecto, a Conferencia episcopal española ofrécenos este curso un instrumento que pode ser importante para o camiño educativo dos nosos fieis, en particular nenos e novos: a preparación e celebración dun *Congreso sobre vocaciones*, «*Igrexa, asemblea de chamados para a misión*», que terá lugar en Madrid do 7 ao 9 de febreiro de 2025. Pois todo o proceso de iniciación cristiá, de educación e crecemento na fe, alcanza o seu froito maduro cando o fiel acolle conscientemente algunha das formas da vocación cristiá; é dicir, cando comprende a propia existencia en relación co Señor, como fundamentada no seu Amor, e se sente chamado a responderlle igualmente na liberdade da propia entrega persoal.

A correspondente Delegación facilitará a información e a participación nos traballos previos e nos días de celebración deste Congreso; coa esperanza de que esta iniciativa sirva para potenciar o servizo da pastoral vocacional na nosa Diocese.

3.1. Catequese

Neste horizonte, será prioritario para nós este curso o coidado da catequese, do proceso de iniciación cristiá.

Desde a «Delegación de educación na fe» fíxose xa unha ampla visita ás diversas zonas da Diocese; e tanto os Consellos de arciprestes como o presbiteral puideron constatar non só as dificultades e fortalezas dos nosos procesos catequéticos, senón tamén as novas condicións familiares e culturais en que teñen lugar.

Por suposto, este curso será esencial, como sempre, coidar a forma en que se realiza a catequese, parroquial e interparroquial, así como a presenza dos catequistas e o seu acompañamento. Pero quereríamos ademais poder levar a cabo *un proceso conxunto de reflexión*, nas diversas zonas pastorais, sobre as condicións actuais de realización da catequese e da iniciación cristiá.

É conveniente pensar xuntos e compartir dificultades e ameazas, fortalezas e oportunidades da situación actual, tendo en conta as novas circunstancias familiares, educativas e sociais; e considerando tamén as esixencias dunha situación en que se fai necesario, mesmo na mesma catequese, un «primeiro anuncio», non podendo contarse con que o Evanxeo e a fe fosen transmitidos xa inicialmente nas familias e as parroquias, como sucedía en anteriores xeracións. Ao mesmo tempo, poderemos compartir algunas das «boas prácticas» que se realizan igualmente ao longo da nosa Diocese. A nosa Delegación propoñerá para todo iso algúns pasos posibles.

3.2. Escola

Por outra banda, seguirá sendo tamén unha liña de acción pastoral prioritaria a atención á misión educativa da Igrexa no ámbito do ensino.

Neste curso será necesario asentar definitivamente a Fundación educativa que asumirá a titularidade, a xestión e/ou a pastoral dos nosos Colexios diocesanos. Están chamados a ser un instrumento decisivo para a educación na fe e para a relación pastoral con moitas familias; e, polas respuestas recibidas ata o de agora, corresponden a necesidades moi reais e sentidas polos fieis.

Neste horizonte, será bo dar pasos, nas liñas indicadas polo pasado Congreso convocado pola CEE, «A Igrexa na educación: presenza e compromiso»; para contribuír a que os diferentes *Colexios ou iniciativas educativas de identidade católica* da nosa Diocese poidan camiñar e responder xuntos aos desafíos actuais da misión da Igrexa neste ámbito, máis aló da titularidade de cada un.

Convirá insistir, por outra banda, no sentido e a necesidade da materia de Relixión católica no currículo escolar. É parte importante da educación na fe e, sen esta materia, pode ser difícil a nenos e mozos coñecer e comprender o propio patrimonio moral e relixioso, abrirse á intelixencia da fe e confirmar a propia adhesión persoal a ela.

A materia da ERE debe ser vista como parte constitutiva dun proceso educativo integral, en particular para os fieis católicos. Convén, por iso, apoiala pastoralmente, ante as familias e ante toda a comunidade parroquial; así como coidar a relación cos seus profesores. Será oportuno atopar os modos de insistir na súa proposta, especialmente nos momentos más decisivos para a matriculación nas escolas. Contaremos para iso coa colaboración da nosa Delegación.

En conxunto, a este respecto, podería dicirse que segue sendo unha opción pastoral absolutamente prioritaria o coidado da relación «parroquia/familia/escola», como tres piares necesarios para a transmisión e a educación na fe.

4. Caridade

A esperanza cristiá fúndase na certeza do Amor do Señor, que chegou á morte por nós e a nosa salvación. Esta memoria revive particularmente cando se fai experiencia da caridade, ante o testemuño vivo do amor que recibimos gratuitamente na nosa historia.

O encontro con este amor confirma sempre a nosa esperanza, refórraza nos seus fundamentos mesmos. Isto pode dicirse de todas as formas de amor verdadeiro, en primeiro lugar e do modo máis inmediato, o dos pais e nais, dos matrimonios, en relación cos cales os

fillos adquirimos sempre as certezas máis fondas e espertamos á esperanza. Pode dicirse, por suposto, de todos os que entregan a súa vida polo noso Señor e polos irmáns: os mártires da fe, as súas testemuñas no medio da nosa sociedade en circunstancias con frecuencia adversas, as persoas de vida consagrada, os moitos santos que viven a caridade con sinxeleza, por suposto aqueles que veneramos nos altares e a Santísima Virxe María. Camiñar así, nun Pobo unido, rico de testemuñas, animado polo Amor do Señor e a certeza da vida eterna, sostén a nosa propia esperanza en todas as dificultades.

De feito, desde o Secretariado do Xubileu pídesenos un xesto particular de caridade, que exprese o alento máis fondo do ano xubilar, visibilizando ante todo o Pobo de Deus unha realidade de sufriamento que a Igrexa está atendendo. Propónsenos incluso un xesto concreto: reflexionar e animar á colaboración en favor das vítimas de trata, homes e mulleres. Nós poderemos facelo coa axuda da nosa Caritas diocesana, que leva adiante xa desde hai anos un «Programa de atención a mulleres víctimas de violencia, trata ou explotación sexual»; de modo que este curso tomemos maior conciencia deste drama grande e crecente, e expresemos de forma concreta a nosa solidariedade e colaboración.

Neste sentido, quixera subliñar igualmente a iniciativa pastoral que chamamos «Casa da misericordia», que esperamos poder inaugurar, Deus mediante, este curso, vinculada tamén cos proxectos da nosa Caritas Diocesana.

Será un servizo destinado directamente aos presos que saen do cárcere en terceiro grao, con algúns permiso penal, e necesitan un lugar de residencia para iso. Continúase e actualizase así unha iniciativa que existía desde hai anos na Diocese, e que nos propuxemos renovar con ocasión do pasado «Ano xubilar da Misericordia», convocado xa polo papa Francisco. Abrirémola neste novo «Ano xubilar» baixo o signo da esperanza, particularmente adecuado á situación das persoas que recibirán estes servizos. Confiamos que contribúa a que os usuarios poidan fazer a experiencia coa que Francisco nos fala a todos da necesidade do perdón e do perdoar: unha «experiencia colma de perdón

non pode senón abrir o corazón e a mente para perdoar. Perdoar non cambia o pasado, non pode modificar o que xa sucedeu; e, con todo, o perdón pode permitir que cambie o futuro e se viva dunha maneira diferente, sen rancor, sen ira nin vinganza. O futuro iluminado polo perdón fai posible que o pasado se lea con outros ollos, máis serenos, áinda que estean áinda sucados polas bágoas.» (23c)

Ambas iniciativas son sen dúbida expresión moi adecuada da verdadeira caridade, que fai posible en calquera circunstancia o espertar renovado da vida e da esperanza.

5. Nai da esperanza

Encomendamos, en fin, o curso pastoral con todas as súas moitas actividades, programadas ou imprevistas, á Santísima Virxe María, Estrela dos mares, «título expresivo da esperanza certa de que, nos borrascosos acontecementos da vida, a Nai de Deus vén no noso auxilio, sostennos e convídanos a confiar e a seguir esperando» (24).

Todos os que temos responsabilidade pastoral, cada un dos fieis na súa vocación e misión, estamos chamados a ser testemuñas cribles, signos e instrumentos de esperanza; e necesitamos gardar no corazón a memoria viva do Amor do Señor.

Pidamos esta inmensa riqueza, capaz de sostener toda a nosa existencia e o noso labor, para nós mesmos e os uns para os outros. Acompañémonos e sosténamonos de boa gana na esperanza, especialmente en momentos de escuridade ou dificultade. Que a caridade mutua sexa sempre un consolo e ilumine as nosas relacións, sobre todo á hora de necesitar ou ofrecer un consello, ou mesmo dunha corrección fraternal.

Que a nosa Nai, a Virxe María, nos amose a Xesús, froito bendito do seu ventre, ao Bo Pastor que nos amou e se entregou por nós. Baixo o seu amparo poñemos o noso curso pastoral, tarefas, esforzos, relacións, tamén momentos de cansazo, e as nosas persoas en primeiro lugar.

Santa María, Virxe dos Ollos Grandes, cheos de luz por estar sempre contemplando a Xesús, no presebe, na cruz e na gloria, Nai de Deus e Nai nosa, roga por nós, para que neste curso podamos facer presente a todos a luz da esperanza!

+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo

Decreto

Extracto de las Líneas de Acción Pastoral 2024-2025, en las que se determinan los templos diocesanos para el Año Jubilar Romano (Prot. n.º 096/2024)

La convocatoria del Año Jubilar romano de 2025 por nuestro Papa Francisco con su Bula «*Spes non confundit*» nos invita a poner nuestro nuevo curso pastoral bajo el signo de la esperanza (*Spes*, 1).

En nuestra Diócesis participaremos en las celebraciones jubilares unidos a toda la Iglesia, haciéndonos así más conscientes de estar caminando juntos en la historia. Nos lo recuerdan especialmente los ritmos del Jubileo romano, que refleja el paso de los siglos; pero también la celebración ya anunciada para 2025 del 1700 aniversario del primer gran Concilio ecuménico en Nicea (del año 325), decisivo para nuestra profesión de fe en Jesucristo como verdadero Hijo de Dios, consustancial al Padre (*Spes*, 17).

La apertura de la *Puerta Santa* de la Basílica de San Pedro en el Vaticano tendrá lugar el día 24 de diciembre de este 2024; y su clausura será el 6 de enero de 2026.

Pero el Papa ha establecido igualmente que se proceda a una apertura solemne del Año jubilar en todas las Catedrales el día 29 de diciembre de 2024, con una correspondiente clausura el 28 de diciembre de 2025. Nosotros procederemos a la apertura diocesana

con una breve peregrinación a nuestra Catedral Basílica y una celebración de la Eucaristía el próximo 29 de diciembre, siguiendo lo dispuesto en la Bula papal (*Spes*, 6c).

Según lo establecido por la Santa Sede, las gracias de este Jubileo podrán ser alcanzadas, cumpliendo las condiciones habituales, acudiendo como *peregrinos de la esperanza* a la propia Catedral o a aquellos templos que para tal fin indique el Obispo diocesano. Así pues, para que el bien espiritual de este gran Año alcance a todo el territorio diocesano y todo fiel sienta cercana la gracia de revivir el Amor de Cristo y la pertenencia a su Iglesia, *determino que en esta Diócesis de Lugo, además de en su Catedral Basílica, los fieles podrán ganar la indulgencia jubilar peregrinando a alguno de los siguientes Santuarios*: Nuestra Señora de los Desamparados en Abades, Nuestra Señora de las Angustias en San Pedro de Arcos, Nuestra Señora de Cadeiras, San Pedro de Cadoalla, San Julián de Carballo, Santa María La Real de O Cebreiro, Virgen de los Remedios en Cesar, Nuestra Señora de San Breixo en Palas de Rei, Nuestra Señora de la Peña de Francia en Dozón, Santa María de A Ermida, Nuestra Señora de O Faro, Santa María de A Fonsagrada, Santo Cristo de Goián, Nuestra Señora de la Salud en San Pedro de Líncora, San Eufrasio en Santa María del Mao, San Bernabé en Santiago de Martín, San Vicente del Pino en Monforte, Santa María Magdalena de Mougán, Nuestra Señora de O Corpiño, Santa María de Rendal, Ecce Homo en Santiago de Rubián, Nuestra Señora de la Saleta en Siador y Nuestra Señora de los Dolores en Vilasante.

La presencia del Señor Jesús en la historia no ha terminado con la muerte en cruz, sino que su Amor victorioso atraviesa los siglos como verdadera esperanza del mundo, atrae y renueva mentes y corazones de generación en generación, y se ha convertido en fundamento de nuestra vida. Esto es lo que celebramos en el Jubileo romano, que se convoca regularmente cada 25 años.

Lo celebraremos para afirmar nuestra fe, nuestra propia identidad como cristianos, en estos momentos en los que a todos nos urge reconocer de nuevo el Amor del Señor como nuestra esperanza y nuestra guía.

En este Año jubilar miremos a nuestra historia con los ojos de la fe, hagamos memoria de la venida del Hijo de Dios a nuestro mundo, acojamos de corazón el don inmenso de perdón y de indulgencia que nos ha adquirido en la Cruz. Y confirmemos nuestra pertenencia a su Pueblo, que tiene historia, tradición y conciencia propia, que se guía por el Evangelio mientras responde a los desafíos de la vida, que se reconoce unido en el Sucesor de Pedro.

Publíquese en los medios de comunicación de la Diócesis de Lugo, 1 de septiembre de 2024.

Por mandato de S. E. Rvdma.

El Canciller-Secretario

ADDENDA

A los templos arriba mencionados únase también Nuestra Señora de los Dolores en San Pedro Fiz de Robra.

Publíquese en los medios de comunicación de la Diócesis. Lugo, Ciudad del Sacramento a, 15 de octubre de 2024.

Por mandato de S. E. Rvdma.

El Canciller-Secretario



Prot. n.º: 104/2024

Nos, Dr. D. Alfonso Carrasco Rouco, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Lugo

Con la finalidad de estimular en la Diócesis de Lugo un mejor ejercicio del deber y el derecho de promover la educación católica (c. 794 § 1 y 2) y una mayor coordinación y unidad de actuación en este ámbito en los distintos colegios diocesanos, el 23 de abril de 2023, fiesta de San Isidoro de Sevilla, se erigía en *La Fundación Educativa Nites* y se procedía a tramitar su inscripción en el Registro de Entidades Religiosas del Estado Español para dotar a esta fundación de personalidad jurídica civil, necesaria para la consecución de sus fines estatutarios (art. 6) y sus actividades propias (art. 8) Transcurrido un tiempo prudencial y ante la ausencia de respuesta a lo solicitado, que deja a la fundación sin capacidad para desarrollar sus fines y actividades, por el presente DECRETO

LA DISOLUCIÓN DE “LA FUNDACIÓN EDUCATIVA NITES” DE LA DIÓCESIS DE LUGO,

conforme al art. 31, 2-3 de sus estatutos y al can. 120 § 1 y sin proceder a la distribución de sus bienes, conforme al art. 32 y el can. 123, por carecer de ellos. Intímese a los miembros del Patronato este decreto y archívese en la curia diocesana toda la documentación relativa a la fundación.

Dado en Lugo, Ciudad del Sacramento, a 12 de septiembre de 2024,
memoria de Juan Crisóstomo, obispo y doctor de la Iglesia

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

José Manuel Penela Campos
Por mandato de S.E. Rydma.
El Canciller-Secretario

Erección y Estatutos de la Comisión para la Atención a Menores, Personas Vulnerables y sus Familias (Adarga)

ERECCIÓN

Una de las responsabilidades más importantes del obispo diocesano es la de proteger y asegurar el bien común de los fieles, especialmente de aquellos amados con predilección por Jesús: los más pobres y necesitados, los menores, los que habitualmente tienen un uso imperfecto de razón y aquellos otros a los que el derecho reconoce igual tutela; todo ello es parte integrante fundamental de la misión de la Iglesia (*Líneas guía para la protección de los menores y de las personas vulnerables del Vicariato de la Ciudad del Vaticano*, 26 de marzo de 2019).

De acuerdo con ello, el ordinario ha de velar para que en la vida eclesial cada niño, joven, adulto o anciano encuentre las condiciones idóneas, de manera que pueda participar en un ambiente «sano y seguro», de modo que su dignidad y sus derechos se vean respetados, y de ningún modo puedan verse amenazados por ninguna persona y en ninguna circunstancia.

En palabras del papa Francisco, «se necesita una continua y profunda conversión de los corazones, acompañada de acciones concretas y eficaces que involucren a todos en la Iglesia, de modo que

la santidad personal y el compromiso moral contribuyan a promover la credibilidad del anuncio evangélico y la eficacia de la misión de la Iglesia» (Proemio, b, del motu proprio *Vos estis lux mundi*, 25 de marzo de 2023).

La Iglesia católica asume el compromiso de: cuidar y educar, con respeto y ejerciendo su ministerio; proteger a todos los menores y adultos vulnerables; crear comunidades seguras donde haya una vigilancia informada sobre los peligros del abuso.

La Iglesia debe ser un claro referente de los derechos de la vida humana, de la dignidad de la persona, del respeto mutuo, de la convivencia y de todo lo que contribuya a que el ser humano se realice de forma integral.

Con este fin,

DECRETO

la creación de la ***Comisión de Atención al Menor, Personas Vulnerables y sus Familias de la Diócesis de Lugo (ADARGA)***,

que se regirá por los siguientes estatutos y entrará en vigor en la fecha de firma con su publicación en los medios digitales de la Diócesis.

Dado en Lugo, Ciudad del Sacramento, a 14 de septiembre de 2024, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

Por mandato de S. E. Rvdma
El Canciller-Secretario

ESTATUTOS

I. NATURALEZA Y FINALIDAD

Artículo 1.

Se constituye esta Comisión para ofrecer un servicio de protección a la infancia y adolescencia con el objetivo de ayudar a los niños, niñas o adolescentes en su desarrollo integral y el fomento de sus capacidades tanto en la familia como en la sociedad.

Artículo 2.

Esta comisión nace con el propósito de prestar atención especializada a menores, personas vulnerables y sus familias, hayan sufrido o no sufrido abusos. Así como, brindar un apoyo a los menores y personas vulnerables que, por cualquier circunstancia, se encuentren en una situación de dificultad y poner a su alcance recursos, orientaciones y herramientas con los que poder continuar con su desarrollo adecuado.

Artículo 3.

Esta comisión ofrece un espacio abierto y accesible a estos menores/ personas vulnerables que demanden ayuda, información y apoyo, si se encuentran en un momento vital de dificultad, desorientación, rechazo, conflictividad o están sufriendo algún tipo de abusos.

Artículo 4.

Esta Comisión ofrece asesoramiento y formación en materia de protección a menores y personas vulnerables a las personas que realizan actividades con estos colectivos tanto en el ámbito eclesiástico como no eclesiástico.

Artículo 5.

Los fines de la Comisión son:

1. Acoger, orientar, asesorar y acompañar a cualquier menor, persona vulnerable o sus familias que soliciten su ayuda específica.
2. Establecer canales de comunicación en red con los servicios públicos de atención a menores y personas vulnerables.
3. Prestar apoyo y asesoramiento a los diferentes profesionales que trabajan con menores y/o personas vulnerables.
4. Establecer protocolos de actuación que ayuden a la prevención y a la sensibilización, y a la creación de entornos seguros.
5. Promover iniciativas de formación a menores, padres y madres, agentes de pastoral laicos, sacerdotes y consagrados, para la prevención y detección de abusos.
6. Coordinación con los distintos organismos eclesiales de atención al menor a nivel de Provincia eclesiástica y de Conferencia Episcopal.

Artículo 6.

En su actuación, la Comisión tendrá en cuenta las normas del Derecho Canónico y la restante legislación canónica universal relativa a la materia, salvando siempre la reserva de competencia establecida por el legislador universal, bien respecto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe o bien respecto de cualquier otro dicasterio de la Curia romana; así como, las normas y orientaciones de la Conferencia episcopal española y en concreto la Instrucción de la CEE sobre abusos sexuales.

COMPOSICIÓN

Artículo 7.

Preside la Comisión para la Atención del Menor un Director nombrado por el Obispo diocesano, en la medida de lo posible, experto en protección de menores.

Artículo 8.

La Comisión está formada por:

1. Dirección técnica compuesta por un director y un servicio técnico
2. Un equipo de asesores
3. Un equipo de interlocutores de las instituciones eclesiales.

Artículo 9.

El servicio técnico estará compuesto por:

- A. Un experto en el ámbito jurídico canónico
- B. Un experto en el ámbito jurídico civil
- C. Un psicólogo

Artículo 10.

Uno de los miembros de la Comisión desempeñará la función de secretario.

Artículo 11.

Los componentes de la Comisión, y quienes legítimamente colaboren con ellos, deberán proceder en el desempeño de su misión con diligencia, celo, atención, pericia y escrupuloso cuidado.

Artículo 12.

El equipo de asesores será designado por el director técnico.

El equipo estará formado por diferentes profesionales y expertos en diferentes campos:

- A. Un profesional en el campo de la intervención familiar.
- B. Un profesional en el campo de la protección de menores.
- C. Un experto en el campo de la discapacidad.
- D. Un profesional de la salud mental.
- E. Un profesional de la educación.
- F. Un responsable de la pastoral diocesana.

Artículo 13.

Los miembros del equipo de interlocutores de las Instituciones eclesiásicas, que trabajan en la Diócesis con menores, estará formado, entre otros, por representantes del:

- A. Ámbito de la protección de menores, en concreto, de centros de acogimiento residencial.
- B. Ámbito de la educación, donde al menos uno de los representantes será de los colegios diocesanos.
- C. Ámbito pastoral diocesano, en concreto, del clero.
- D. Ámbito de otras instituciones eclesiásicas o no eclesiásicas como fundaciones, movimientos y realidades de la Iglesia.

ACTUACIÓN

Artículo 14.

Esta Comisión aborda su trabajo desde una perspectiva integral que abarca aspectos legales, procesales, psicológicos, técnicos, terapéuticos y espirituales, siempre velando en primer lugar por la persona acompañada.

Artículo 15.

Para la consecución de sus fines, esta Comisión Diocesana, podrá servirse de los medios humanos y materiales que le permitan afrontar con diligencia y corrección encargo de tan alta responsabilidad.

Artículo 16.

Son funciones propias de esta Comisión las siguientes:

1. Asesoramiento técnico, apoyo espiritual, emocional y psicológico a los menores, personas vulnerables y sus familias.
2. Formación en la protección de menores, personas vulnerables y de sus familias a cuantos realizan tareas apostólicas o asistenciales en la diócesis.
3. Formación y promoción en las buenas prácticas con menores, personas vulnerables y sus familias.
4. Realizar campañas de prevención de abusos a menores.
5. Concienciar a todos los fieles del deber de informar a la Autoridad de la Iglesia de cualquier sospecha o noticia que pudiera indicar la existencia de abusos sexuales, cometidos contra menores o personas vulnerables.
6. Velar para que todas las instancias diocesanas que están en contacto con menores y personas vulnerables sigan las instrucciones dadas por la Conferencia Episcopal Española en relación a la prevención de abusos sexuales.

7. Cuidar la escucha y acogida de quienes, en calidad de víctimas, familiares o informantes, acudan a este Servicio ante cualquier sospecha de abusos a menores o personas vulnerables en ámbito eclesial o no eclesial.

Artículo 17.

La dirección técnica tiene las siguientes funciones:

1. Ser la persona de referencia en materia de protección de menores de la diócesis.
2. Relaciones institucionales tanto eclesiales como civiles.
3. Formación y difusión en la prevención de abusos a menores y personas vulnerables.
4. Coordinación con el servicio interdiocesano de recepción de denuncias creado por todas las diócesis de la Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela.

Artículo 18.

El servicio técnico tiene las funciones de:

1. Ofrecer su servicio profesional a los menores, personas vulnerables y sus familias que lo precisen.
2. Participar con la dirección técnica en la elaboración de programaciones, memorias, materiales y contenidos de formación en la prevención de abusos.
3. Asistir a los menores y personas vulnerables, cuando hayan de ser oídas en el proceso de averiguación e investigación que pueda incoarse.
4. Prestar sus servicios de acompañamiento, cuando sean pertinentes, durante todo el proceso.

Artículo 19.

El equipo de asesores tendrá la función de prestar su servicio a la dirección técnica, cuando ésta se lo solicite, con el fin de aportar sus conocimientos y experiencia.

Artículo 20.

El equipo de interlocutores de las instituciones eclesiales presentes en la diócesis mantendrá contacto regularmente con la dirección técnica al objeto de ser cauce efectivo de transmisión de información, de propuestas de formación para la prevención y de mejora continua.

Artículo 21.

Para la atención directa a los menores, personas vulnerables y sus familias que precisen su servicio, esta Comisión dispone de un local acondicionado para realizar entrevistas y reuniones sito en la Rúa Nova número 42.

Artículo 22.

Esta Comisión contará con un apartado específico dentro de la web de la diócesis para la difusión de toda la información sobre el contenido de esta Comisión, protocolos actualizados, material de prevención disponible, las actualizaciones normativas y el acceso al canal de comunicación.

Artículo 23.

La Comisión, a efectos de difusión y publicidad tanto física como digital se denominará ADARGA. Este nombre es elegido por tratarse, de un escudo de cuero ovalado o de forma de corazón, dando sentido a la finalidad protectora de esta Comisión.

Artículo 24.

Al principio de cada año, esta Comisión elaborará una Programación de las actuaciones previstas en cuanto a formación, prevención y difusión.

Artículo 25.

Al fin de cada año, la Comisión elaborará una memoria-resumen de las actividades desarrolladas.

Dado en Lugo, Ciudad del Sacramento, a 14 de septiembre de 2024, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

José Manuel Penela Campos
Por mandato de S. E. Rvdma.
El Canciller-Secretario

Compartir la propia persona

Día de la Iglesia diocesana 2024

Queridos hermanos,

Aunque muchas veces hablamos del compartir en la Iglesia a propósito de bienes y riquezas materiales, en realidad la comunión eclesial que vivimos en nuestra Diócesis se refiere ante todo y sobre todo a las personas, a nuestra entrega y a nuestra vida.

Es bueno recordar que compartimos lo que somos, procuramos dar nuestras personas, somos felices cuando ponemos en juego, alma, corazón y vida. Esta es la sustancia verdadera de nuestra Iglesia diocesana, de nuestra unidad, que no se mantendría sobre ninguna otra base, que sería siempre insuficiente.

Este compartir personal es hecho posible por la fe en nuestro Señor Jesucristo, de quien todos podemos decir «que me amó y se entregó por mí» (Ga 2, 20).

En su presencia, en el encuentro con Él, despierta nuestra conciencia de Dios, de su Amor inmenso, y de nuestra dignidad y destino. Se nos ilumina la ley verdadera de la vida —que es el amor— como posibilidad real para cada uno, dejamos atrás radicalmente la soledad, mientras descubrimos que gozamos de Su compañía fiel. Se nos abren espacios de acción y de sentido, de entrega personal, de colaboración en la gran obra en la que Él es la piedra angular, la Cabeza que distribuye dones y tareas.

En el encuentro con el Señor se desvela la inmensa riqueza de la vida, de nuestra llamada a la existencia; más aún, crecen y se multiplican nuestras posibilidades naturales, con dones, responsabilidades y fecundidad imprevisibles. Somos llamados a una historia nueva, grande y buena, por Aquel que es el Señor, Salvador del mundo, *camino, verdad y vida* para cada uno, en toda circunstancia.

Y así, con Él, compartimos lo que somos en la gran unidad de la Iglesia, en una «comunión» nacida de su Presencia y nuestra respuesta, de su amor y nuestra libertad. Para unos esto sucede en el ministerio sacerdotal; para otros en el matrimonio, ante los desafíos del trabajo y de la vida social, en el diálogo con todos; para otros en la consagración de la existencia para dar testimonio del Amor más grande, en el que todos confiamos y creemos. Pero todos experimentamos nuestra existencia como llamada a una plenitud de sentido, de entrega, de tarea: como una «vocación».

Todos somos conocidos por nuestro nombre; somos queridos y pertenecemos a la gran familia del Señor, en la que alienta la certidumbre de una plenitud de humanidad, de amor y de vida.

Este bien incomparable, en el que ganamos la propia persona y nos hacemos capaces de darla, lo recibimos como un don de manos del Señor, a lo largo de nuestro camino eclesial. Y así entendemos la verdadera naturaleza de nuestra Iglesia Diocesana; que se expresa adecuadamente sólo cuando celebramos unidos la Eucaristía en nuestra Catedral y en nuestras parroquias.

Que el Señor nos dé vivir con verdad nuestra fe y ganar conciencia de nuestra vocación; cuidarla como el tesoro y la perla más preciosa, como la levadura capaz de renovar toda la masa de la existencia; adherirnos a ella de corazón, a Su palabra para nosotros, a la misión que nos confía en el mundo.

Y aprenderemos que quien la entrega por Él y por el Evangelio gana su vida para siempre.

**+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo**

Compartir a propia persoa

Día da Igrexa diocesana 2024

Queridos irmáns,

Aínda que moitas veces falamos do compartir na Igrexa á propósito de bens e riquezas materiais, en realidade a comuñón eclesial que vivimos na nosa Diocese refírese ante todo e sobre todo ás persoas, á nosa entrega e á nosa vida.

É bo lembrar que compartimos o que somos, procuramos dar as nosas persoas, somos felices cando poñemos en xogo, alma, corazón e vida. Esta é a substancia verdadeira da nosa Igrexa diocesana, da nosa unidade, que non se mantería sobre ningunha outra base, que sería sempre insuficiente.

Este compartir persoal é feito posible pola fe no noso Señor Xesucristo, de quen todos podemos dicir «que me amou e se entregou por min» (Ga 2, 20).

Na súa presenza, no encontro con El, esperta a nosa conciencia de Deus, do seu Amor inmenso, e da nosa dignidade e destino. Ilumínasenos a lei verdadeira da vida —que é o amor— como posibilidade real para cada un, deixamosatrás radicalmente a soildade, mentres descubrimos que gozamos da súa compañía fiel. Ábrensenos espazos de acción e de sentido, de entrega persoal, de colaboración na gran obra na que El é a pedra angular, a Cabeza que distribúe dons e tarefas.

No encontro co Señor desvélase a inmensa riqueza da vida, da nosa chamada á existencia; máis aínda, medran e multiplícanse as nosas posibilidades naturais, con dons, responsabilidades e fecundidade imprevisibles. Somos chamados a unha historia nova, grande e boa, por Aquel que é o Señor, Salvador do mundo, camiño, verdade e vida para cada un, en toda circunstancia.

E así, con El, compartimos o que somos na gran unidade da Igrexa, nunha «comuñón» nada da súa Presenza e a nosa resposta, do seu amor e a nosa liberdade. Para uns isto sucede no ministerio sacerdotal; para outros no matrimonio, ante os desafíos do traballo e da vida social, no diálogo con todos; para outros na consagración da existencia para dar testemuño do Amor más grande, no que todos confiamos e cremos. Pero todos experimentamos a nosa existencia como chamada a unha plenitude de sentido, de entrega, de tarefa: como unha «vocación».

Todos somos coñecidos polo noso nome; somos queridos e pertencemos á gran familia do Señor, na que alenta a certeza dunha plenitude de humanidade, de amor e de vida.

Este ben incomparable, no que gañamos a propia persoa e nos facemos capaces de dala, recibímolo como un don de mans do Señor, ao longo do noso camiño eclesial. E así entendemos a verdadeira natureza da nosa Igrexa Diocesana; que se expresa adecuadamente só cando celebrámos unidos a Eucaristía na nosa Catedral e nas nosas parroquias.

Que o Señor nos dea vivir con verdade a nosa fe e gañar conciencia da nosa vocación; coidala como o tesouro e a perla más preciosa, como o fermento capaz de renovar toda a masa da existencia; adherírnos a ela de corazón, á Súa palabra para nós, á misión que nos confía no mundo.

E aprenderemos que quen a entrega por El e polo Evanxeo gaña a súa vida para sempre.

**+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo**

Por ti, por mí, trabajo decente

X Jornada Mundial por el Trabajo Decente

Con motivo de la celebración de la *Jornada Mundial por el Trabajo Decente* del 7 de octubre y coincidiendo con su décimo aniversario, la red eclesial «Iglesia por el trabajo decente» nos propone de nuevo reflexionar sobre estos aspectos de la justicia social que siguen siendo un desafío para nuestra sociedad.

En efecto, la «doctrina social» de la Iglesia insiste en que cada individuo tiene derecho a un trabajo digno que le permita desarrollarse plenamente como ser humano. Ello significa que la dignidad de la persona trabajadora debe estar en el centro de las decisiones políticas y económicas, de modo que se generen oportunidades de trabajo decente, se protejan y promuevan los derechos laborales.

El lema de esta campaña «Por ti, por mí, trabajo decente», subraya que la búsqueda del bien común nos afecta a todos y debe ser el objetivo principal del conjunto de la comunidad, por supuesto particularmente de quienes tienen responsabilidad política o mayor capacidad de determinar los procesos sociales y económicos.

Para la realización del bien común, tiene hoy una cierta urgencia atender a las circunstancias laborales que viven entre nosotros las personas migrantes, que sufren de mayores vulnerabilidades y que a menudo no han podido todavía regularizar su situación.

Los abusos son posibles y se dan de hecho. Siempre serían completamente inaceptables, pero más aún cuando se trata de personas con menos recursos —familiares y sociales— a las que el Evangelio nos pide atender con prioridad.

Los abusos —e incluso delitos— pueden darse bajo una apariencia de normalidad, a veces ante nuestros propios ojos, como sucede por ejemplo en el caso de la trata. El Papa Francisco nos ha pedido, de hecho, que demos prioridad a quienes sufren la trata en este año del Jubileo romano de 2025.

La atención real al «trabajo decente» implica defender los derechos laborales de todos. En este caso de las personas migrantes, significará también apoyar su camino de integración social y laboral, particularmente en las relaciones —muchas veces complicadas— con las administraciones públicas. Y podrá ser ocasión de generar iniciativas y proyectos que respondan a esta necesidad; puede mencionarse, por ejemplo, el de «Arraigo para la formación» que se ofrece desde Caritas. El apoyo a estas iniciativas, imprescindible para su éxito, será cosa de todos, de las administraciones públicas, pero quizás más aún de quienes conforman ya la realidad de nuestra vida laboral.

El «trabajo decente» es parte constitutiva del bien común de nuestra sociedad. Y es una riqueza para todos, «para mí y para ti», porque nos ayuda a cada uno a vivir con paz y justicia. Como cristianos sabemos además que es expresión de la caridad verdadera para con el prójimo, al que hemos de amar como a nosotros mismos.

Esta campaña, que cumple diez años, es una ayuda y una llamada a guardar viva la conciencia de la centralidad del trabajo para la realización de la propia existencia, y de la urgencia de darle su forma «decente» en las circunstancias que vivimos actualmente, tan propclives a olvidar la dignidad de la persona y a sacralizar de algún modo la avaricia y el derecho del más fuerte.

La caridad, alma de la vida de todo cristiano, ilumina para nosotros el rostro del prójimo, da claridad y certeza a la percepción de lo que es justo y fortalece al corazón ante tareas y desafíos. Que la

caridad —y por tanto la justicia— pueda seguir conformando nuestra vida, en la familia, en nuestras relaciones laborales, y, por consiguiente, también las instituciones sociales y la legislación laboral. Será una contribución preciosa para el bien de cada uno y el bien común de todos.

**+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo**

Por ti, por min, traballo decente

X Xornada Mundial polo Traballo Decente

Con motivo da celebración da *Xornada Mundial polo Traballo Decente* do 7 de outubro e coincidindo co seu décimo aniversario, a rede eclesial «Igrexa polo traballo decente» proponnos de novo reflexionar sobre estes aspectos da xustiza social que seguen sendo un desafío para a nosa sociedade.

En efecto, a «doutrina social» da Igrexa insiste en que cada individuo ten dereito a un traballo digno que lle permita desenvolverse plenamente como ser humano. Iso significa que a dignidade da persoa traballadora debe estar no centro das decisións políticas e económicas, de modo que se xeren oportunidades de traballo decente, se protexan e promovan os dereitos laborais.

O lema desta campaña «Por ti, por min, traballo decente», subliña que a procura do ben común aféctanos a todos e debe ser o obxectivo principal do conxunto da comunidade, por suposto particularmente de quen ten responsabilidade política ou maior capacidade de determinar os procesos sociais e económicos.

Para a realización do ben común, ten hoxe una certa urxencia atender ás circunstancias laborais que viven entre nós as persoas migrantes, que sufren de maiores vulnerabilidades e que a miúdo non puideron aínda regularizar a súa situación.

Os abusos son posibles e danse de feito. Sempre serían completamente inaceptables, pero más ainda cando se trata de persoas con menos recursos —familiares e sociais— ás que o Evanxeo nos pide atender con prioridade.

Os abusos —e mesmo delitos— poden darse baixo unha apariencia de normalidade, ás veces ante os nosos propios ollos, como sucede por exemplo no caso de trata. O Papa Francisco pediuunos, de feito, que deamos prioridade a quen sofre trata neste ano do Xubileu romano de 2025.

A atención real ao «traballo decente» implica defender os dereitos laborais de todos. Neste caso das persoas migrantes, significará tamén apoiar o seu camiño de integración social e laboral, particularmente nas relacións —moitas veces complicadas— coas administracións públicas. E poderá ser ocasión de xerar iniciativas e proxectos que respondan a esta necesidade; pode mencionarse, por exemplo, o de «Arraigamento para a formación» que se ofrece desde Caritas. O apoio a estas iniciativas, imprescindible para o seu éxito, será cousa de todos, das administracións públicas, pero quizá más ainda de quen conforma xa a realidade da nosa vida laboral.

O «traballo decente» é parte constitutiva do ben común da nosa sociedade. E é unha riqueza para todos, «para a min e para ti», porque nos axuda a cada un para vivir con paz e xustiza. Como cristiáns sabemos ademais que é expresión da caridade verdadeira para co próximo, ao que habemos de amar como a nós mesmos.

Esta campaña, que cumple dez anos, é unha axuda e unha chamada para gardar viva a conciencia da centralidade do traballo para a realización da propia existencia, e da urgencia de darlle a súa forma «decente» nas circunstancias que vivimos actualmente, tan proclives a esquecer a dignidade da persoa e a sacralizar dalgún modo a avaricia e odereito do más forte.

A caridade, alma da vida de todo cristián, ilumina para nós o rostro do próximo, dá claridade e certeza á percepción do que é xusto e fortalece ao corazón ante tarefas e desafíos. Que a caridade —e por

tanto a xustiza— poida seguir conformando a nosa vida, na familia, nas nosas relacións laborais, e, por conseguinte, tamén as institucións sociais e a lexislación laboral. Será unha contribución preciosa para o ben de cada un e o ben común de todos.

**+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo**

Colecta extraordinaria polos damnificados da DANA

Queridos irmáns,

Todos contemplamos con consternación o sucedido nas graves inundacións que afectaron estes días a Valencia e Albacete, entre outros lugares. Contemplamos o sufrimento das xentes, de quen perdeu seres queridos, dos que se atoparon en grave perigo e dos que padeceron danos importantes nas súas casas e patrimonios. É unha situación de gran necesidade, que nos conmove, e na que dese- xariamos poder ser tamén de axuda.

Estamos convidados ante todo a rezar polos que sufren esta catás- trofe. Pidamos ao Señor polo eterno descanso dos falecidos e polo consolo de todos os afectados, para que atopen o sostén da fe e do amor dos irmáns.

Por outra banda, propónovos a realización dunha «Colecta extraor- dinaria» polos damnificados, que fariamos o vindeiro domingo día 10 de novembro. É unha forma concreta na que poderemos expresar a nosa proximidade e a calor do noso corazón.

Coincide que este día 10 estaba xa prevista unha «Colecta pola Igrexa diocesana». Paréceme un xesto adecuado que, como Dio- cese, destinemos a colecta deste día á emergencia que sufren os nosos irmáns. Non hai mellor maneira de ser Igrexa Diocesana que

vivindo así a caridade do modo máis realista. Participar neste xesto será unha graza e un ben para nós mesmos.

Rógovos, pois, que asumades cordial e xenerosamente a proposta desta «Colecta extraordinaria». Farémola chegar a través de Caritas, que está a facer unha campaña a nivel nacional con esta finalidade.

Celebremos así este ano o noso ser Igrexa diocesana, alegrémonos de corazón por poder vivir realmente a caridade fraterna, pidamos sempre ao Señor os uns polos outros nas necesidades. E invoquemos agora especialmente a intercesión da Virxe dos Desamparados polos falecidos e os damnificados nesta inundación.

Co meu afecto e bendición

**+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo**

Homilía en el Congreso «Escuelas Católicas»

Queridos hermanos,

Celebramos hoy unidos en Asamblea esta Santa Misa en el día en que Madrid festeja a la Virgen de la Almudena, reconociéndola como Madre, según la palabra de Jesús en la cruz.

La presencia de María, su maternidad, que es amor, consuelo, amparo, es ya fruto de la entrega del Señor que muestra así inicialmente su victoria sobre el abandono, la soledad y la muerte, como promesa de la resurrección al tercer día. La comunión del Señor Jesús con María no podía romperse, ser deshecha por mal alguno; y Él nos hace participar de ella, como signo seguro y cierto de esperanza anticipada en el medio del dolor.

Estas certezas tienen que resonar en nuestro corazón mientras levantamos hoy la mirada a la Virgen María, a la Madre de los Desamparados, a quien reconocen, en quien confían y esperan tantos hermanos valencianos, a quien pedimos también nosotros hoy intercesión, ayuda, consuelo para sus hijos enfrentados con el sufrimiento y la muerte.

La presencia de la Virgen será siempre motivo de esperanza, razón para confiar en la vida plena a la que nos llama el Señor, también cuando experimentamos que «la ayuda del hombre es inútil», en palabras del Salmo.

Pero también nuestra presencia, la de la gran comunión de la Iglesia, en la que María es Madre, queremos que sea razón renovada de esperanza, lugar en que brille una vida nueva, cuyo aliento es un amor «que no pueden apagar las grandes aguas».

En un encuentro de «Escuelas católicas», nos impacta especialmente el testimonio de tantos jóvenes, e incluso adolescentes, que se han entregado de manera admirable a socorrer a los que sufrían las consecuencias de las inundaciones, a pesar de dificultades, costes o fatigas. Muchas veces iban juntos, como amigos, provenientes de ámbitos educativos de Iglesia, de parroquias, colegios, movimientos, etc.

Es la presencia de la misma gran comunión que el Señor establece con los suyos, con su Madre y sus discípulos, que Él afirma incluso desde la cruz. Es una presencia humana, cercana; que habla del Amor vencedor del Corazón de Jesús, de una esperanza que habita el fondo del alma y que en ningún caso se quiere negar, que renace con el aliento de una gracia y de un gesto de caridad.

Es una presencia que reconforta también nuestro corazón. Nos asegura que nuestra comunión con el Señor es verdadera, hace grandes y fieles a nuestros hermanos, incluso pequeños; que es fuente de humanidad verdadera, que nos honra, mostrando la dignidad profunda que puede tener el vivir en este mundo; y es certeza de victoria sobre la muerte, de resurrección con el Señor Jesús, que nos hace posible estar al lado incluso de quien se encuentra ante el misterio de la muerte.

Estamos en la vida con esperanza, miramos sobre todo a niños y jóvenes con esperanza. Y queremos transmitir esta fe, este conocimiento del Amor de Dios, manifestado en Cristo, que ilumina el mundo, que se expresa en frutos de humanidad, en la compañía y el testimonio de tantas personas hermanas, y de la Virgen María, Madre de todos.

Queremos educar, no podemos no hacerlo. Por amor, a nuestros niños y jóvenes, por amor a nuestra gente, por fidelidad y responsabilidad para con nuestros mayores, por el futuro, el bien y la paz de nuestro mundo.

Queremos educar, como una comunidad verdadera, en el aliento de la fe, en la gran comunión que viene siempre del Señor Jesús y nos une en un Pueblo que comparte lo esencial, la dignidad, el destino, la entrega de la vida.

Queremos ver crecer así a nuestros seres más queridos: con un corazón fuerte y joven, cierto de su confianza en Dios más que en los hombres; que da frutos de caridad y responsabilidad, de creatividad y de justicia, de compasión y de solidaridad; y con capacidad de sacrificio, con iniciativa, con sentido de unidad y experiencia de fraternidad vivida.

Todos los centros educativos procurarán, sin duda, darles a sus alumnos los medios mejores, los conocimientos y las competencias más adecuados, las técnicas, más eficaces, etc. Pero queremos ante todo verles crecer así, personalmente, capaces de afrontar el mundo, con sus grandes desafíos e interacciones, como de alguna manera ha sucedido en tantos voluntarios estos días.

Queremos estar y educar, conscientes del valor inapreciable de cada uno, con nombres y apellidos. Y nos llena de alegría ser, haber sido llamados a esta misión.

Esta es nuestra esperanza para nosotros mismos, y para todos, la que tenemos en nuestro Señor Jesucristo. La celebramos hoy de nuevo en esta Santa Misa, en la que el Señor pone en nuestras manos una vez más el sacrificio que Él hace por nosotros, nos da su Cuerpo y su Sangre, nos une en la comunión de su Espíritu de amor.

A Él confiamos, por intercesión de la Virgen María de la Almudena, nuestros colegios y centros educativos, con todos sus miembros, las iniciativas y los proyectos, y el cumplimiento por cada uno de nosotros de la misión que tenemos encomendada.

Que el Señor Jesús guarde nuestros corazones unidos a Él, llenos de vida, de fe, esperanza y caridad; bajo el amparo constante de María, su Madre y la nuestra.

Resultado de la colecta por los damnificados de la DANA

Queridos hermanos,

El pasado 10 de noviembre decidimos hacer una colecta extraordinaria en la diócesis de Lugo por los damnificados en las grandes inundaciones del 29 de octubre.

Aun siendo conscientes de la limitación de nuestro gesto queríamos expresar con ello nuestra cercanía como Iglesia diocesana a los que han sufrido defunciones de seres queridos así como graves daños personales y patrimoniales. Nuestro deseo era que esta expresión visible de la caridad de la Iglesia pudiese ser un sostén para la esperanza de quienes están afrontando este sufrimiento.

La colecta de ese día ha sido de 109.892,85 €.

Por supuesto, sabemos muy bien que es sólo una parte de las muchas formas de entrega personal y de recursos en que se ha manifestado la fraternidad y la generosidad de nuestros fieles. Dios lo pagará a todos.

Él ha querido entregarnos a su Hijo y con Él nos lo ha dado todo. Que acogerlo en la Navidad nos ayude a seguir compartiendo también nosotros lo que somos y tenemos con nuestros hermanos.

**+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo**

Mensaje de Navidad

Un año más nos llena de alegría celebrar la Navidad, contemplar al Hijo de Dios nacer en Belén, descansar hecho niño en el regazo de su Madre María.

Nos consuela el resonar de su Amor en nuestro interior, como si nos fuese dado también a nosotros sostenerlo en brazos, cerca del corazón.

Si Él está con nosotros, ¿qué hemos de temer, después de todo? ¿qué no podremos esperar de Dios, si nos entrega así a su propio Hijo?

Y, sobre todo, qué habrá más respetuoso, más lleno de afecto sin límites, que venir a estar y quedarse con nosotros; qué habrá más atento a lo íntimo de nuestra manera de ser que no venir a ofrecernos cosas, sino a su propia persona, un amor y una compañía absolutamente fiel.

Así, naciendo, Jesús ilumina de nuevo nuestra vida, nuestras familias, haciendo brillar la esperanza, que resplandece en el mundo entero este día.

Es una buena nueva que necesitamos, ante tanto desamor o sinsentido, ante nuestras soledades en el camino. Nos ha nacido un Hijo, el Salvador, Jesús, nuestro hermano y el Señor. Que su venida nos consuele e ilumine a todos y a cada uno. Que traiga la paz a nuestras casas y a nuestra tierra, y nos llene de gratitud para con nuestro Dios.

¡Muy feliz Navidad!

Mensaxe do Nadal

Un ano máis énchenos de alegría celebrar o Nadal, contemplar ao Fillo de Deus nacer en Belén, descansar feito neno no colo da súa Nai María.

Consólanos o resoar do seu Amor no noso interior, coma se nos fose dado tamén a nós sostelo en brazos, preto do corazón.

Se El está connosco, que habemos de temer, despois de todo? que non poderemos esperar de Deus, se nos entrega así ao seu propio Fillo?

E, sobre todo, que haberá máis respectuoso, máis cheo de afecto sen límites, que vir estar e quedar connosco; que haberá máis atento ao íntimo da nosa maneira de ser que non vir a ofrecernos cousas, senón á súa propia persoa, un amor e unha compañía absolutamente fiel.

Así, nacendo, Xesús ilumina de novo a nosa vida, as nosas familias, facendo brillar a esperanza, que resplandece no mundo enteiro este día.

É unha boa nova que necesitamos, ante tanto desamor ou sensentido, ante as nosas soildades no camiño. Naceunos un Fillo, o Salvador, Xesús, o noso irmán e o Señor. Que a súa vinda nos console e ilumine a todos e a cada un. Que traia a paz ás nosas casas e á nosa terra, e nos encha de gratitud para co noso Deus.

Moi bo nadal!

Inauguración del Año Jubilar Romano 2025

Queridos hermanos,

En unión con la Iglesia universal, como porción del Pueblo de Dios en estas tierras de la Diócesis de Lugo, hemos venido en peregrinación hasta nuestra Catedral, para inaugurar también nosotros aquí el Año Santo 2025 del nacimiento del Salvador.

Dios viene al mundo y nace en Belén para establecer la Alianza nueva y definitiva con su Pueblo, con un Amor que no se deja detener por nuestra infidelidad y una misericordia de riqueza incomparable con nuestros pecados.

La convocatoria del Año Jubilar Romano por el Papa Francisco es una invitación para todos a levantar la mirada con alegría hacia esta gran obra de salvación que Dios inicia hace 2025 años; y a recordar que sigue presente en la historia, iluminando y orientando nuestros caminos en la vida, conduciéndolos a su verdadero destino, a la realización plena de nuestra esperanza, en el Reino de los cielos.

Estamos convocados ante todo a guardar memoria viva del misterio de amor y de reconciliación del que nacemos: de la Encarnación de Jesús, el Hijo de Dios, de su entrega en la Cruz para el perdón de los pecados, de la participación que nos da en el tesoro inmenso de su Corazón abierto, de sus méritos más personales, de la unidad que vive plenamente con el Padre.

El misterio de nuestra comunión en Cristo inicia ya con su nacimiento, que celebramos especialmente este Año Santo, en el que tiene lugar un admirable intercambio. El Hijo hecho hombre, Jesús, nacido de María Virgen, asume nuestra condición, nuestras deudas, se une definitivamente a nosotros; pero en Él nuestra humanidad vivirá plenamente unida al Padre, capaz de todos los sacrificios por Él —para que se cumpla su voluntad— y por sus hermanos, y se llenará para siempre de vida y de gloria en la resurrección.

Así, en Jesús el Padre nos ofrece todos los tesoros de la reconciliación y de la sabiduría; inaugura el tiempo de la gracia y la verdad: si ha entregado a su Hijo por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él? Al acoger el don de su misericordia y de su amistad, nuestra existencia se encuentra sostenida por una esperanza inquebrantable: caminamos con una meta, estamos llamados a dar fruto abundante según la misión encomendada a cada uno; no estamos dejados a nuestras solas fuerzas, no desfallecemos, porque el Señor está con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo, y nos hace miembros de su Cuerpo, de la gran compañía de sus hermanos, de la Iglesia.

Esta es nuestra confianza, la que fundamenta nuestra esperanza y orienta nuestra vida: el Amor del Señor Jesús no pasa nunca y no defrauda; nosotros pertenecemos a la gran comunión de sus hermanos, en una unidad profunda e irrevocable con Él, sellada en el bautismo y renovada perennemente en la comunión de su Cuerpo y de su Sangre, en el sacramento de la confesión.

En este Año Jubilar 2025 la Iglesia nos recuerda el Amor del Señor, y nos exhorta a creer en el perdón y la reconciliación, en la victoria sobre el mal, a dejar atrás el pecado, presente también en nuestra vida. Pues el pecado que tengamos no nos define; sino que, en realidad, nos es ajeno, no nos conduce a nuestra verdadera meta, ni da sentido y fecundidad al tiempo que Dios nos pone a nuestra disposición. Las riquezas de gracia de este Año, que permiten ganar la indulgencia plenaria, e incluso por un difunto, nos recuerdan nuestro horizonte verdadero: la plenitud de nuestras personas, libres del mal, unidas al Señor, participando de su Amor y de su gloria.

En este Año Jubilar, en esta Catedral y en los diferentes santuarios en que podemos ganar su indulgencia en nuestra Diócesis, estaremos unidos a todos los nuestros que han peregrinado de generación en generación en la esperanza de la fe, que han confiado su vida a nuestro Señor, para darle forma buena en este mundo y alcanzar un destino feliz.

La obra de la salvación iniciada, con el nacimiento del Señor Jesús, atravesia los siglos, hasta hoy mismo. No podemos olvidar que el misterio de su Amor divino, de la comunión de la Iglesia, que une cielos y tierra, pueblos y gentes, está presente entre nosotros. Ha dado forma y fecundidad a nuestras casas y parroquias desde tiempo inmemorial, ha iluminado con esperanza viva gozos y tristezas, alegrías y dificultades, ayudándonos a no ser derrotados por el mal y el pecado, y ni siquiera por la muerte.

Pidamos esta inmensa esperanza de bien para nosotros y para nuestra tierra. La necesitamos cada uno, la necesitan nuestros seres queridos, nuestras familias y parroquias. Pero la necesita nuestro mundo, donde abunda el pecado y la mentira; donde todos anhelamos signos de esperanza, palabras dignas de confianza, aliento de vida, luz verdadera para el camino.

El Año Jubilar nos convoca a vivir como miembros del Pueblo de Dios, reconociendo con fe el Amor que nos manifiesta el Señor Jesús. Y a ser entonces «peregrinos de esperanza», que hablan creíblemente de perdón y de reconciliación en medio del mundo, de la posibilidad de orientar la propia vida por los caminos de la justicia y de la paz, de mirar al prójimo y a la propia existencia ciertos de su dignidad y destino, como amados de Dios.

Encomendemos este Año Jubilar a la Santísima Virgen María, Madre de Dios, cuya certeza ante la presencia de su Hijo, Dios-con-nosotros, no pudo ser quebrantada ni siquiera ante la cruz. Ella llevó a cabo su peregrinación en la fe con una esperanza sin límites, que mereció llenarse de luz para siempre contemplando a su Hijo resucitado al tercer día.

Como nuestra Madre, podrá guiar nuestro corazón para que nos acerquemos con humildad y esperanza grande a la fuente del perdón y de la indulgencia. Y será nuestro amparo, para que hagamos el camino de la vida ciertos del Amor de Dios, como un Pueblo que sigue anunciando la buena noticia de la justicia, la verdad y la paz, el «Año de gracia» del Señor.

**+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo**



Prot. n.º: 139/2024

Nos, Dr. D. Alfonso Carrasco Rouco, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Lugo

Mediante la Bula *Spes non confundit*, del pasado 9 de mayo, el Papa Francisco convocaba a toda la Iglesia al Jubileo Ordinario Romano de 2025, bajo el lema *Peregrinos de Esperanza*. Según lo establecido a este fin por la Santa Sede, con Decreto de fecha de 01 de septiembre de 2024 he procedido a determinar los templos de nuestra Diócesis a los que, junto con nuestra Catedral de Santa María, se podrá acudir en peregrinación para lucrar la indulgencia jubilar romana, a partir del 29 de diciembre 2024 y hasta el 28 de diciembre de 2025, cumpliendo las condiciones habituales.

Y, para que sea pastoralmente facilitado el acceso al sacramento de la Penitencia y conseguir el perdón divino a través del poder de las Llaves, siguiendo lo indicado por la Penitenciaría Apostólica en su Decreto de 13 de mayo de 2024, concedo a los presbíteros que legítimamente escuchen las confesiones de los fieles durante este Año jubilar en dichos templos las facultades establecidas en el canon 508 §1, para absolver en el fuero interno de las censuras *latae sententiae* no declaradas ni reservadas a la Santa Sede. En estas confesiones téngase en cuenta lo establecido en el *Ordo Paenitentiae*, apéndice I, nn. 2-3, determinando penitencias sacramentales adecuadas a la gravedad de la censura.

Expídase una copia de este decreto para cada uno de los templos jubilares. Dado en Lugo, Ciudad del Sacramento, a 16 de diciembre de 2024.

Por mandato de S.E. Rvdma.
El Canciller-Secretario



Nos, Dr. D. Alfonso Carrasco Rouco, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Lugo

En la Diócesis de Lugo, desde el año 1859, en un primer momento con el nombre de *Boletín del Clero del Obispado de Lugo*, y, desde el 1873, con el de *Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Lugo*, se han publicado en papel impreso leyes, decretos, documentos y noticias de la Iglesia Particular y Universal, con el principal objetivo de dar cumplimiento a lo que establece la legislación canónica.

En la actualidad, ante el desarrollo de tecnologías que facilitan y universalizan la comunicación de las noticias y la preceptiva publicidad de leyes y decretos, y siguiendo la indicación del papa Francisco en la encíclica *Laudato Si* de favorecer el cuidado de nuestra casa común, parece procedente renovar las formas de publicación de nuestro *Boletín oficial*. Por todo ello, por el presente

DECRETO

PRIMERO. Que la publicación de documentos diocesanos y la promulgación de leyes y decretos, conforme al can. 8 §2, se realizará a través de la edición digital del *Boletín Oficial del Obispado de Lugo*, publicado en una sección propia de la página web oficial de la Diócesis de Lugo.

SEGUNDO. La modificación del punto 2 del *Decreto sobre la custodia y cuidado de los Archivos Parroquiales*, de 18 de enero de 2011, suprimiendo la necesidad de guardar una copia de la colección de los Boletines Oficiales del Obispado junto a los libros parroquiales.

TERCERO. La edición impresa se limitará a los ejemplares necesarios para su conservación y custodia en este soporte en el Archivo Diocesano y en aquellas parroquias o instituciones que deseen continuar con la colección impresa.

Lugo, Ciudad del Sacramento a 30 de diciembre de 2024.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

José Manuel Penela Campos
Por mandato de S.E. Rydma.
El Canciller-Secretario

SECRETARÍA GENERAL

Nombramientos

22/09/24 Emilio Alvito García Fente
Administrador parroquial de Santa María de Álceme

22/09/24 José Ramón Pena Taboada
Administrador Parroquial de Santa María de Albarellos,
San Pedro de Castro de Cabras, San Martiño de Maceira
y San Xoán de Sixto

10/10/24 Luis Varela Castiñeira
Administrador parroquial del Sagrado Corazón de Lugo

03/11/24 Mauro Heriberto Negro Fernández
Administrador parroquial de San Estevo de Cartelos y
Santiago de Pradeda

03/11/24 Manuel Areán Fernández
Administrador Parroquial de San Pedro de Erbedeiro,
Santa María de Nogueira, San Mamede de Pereira y San
Vicenzo de A Sariña

27/12/24 Mónica Yáñez Devesa
Secretaria General de Cáritas Diocesana de Lugo

27/12/24 Paula Castro Ocampo
Administradora de Cáritas Diocesana de Lugo

Defunciones

10/09/24 D. José Benito Sobrado Ouro
Jubilado

26/09/20 D. José Valcarce Valcarce
Jubilado

28/11/24 D. Manuel Antonio González Fernández
Jubilado

19/12/24 P. Gerard Joseph Comeau Chenard (MS)
Sacerdote de Cortegada

23/12/20 D. Manuel Val Varela
Jubilado

NECROLÓXICAS

Rvdo. D. José Benito Sobrado Ouro

El Rvdo. D. José Sobrado Ouro nació en la parroquia de Santa María de Cereda, unida a la de Santa María de Taboada dos Freires (Taboada) el día 6 de enero de 1936. Despues de realizar los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Lugo fue ordenado presbítero el día 29 de junio de 1960, por el Dr. D. Antonio Ona de Echave, siendo este Obispo Auxiliar de la Diócesis.

En el mismo año de su ordenación sacerdotal se le encomienda la parroquia de San Esteban de Liñares y Santa María de Vega de Forcas en Pedrafita do Cebreiro; recordaba con emoción los tres años de presencia en estas parroquias a pesar del frío y la nieve como los mejores de su vida sacerdotal.

En 1963 es nombrado ecónomo de El Salvador del Mao (O Incio). Allí trabajó intensamente con los niños y jóvenes y entre otras actividades, como aficionado que era a la música, creó un coro parroquial con unos veinte chicos y chicas y se dedicó a las misiones por la Diócesis.

En 1968 le sorprende un nuevo destino: Santa María Alta y San Vicente de O Veral. Allí se preocupó por la reforma de los templos parroquiales y por la formación espiritual de los fieles organizando conferencias impartidas por seglares. Pero, unos años después, en 1973, es designado profesor en el «Instituto Femenino de Lugo», hoy «Nuestra Señora de los Ojos Grandes». Se hizo famosa una frase suya que repetía a los jóvenes: «*Si las discotecas fueran campanas, sonarian a cencerros: son cántaros vacíos que no apagan vuestra sed de felicidad*».

De su vida sacerdotal, además de su afición a la música y sus buenas dotes musicales hay que destacar su elegancia espiritual, su generosidad y bondad. Fue capellán de un turno de adoración nocturna al que acompañó siempre hasta el último momento. También era muy devoto de la Virgen María, devoción que aprendió de su madre con el rezo del rosario diario y las tres avemarías al levantarse y acostarse. Su lema era: «*A Jesús por María*». Hace poco confesaba, a los que el llamaba «*amigos del alma*», que rezaba y pedía constantemente poder morir en paz y con tranquilidad en su casa y en su cama. Y así fue, fallecía en la madrugada del día 10 de septiembre en la Residencia Sacerdotal.

Sus restos mortales serán inhumados en la parroquia natal y el Sr. Obispo presidirá el funeral en la Iglesia Parroquial de Taboada el día 11 a las 17.00. Con su oración preferida a la Virgen, tomada del poeta Dámaso Alonso, le deseamos que descansen en paz.

*«Déjame ahora que te sienta humana,
igual que te pintaron tus hijos, los pintores;
déjame contemplar en tus ojos bellos
los ojos tiernos de mi madre amada.
Permitíme que piense que me tiendes tus brazos
y me acunas cuando lloro. Virgen María, Madre,
dormir quisiera en tus brazos
hasta que en los brazos de mi Dios despierte».*

Rvdo. D. José Valcarce Valcarce

El Rvdo. D. José Valcarce Valcarce nació en la Parroquia de San Crisóstomo de Cancelo (Triacastela) el 11 de noviembre de 1928. Después de realizar los Estudios Eclesiásticos fue ordenado sacerdote por el Dr. D. Rafael Balanzá y Navarro el 17 de mayo de 1953.

Ese mismo año fue nombrado economista de San Juan de Padornelo y, al año siguiente, coadjutor de la parroquia de San Froilán de Lugo. En 1961 pasó a la parroquia de la Milagrosa de Lugo, como coadjutor.

En 1963, tras recibir la competente autorización para su incorporación a la Obra de Migración, se trasladó a Suiza a prestar su ministerio sacerdotal como capellán de Emigrantes.

En octubre de 1970, regresó a España a continuar sus estudios de pastoral, y se incorporó a la diócesis de Madrid-Alcalá, donde fue nombrado coadjutor de las parroquias de San Valentí, Santa Engracia y San Juan Evangelista. Posteriormente, en el año 1973, fue nombrado económico de la parroquia del Santo Cristo de la Guía de Vicálvaro. Allí, además de ejercer las actividades parroquiales, promovió una guardería infantil y un club de ancianos.

En 1979 se reincorpora en el servicio pastoral de la diócesis de Lugo como económico de San Juan de Visantoña y, posteriormente, será también encargado de San Cosme de Beigondo. Fue asesor religioso en el Colegio de EGB de Visantoña.

La Misa Funeral del Rvdo. D. José Valcarce Valcarce se celebrará mañana, 27 de septiembre, en la iglesia parroquial de San Pedro de Melide a las 16 h y estará presidida por el Vicario de Pastoral de la diócesis de Lugo, Luis Manuel Rodríguez. Posteriormente recibirá sepultura en la parroquia de San Cristovo de Cancelo (Tria-castela).

Descanse en Paz

Rvdo. D. Manuel Antonio González Fernández

El Rvdo. D. Manuel Antonio González Fernández, nació en la Parroquia de Santa M.ª de los Dolores de Lalín el 31 mayo de 1931.

Después de realizar los Estudios Eclesiásticos fue ordenado sacerdote por el Dr. D. Rafael Balanzá y Navarro, el 24 de julio de 1955.

Al año siguiente de su ordenación fue nombrado coadjutor de la parroquia de San Adriano de Moneixas, y posteriormente lo fue como encargado de San Félix de Moredo y su anejo Santo Tomé de Felpós.

En 1958 fue ecónomo de San Julián de Pedroso y su anejo de Santa María de Alemparte. Y en 1966, se le nombró ecónomo de Santiago de Reboredo; en 1975, de San Juan de Sirgueiros.

Se encargó de Santa María de Reboiro, en 1976.

Desde 1992 era administrador parroquial de Santa María de Foilebar, San Lorenzo de Vilarxoán y Santa M.^a de O Incio.

Descanse en Paz

La Misa Funeral del Rvdo. D. Manuel Antonio González Fernández se celebrará mañana, día 29 de noviembre, en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Rosario de Sarria a las 16 h y estará presidida por el Obispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco. Posteriormente recibirá sepultura en el antiguo cementerio de Lalín.

P. Gerard Joseph Comeau Chenard (MS)

Tras una fatídica caída, nuestro querido P. Gerardo nos dejaba el 18 de diciembre pasado. El P. Gerard-Joseph Comeau Chenard nació el 14/01/1934 en la ciudad de Nashua, New Hampshire, USA. Sus padres fueron Benjamín y María-Ana. De cuatro hijos que tuvieron, Gerardo fue el único varón. Su fe, en los primeros años de su vida, se desarrolló en la parroquia de San Luis Gonzaga de Nashua, donde recibió los sacramentos de iniciación cristiana. Pronto ingresa en el Seminario Menor que los Misioneros de la Saleta tienen en Enfield, New Hampshire. En East Brewster, Massachusetts, cursó un año de estudios antes del noviciado. De este periodo formativo, sus superiores dejaron escritas estas simpáticas y elogiosas palabras acerca de él: «Gerardo... es una prueba de que las cosas buenas vienen en paquetes pequeños... siempre dispuesto a ayudar, merece la pena tenerle al lado... alegre y de buen natural».

En Center Harbor hizo el noviciado, periodo que da paso a la entrada en una congregación religiosa; después cursa los años de Filosofía en Attleboro, Mass. En Roma hizo los estudios de Teología. Fina-

lizados, fue ordenado sacerdote el 24/09/1961. Un año después es destinado a España como formador en la Escuela Apostólica Saletina de Santa María de Nieva, en la provincia de Segovia. A partir de 1978 lo encontramos en Valladolid, donde lleva a cabo su apostolado principalmente con jóvenes y animando el Movimiento de Renovación Carismática.

En 1984 llega a Siador, haciéndose cargo de la parroquia, y del santuario dedicado a Ntra. Sra. de la Saleta en ella enclavado, colaborando también en algunas parroquias sobre todo en la animación de grupos de jóvenes en su preparación al sacramento de la Confirmación. Se hace cargo de las parroquias de Oirós y Bodaño, de la archidiócesis de Santiago, durante los años 98 y 99. Y por no mucho tiempo, también de las de Loimil, Orazo y Dornelas. Despues disfruta de un periodo sabático hasta junio del 2002.

En diciembre de ese mismo año es destinado a la animación del Centro Internacional de Peregrinación y Pastoral Juvenil Juan Pablo II en el Monte del Gozo. También asume la atención pastoral de las parroquias San Cristóbal de Enfesta y San Pedro de Busto junto con los Padres Alfonso y Catanga, que llegan de Angola.

En septiembre de 2004, le vemos de nuevo formando parte de la comunidad saletina de Siador. Desde comienzos de 2011 ha estado al frente de las parroquias de Santa María de Cortegada y Santo Tomé de Parada. A subrayar, además, que por un periodo prolongado de tiempo, un empeño grande, que desarrolló con entusiasmo y dedicación, fue la animación de la Fraternidad de Laicos Saletinos. Así mismo, en estos últimos años ha dedicado tiempo día tras día a animar la vida espiritual de bastantes personas a través de whatsapp.

En la trayectoria del P. Gerardo, como telón de fondo a todas sus actividades y cargos, está su devoción muy sentida a María, bajo la advocación de Ntra. Sra. de la Saleta; su disponibilidad ejemplar a aceptar y asumir las responsabilidades que los superiores le encendaban llevar a cabo; su sencillez, humildad y alegría; su espon-

taneidad y llaneza; y ya en el último tramo de su vida, su entusiasmo y heroica voluntad de tirar para adelante a pesar de los achaques de propios de su avanzada edad.

La comunidad de Misioneros de la Saleta nos sentimos afortunados de haberle tenido tan próximo a nosotros, y junto con vosotros, damos gracias a Dios, por haberle puesto en nuestras vidas durante tantos años.

Rvdo. D. Manuel Val Varela

El Rvdo. D. Manuel Val Varela nació en la Parroquia de Santiago de Eidián, unida a la de Santa María de Basadre (Agolada), el día 7 de febrero de 1943. Después de realizar los Estudios de Latín y Humanidades y los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Lugo, fue ordenado sacerdote por el Dr. D. Antonio Ona de Echave el día 16 de junio de 1969.

En el mes de enero de 1970 es destinado a la parroquia de Santa María de Folgoso de Caurel y, en abril del mismo año, recibe también el nombramiento de Capellán-Asesor Religioso de la Hermandad de Labradores y Ganaderos de Folgoso de Caurel. En el año 1974 ejerció de sustituto del Arcipreste de Caurel y en ese mismo año se le encarga también la parroquia de San Silvestre de Seceda y se le nombra Asesor Religioso en el Colegio de EGB de Folgoso de Caurel.

En el año 1993 es nombrado Administrador Parroquial de Seoane de Caurel y Santa María de Meiraos. En el 2007 y 2009 se hace cargo de las parroquias de San Vicente de Villamor y San Silvestre de Seceda hasta que, por razones de edad, se traslada a Monforte donde había trabajado en el llamado Instituto Nacional de Empleo hasta el año 2003. Desde allí ayudó a muchos feligreses en la formación profesional con políticas activas de empleo así como en la animación de la restauración de iglesias y construcción de caminos.

En el año 2010 los feligreses reconocieron su labor sacerdotal y social en un entrañable homenaje que le organizaron en Folgoso de

Caurel con motivo de su traslado a Monforte y al que asistieron el Sr. Obispo, el Vicario General y otros compañeros en el sacerdocio.

Desde los años 2011 al 2014 fue párroco de San Pedro de Puebla de Brollón y administrador parroquial de San Juan de Abrence, Santiago de Castroncelos, Santa Marina de Castrosantes, Santa María de Saa, Santa María de Óutara y San Miguel de Canedo.

Con posterioridad, por razones de salud, colaboró como adscrito en la Parroquia de San Antonio de Monforte hasta que recientemente se retiró con su familia donde fue acompañado y cuidado con gran preocupación y cariño.

De carácter bondadoso y dialogante, fallecía el día 23 de diciembre en San Juan de Ponte Arcediago, donde el día 24 recibió cristiana sepultura. Descanse en paz.

Nota: El funeral por su eterno descanso será celebrado en la Parroquia de San Juan de Puente Arcediago el día 26 de diciembre, a las 12.00, presidido por el Dr. D. Alfonso Carrasco, Obispo de la Diócesis.

Conferencia Episcopal Española



- Nota y rueda de prensa final de la 268^a Comisión Permanente
- Nota y rueda de prensa final de la 126^a Asamblea Plenaria

Nota y rueda de prensa final de la 268^a Comisión Permanente

La Comisión Permanente ha celebrado su 268.^a reunión los días 26 y 27 de septiembre en la sede de la Conferencia Episcopal Española (CEE), en Madrid. El secretario general de la CEE, Mons. Francisco César García Magán, informa en rueda de prensa, el martes 1 de octubre, sobre los trabajos de esta Permanente.

Congreso de Vocaciones, 7-9 de febrero de 2025

Uno de los temas del orden del día ha sido el Congreso Nacional de Vocaciones «¿Para quién soy? Asamblea de llamados a la misión», que se va a celebrar en Madrid del 7 al 9 de febrero. Con este encuentro, la CEE cierra el ciclo del plan pastoral 2021-2025.

El presidente de la CEE, Mons. Luis Argüello, como responsable del Servicio de Pastoral Vocacional, ha avanzado algunos datos sobre la preparación de este Congreso que quiere ser una «gran fiesta» de la Iglesia para avivar en el Pueblo de Dios el deseo y la necesidad de las vocaciones. Una invitación a descubrir el valor de cada vocación y a promover la «espiritualidad de la vocación».

Para la participación en el Congreso, se han asignado una serie de plazas por diócesis. También se contará con la presencia de la vida consagrada, movimientos y asociaciones de ámbito nacional. En total,

unos 3.500 participantes se encontrarán estos días en el pabellón Madrid Arena y el pabellón Satélite, en la Casa de Campo de Madrid.

En la página web del Congreso (<https://paraquiensoy.com/>) se van actualizando los materiales del Congreso y ya están disponibles los recursos que se ofrecen para estos meses previos de preparación: el documento de trabajo y cuatro fichas para el discernimiento.

Celebración ecuménica con ocasión del 1700.º aniversario del Concilio de Nicea

La Comisión Permanente ha aprobado la propuesta de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe de organizar una celebración ecuménica con ocasión del 1700.º aniversario del Concilio de Nicea. Esta celebración, basada en el Credo, tendrá lugar en noviembre de 2025.

También ha aprobado la publicación de una nota de esta misma Comisión sobre la «sanación intergeneracional».

Semana del Matrimonio

El director del secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida, Miguel Garrigós, y el director del secretariado de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales, José Gabriel Vera, han presentado el balance de la campaña de comunicación, enfocada especialmente a las redes sociales, con motivo de la Semana del Matrimonio 2024. El objetivo de esta Semana, que por tercer año consecutivo se celebró en la semana de S. Valentín, del 14 al 19 de febrero, es visibilizar la grandeza y dignidad del matrimonio cristiano y mostrar a la sociedad su belleza.

Además, la Comisión Permanente, a petición de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida, ha renovado el presupuesto para la campaña de comunicación del próximo año y ha acordado que esta Semana del Matrimonio sea una campaña ordinaria de la Iglesia, en el mes de febrero.

Otros temas del orden del día

También ha intervenido el presidente del Órgano de Cumplimiento Normativo, Alfredo Dagnino, para presentar la primera fase del trabajo que, siguiendo el calendario previsto, ya ha concluido. El sistema de Compliance para la Conferencia Episcopal Española fue aprobado en la Asamblea Plenaria de noviembre de 2022.

Los obispos de la Comisión Permanente han recibido información sobre el estado actual de Ábside Media (TRECE y COPE), sobre el Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME) y sobre la Confederación Católica Nacional de Padres de Familia y Padres de Alumnos (CONCAPA), tras su relevo en la presidencia.

En el capítulo económico, han revisado, para su paso a la Plenaria de noviembre, la propuesta de constitución y distribución del Fondo Común Interdiocesano para el año 2025 y de los presupuestos, para este mismo año, de la CEE y de los organismos que de ella dependen.

Como es habitual, la Permanente ha aprobado el orden del día de la próxima Asamblea Plenaria y distintos nombramientos; además ha tratado distintos temas de seguimiento.

Nombramientos:

- Cecilia Ruiloba Castelazo, laica consagrada del Regnum Christi, como directora del secretariado de la Subcomisión Episcopal para las Universidades y Cultura.
- Luis Miguel Rojo Septién, CM, sacerdote de la congregación de la Misión (San Vicente de Paúl), como delegado de Cáritas Española.
- José Cristóbal Moreno García, sacerdote de la diócesis de Orihuela-Alicante, como consiliario nacional de la Federación del Apostolado de la Divina Misericordia en España.
- José Ruiz Pérez, laico de la diócesis de Albacete, como presidente de la Federación del Apostolado de la Divina Misericordia en España.

- Marta Ventura Arasanz, laica de la archidiócesis de Barcelona, como presidenta nacional de la Federación Española de Hospitalidades de Nuestra Señora de Lourdes.
- Jorge López Martínez, sacerdote de la archidiócesis de Burgos, como asesor eclesiástico de la Obra de Cooperación Apostólica Seglar Hispano Americana (OCASHA).

Nota y rueda de prensa final de la 126^a Asamblea Plenaria

Los obispos españoles celebran del 18 al 22 de noviembre su 126.^a Asamblea Plenaria en la sede de la Conferencia Episcopal Española. El secretario general, Mons. Francisco César García Magán, informa en rueda de prensa, el viernes 22 de noviembre, de los trabajos que se han realizado en este encuentro.

Cercanía y solidaridad con las víctimas de la DANA y con todos los afectados

En el marco de esta Asamblea, los obispos se trasladaron el martes, 19 de noviembre, a la catedral de la Almudena para celebrar, a las 19.00 horas, la eucaristía en memoria de las víctimas de la DANA y de todos los afectados.

Una celebración que quiso ser «en primer lugar, un gesto de cercanía y de solidaridad con todos los que están sufriendo» como señaló en su homilía el arzobispo de Valencia, Mons. Enrique Benavent.

Como ya anunció Mons. Argüello, el domingo 24 de noviembre, fiesta de Cristo Rey, la Conferencia Episcopal convoca una colecta en todas las eucaristías que se realicen en España en favor de los damnificados por esta catástrofe. La Conferencia Episcopal de Eslo-

vaquia ha comunicado que se unen a esta iniciativa con un donativo. También la Iglesia de Montserrat en Roma va a organizar un concierto solidario con este fin.

Compromiso de seguir con nuestra ayuda material y espiritual

El presidente de la Conferencia Episcopal, Mons. Luis Argüello, también tuvo presente en su discurso inaugural la catástrofe provocada por la riada: «En nombre de todos, permitidme elevar una oración por el eterno descanso de los fallecidos a causa de las feroces inundaciones vividas en Valencia, Albacete y otros lugares de nuestra tierra, un abrazo a los damnificados con el compromiso de seguir con nuestra ayuda material y espiritual; también un reconocimiento agradecido a quienes protagonizan una «ola de solidaridad».

El nuncio apostólico en España, Mons. Bernardito C. Auza, en su saludo a la Asamblea, se unió «a las expresiones de este episcopado» y destacó «el arrojo de los jóvenes y la colaboración de los mayores». No ha faltado, «a pesar de la oscuridad, la grandeza de tantos corazones, generosos y sensibles ante la situación».

Con el discurso del Presidente de la CEE y el saludo del Nuncio apostólico comenzaba el lunes, 18 de noviembre, la Asamblea.

Participantes en la Asamblea

En esta Asamblea han participado todos los obispos miembros de pleno de derecho. Los administradores diocesanos de Albacete, Julián Ros, y de Tenerife, Antonio Manuel Pérez. Además de varios obispos eméritos que tiene voz, pero no voto.

Se han incorporado a la Plenaria el obispo de Tui-Vigo, Mons. Antonio José Valín, y el obispo coadjutor de Urgel, Mons. Josep-Lluís Serrano. Mons. Valín ha quedado adscrito a la Comisión Episcopal para la Pastoral social y Promoción humana y Mons. Serrano, a la Comisión Episcopal para las Misiones y Cooperación entre las Iglesias.

El obispo electo de S. Felíu de Llobregat, Mons. Xabier Gómez OP, y los dos obispos auxiliares electos de Valencia, Mons. Fernando Enrique Ramón y Mons. Arturo Javier García, fueron invitados y participaron en la sesión inaugural.

Servicio de coordinación y asesoramiento de las oficinas para la protección de menores

El Servicio de coordinación y asesoramiento de las Oficinas ha informado sobre el trabajo que realizan en la actualidad en áreas como la formación, el asesoramiento al trabajo puntual de las Oficinas y la asistencia jurídica. Han informado sobre los siete encuentros de formación y prevención en los que han participado cerca de 1.400 personas de todas las áreas de la acción de la Iglesia.

El Servicio ha planteado un horizonte amplio de futuro y se ha insistido en la creación de una red de trabajo conjunto para salvaguardar al menor en los entornos eclesiales. Al mismo tiempo, desea ofrecer una propuesta a la sociedad para comprender que la Iglesia está en la acogida, atención, reparación de las víctimas y en la prevención y en la formación de las personas que, en la Iglesia y en la sociedad, trabajan con menores. Han señalado que la evangelización pasa por el cuidado y protección de menores y vulnerables.

Las situaciones dolorosas que se han vivido sirven para consolidar los cauces de sanación y de reparación, por lo que el trabajo que se realiza se apoya en las Oficinas, ofreciéndoles criterios formativos y preventivos y creando una red de espacios para que se inserte la justicia restaurativa.

En relación a la Comisión Asesora de Reparación, que fue aprobada en la Asamblea Plenaria Extraordinaria del pasado mes de julio, los obispos han recibido la información del trabajo realizado y han conocido la guía para la solicitud a la comisión asesora que impulsa el PRIVA y el formulario de solicitud a la Comisión Asesora de reparación integral.

Proyecto «Hospitalidad Atlántica»

El presidente de la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y la Movilidad Humana, Mons. Fernando García Cadiñanos, ha presentado el proyecto «Hospitalidad Atlántica». Un proyecto que nace de un encuentro convocado, hace dos años, por el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral con los obispos de las diócesis involucradas en la Ruta Atlántica, que es como se denomina al camino migratorio que se utiliza desde el continente africano para alcanzar Europa a través de las Islas Canarias.

A raíz de esta reunión, el departamento de Migraciones de la CEE impulsó la puesta en marcha de un trabajo en red que se concreta en el proyecto Hospitalidad Atlántica, una red eclesial formada por 10 países y 26 diócesis de España y África. Sus tres objetivos principales son: ofrecer información veraz, salvar vidas y trabajar en red.

Proyecto marco de Pastoral juvenil

Por su parte, la Subcomisión Episcopal para la Juventud y la Infancia trabaja en el proyecto marco de Pastoral juvenil, que ha llevado a la Plenaria su presidente, Mons. Arturo Pablo Ros. En este proyecto se marca el camino que la Iglesia en España quiere realizar con sus miembros más jóvenes. Como adelantó Mons. Argüello en su discurso inaugural, el borrador se ha elaborado siguiendo el esquema del documento final de la XV Asamblea general del Sínodo, celebrada en octubre de 2018, sobre el tema: «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional».

Tres acontecimientos relevantes en la vida de la Iglesia en este curso

Asamblea General del Sínodo de los Obispos

La XVI Asamblea General del Sínodo de los Obispos, cuya fase final se celebró en Roma el pasado mes de octubre, también ha ocupado un tiempo de la Plenaria. Mons. Argüello, que participó en la Asam-

blea, ha propuesto profundizar en el documento final con la misma metodología que se ha seguido en el Sínodo: una «conversación en el Espíritu».

Para llevarlo a cabo, los obispos se han distribuido en once grupos de trabajo en los que se ha puesto el foco de la «conversación» en responder, desde el documento Final, ¿qué llamadas recibimos para crecer en Comunión misionera?, especialmente en el ámbito de nuestra Conferencia Episcopal. Después, ya en Asamblea, se ha dialogado sobre las tres sugerencias concretas y comunes que aportó cada grupo.

Jubileo 2025

El papa Francisco abrirá oficialmente el próximo 24 de diciembre el Jubileo 2025 y el director del Secretariado para el Jubileo, Francisco Julián Romero, ha avanzado algunos aspectos concretos sobre las peregrinaciones con las que la CEE va a participar en las distintas convocatorias organizadas con el lema «Peregrinos de esperanza».

La Conferencia Episcopal ha impulsado la preparación de la Iglesia en España para la celebración de este Jubileo. En 2023 se difundieron los «Cuadernos del Concilio» siguiendo la voluntad del papa Francisco de renovar el conocimiento del Concilio Vaticano II y de sus cuatro grandes constituciones. Este curso, se ha promovido la publicación de ocho textos bajo el epígrafe «Apuntes sobre la oración».

Congreso Nacional de Vocaciones

Un tercer acontecimiento relevante en la vida de la Iglesia en este curso va a ser el Congreso Nacional de Vocaciones «¿Para quién soy? Asamblea de llamados a la misión», que se va a celebrar en Madrid del 7 al 9 de febrero. Con este encuentro, la CEE cierra el ciclo del plan pastoral 2021-2025.

El presidente de la CEE, Mons. Luis Argüello, como responsable del Servicio de Pastoral Vocacional, ha adelantado algunos datos sobre

la preparación de este Congreso que quiere ser una «gran fiesta» de la Iglesia para avivar en el Pueblo de Dios el deseo y la necesidad de las vocaciones (presentación del Congreso).

Reforma de los seminarios y reestructuración de los institutos teológicos y superiores de ciencias religiosas

Los obispos han dialogado sobre el documento final del plan de puesta en marcha de los criterios para la reforma de los seminarios en España. Mons. Jesús Vidal, Referente Apostólico para la aplicación de los Criterios para la reforma de los Seminarios en España, ha llevado a la Plenaria la versión definitiva, que será remitido al cardenal Lazzaro You Heung-Sik, prefecto del Dicasterio para el Clero.

Mons. Argüello y el presidente de la Subcomisión Episcopal para las Universidades y Cultura, Mons. Juan Antonio Martínez Camino, han informado sobre la propuesta del Dicasterio para la Educación Católica para la reestructuración de los institutos teológicos e institutos superiores de ciencias religiosas. Siguiendo las indicaciones de este Dicasterio, la Plenaria ha aprobado la creación de una Comisión Episcopal ad hoc que va a coordinar el estudio que van a llevar a cabo obispos y expertos en la naturaleza, misión y exigencias normativas de los Institutos eclesiásticos.

Otros asuntos del orden del día

Ha intervenido en el Plenaria la presidenta de Manos Unidas, Cecilia Pilar Gracia, que, con motivo del 65.º aniversario de la primera Campaña contra el Hambre, ha informado sobre la actividad y la situación actual de esta asociación pública de fieles.

Además, el director de Ayuda a la Iglesia Necesitada, José María Gallardo, ha presentado la iniciativa internacional *Redweek*, con la que invita a abrir los ojos a la realidad de los cristianos perseguidos en el mundo a causa de su fe. Entre el 18 y el 24 de noviembre, esta campaña se visibiliza con la iluminación en rojo de catedrales, igle-

sias, monumentos y edificios civiles. Además, se celebran vigilias y eucaristías y se organizan exposiciones, conferencias y testimonios en vivo de cristianos que han experimentado persecución religiosa.

Los obispos también han recibido información sobre el estado actual del grupo Ábside (TRECE Y COPE), del secretariado para el Sostenimiento de la Iglesia, y del Órgano de Cumplimiento Normativo (Compliance), que ha presentado un informe con las conclusiones de la primera fase de su trabajo, que, siguiendo el calendario previsto, ya ha concluido.

La Plenaria ha dedicado un tiempo para que los presidentes de las Comisiones Episcopales comuniquen sus actividades y proyectos. Además, se han abordado distintos asuntos de seguimiento.

En el capítulo dedicado a las asociaciones nacionales, se han aprobado los estatutos y erección de la Fundación educativa pía autónoma privada de ámbito nacional «San Gabriel» y de la Fundación educativa pía autónoma privada de ámbito nacional «Corazonista».

Como es habitual en la Plenaria de noviembre, los obispos han dado su visto bueno al presupuesto del Fondo Común Interdiocesano y de la Conferencia Episcopal para 2025, que se presentarán próximamente.

Santa Sede



- Viaje apostólico de Su Santidad Francisco a Indonesia, Papúa Nueva Guinea, Timor Oriental, Singapur
- Mensaje con ocasión de la Jornada Mundial de la Alimentación
- Santa Misa y canonización de los beatos Manuel Ruiz López y siete compañeros y Francisco, Mooti y Rafael Massabki, Giuseppe Allamano, Marie-Léonie Paradis y Elena Guerra
- Carta encíclica *Dilexit Nos* sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo

Santo Padre Francisco

Viaje apostólico de Su Santidad Francisco a Indonesia, Papúa Nueva Guinea, Timor Oriental, Singapur (2-13 septiembre 2024)

Lunes, 2 de septiembre de 2024

ROMA

17:15 Salida en avión desde el aeropuerto internacional de Roma/
Fiumicino con destino a Yakarta

Martes, 3 de septiembre de 2024

YAKARTA

11:30 Llegada al aeropuerto internacional «Soekarno-Hatta» de
Yakarta

11:30 Recepción oficial

Miércoles, 4 de septiembre de 2024

YAKARTA

9:30 Ceremonia de bienvenida en el exterior del Palacio Presiden-
cial «Istana Merdeka»

10:00 Visita de cortesía al presidente de la República en el Palacio
Presidencial «Istana Merdeka»

10:35 Reunión con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático en el Salón «Istana Negara» del Palacio Presidencial

11:30 Encuentro privado con miembros de la Compañía de Jesús en la Nunciatura Apostólica

16:30 Encuentro con los obispos, los sacerdotes, los diáconos, con los y las consagradas, seminaristas y catequistas en la Catedral de Nuestra Señora de la Asunción

17:35 Encuentro con jóvenes se Scholas Occurrentes en la Casa de la Juventud «Grha Pemuda»

Jueves, 5 de septiembre de 2024

YAKARTA

9:00 Encuentro interreligioso en la Mezquita «Istiqlal»

10:15 Encuentro con asistentes de realidades benéficas en la sede de la Conferencia Episcopal Indonesiana

17:00 Santa Misa en el Estadio «Gelora Bung Karno»

Viernes 6 de septiembre de 2024

YAKARTA-PORT MORESBY

9:15 Ceremonia de salida en el aeropuerto internacional «Soekarno-Hatta» de Yakarta

9:45 Salida en avión del aeropuerto internacional «Soekarno-Hatta» de Yakarta con destino a Port Moresby

18:50 Llegada al aeropuerto internacional «Jacksons» de Port Moresby

18:50 Ceremonia de bienvenida

Sábado, 7 de septiembre de 2024

PORT MORESBY

- 9:45 Visita de cortesía al gobernador general en la «Casa de Gobierno»
- 10:25 Reunión con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático en la APEC Haus
- 17:00 Visita a los niños de «Ministerio de calle» y «Servicios de callan» en la «Escuela Secundaria Técnica de Cáritas».
- 17:40 Encuentro con los obispos de Papúa Nueva Guinea y de las Islas Salomón, sacerdotes, diáconos, los consagrados, las consagradas, los seminaristas y catequistas en el Santuario de María Auxiliadora

Domingo 8 de septiembre de 2024

PORT MORESBY-VANIMO

- 7:30 Visita del primer ministro a la Nunciatura Apostólica
- 8:45 Santa Misa en el estadio «Sir John Guise»
Ángelus
- 13:00 Salida en avión del aeropuerto internacional «Jacksons» de Port Moresby con destino a Vanimo
- 15:15 Llegada al aeropuerto de Vanimo
- 15:30 Encuentro con los fieles de la Diócesis de Vanimo en la explanada frente a la Catedral de la Santa Cruz
- 16:50 Reunión privada con un grupo de misioneros en la Escuela Humanística Santísima Trinidad de Baro
- 17:40 Salida en avión desde el aeropuerto de Vanimo hacia Port Moresby
- 19:55 Llegada al aeropuerto internacional «Jacksons» de Port Moresby

Lunes 9 de septiembre de 2024

PORT MORESBY-DILI

9:45 Encuentro con los jóvenes en el estadio «Sir John Guise»

11:10 Ceremonia de despedida en el Aeropuerto Internacional «Jacksons» de Port Moresby

11:40 Salida por vía aérea desde el aeropuerto internacional «Jacksons» de Port Moresby

14:10 Llegada al aeropuerto internacional «Presidente Nicolau Lobato» de Dili

14:10 Bienvenida oficial

18:00 Ceremonia de bienvenida en el exterior del Palacio Presidencial

18:30 Visita de cortesía al presidente de la República en el Palacio Presidencial

19:00 Reunión con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático en el Salón del Palacio Presidencial

Martes, 10 de septiembre de 2024

DILI

8:45 Visita a los niños discapacitados de la escuela «Irmãs Alma»

9:30 Encuentro con los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los consagrados, las consagradas, los seminaristas y los catequistas en la Catedral de la Inmaculada Concepción

10:45 Encuentro privado con miembros de la Compañía de Jesús en la Nunciatura Apostólica

16:30 Santa Misa en la explanada de Tasitolu

Miércoles, 11 de septiembre de 2024

DILI-SINGAPUR

9:30 Encuentro con los jóvenes en el «Centro de Convenções»

10:45 Ceremonia de salida en el aeropuerto internacional de Dili «Presidente Nicolau Lobato»

11:15 Salida en avión del aeropuerto internacional de Dili «Presidente Nicolau Lobato» con destino a Singapur

14:15 Llegada al aeropuerto internacional «Changi» de Singapur

14:15 Recepción oficial

18:15 Encuentro privado con miembros de la Compañía de Jesús en el Centro de Retiros «San Francesco Saverio»

Jueves, 12 de septiembre de 2024

SINGAPUR

9:00 Ceremonia de bienvenida en la «Casa del Parlamento»

9:30 Visita de cortesía al presidente de la República

9:55 Reunión con el primer ministro

10:30 Encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático en el Teatro del Centro Cultural Universitario de la «National University of Singapore»

17:15 Santa Misa en el Estadio Nacional del «Singapore Sports Hub»

Viernes 13 de septiembre de 2024

SINGAPUR-ROMA

9:15 Visita a un grupo de personas mayores y enfermas en la «Casa Santa Teresa»

10:00 Encuentro interreligioso con jóvenes en el «Colegio Católico Junior»

11:20 Ceremonia de despedida en el aeropuerto internacional «Changi» de Singapur

11:50 Salida en avión desde el aeropuerto internacional «Changi» de Singapur con destino a Roma

Conferencia de prensa del Santo Padre durante el vuelo de regreso

18:25 Llegada al aeropuerto internacional de Roma/Fiumicino

Huso horario

Roma: +2h UTC

Yakarta: +7h UTC

Port Moresby: +10h UTC

Vanimo: +10h UTC

Dili: +9h UT

Singapur: +8h UTC

Mensaje con ocasión de la Jornada Mundial de la Alimentación 2024

a Su Excelencia el señor QU Dongyu,
Director General de la FAO

Señor Director General:

La cuadragésima cuarta *Jornada Mundial de la Alimentación* nos invita a reflexionar sobre el *derecho a los alimentos para una vida y un futuro mejores*. Esto es algo prioritario, ya que satisface una de las necesidades básicas del ser humano, es decir, alimentarse para vivir en consonancia con adecuados estándares cualitativos y cuantitativos, que garanticen la digna existencia de la persona humana. Sin embargo, vemos este derecho frecuentemente menoscabado y no aplicado con justicia, con las nocivas consecuencias que esto conlleva.

En aras de la promoción del derecho a la alimentación, la FAO propone con agudeza considerar una transformación de los sistemas alimentarios que tenga en cuenta la pluralidad y variedad de alimentos nutritivos, asequibles, sanos y sostenibles como medio para lograr la seguridad alimentaria y dietas sanas para todos.

Para ello es preciso no olvidar la dimensión social y cultural intrínseca que tiene el acto de nutrirse. Al respecto, los responsables políticos y económicos a escala internacional han de escuchar las

demandas de los últimos de la cadena alimentaria, como los pequeños agricultores, y de las formaciones sociales intermedias, como la familia, que intervienen directamente en la alimentación de las personas.

Las soluciones enérgicas para afrontar y resolver los problemas alimentarios de nuestro tiempo requieren que consideremos los principios de subsidiariedad y solidaridad como fundamentos de nuestros programas y proyectos de desarrollo, para que nunca se postergue la escucha real de las necesidades que vienen de abajo, de los trabajadores y los agricultores, de los pobres y hambrientos, y de los que viven con dificultades en zonas rurales aisladas. Jesucristo nos ha enseñado: «Todo lo que deseen que los demás hagan por ustedes, háganlo por ellos: en esto consiste la Ley y los Profetas» (Mt 7, 12).

La humanidad, herida por tantas injusticias, reclama, con apremiante urgencia, medidas eficaces para llevar una vida mejor actuando juntos animados por el mismo espíritu de fraternidad y sabiendo que este planeta que Dios nos ha dado ha de ser un jardín abierto a la serena convivencia. En esto pensaba cuando propuso considerar el paradigma de la ecología integral, para que se tuvieran en cuenta las necesidades de cada hombre y de todo el hombre, para que se protegiera su dignidad en su relación con los demás y en estrecha conexión con el cuidado de la creación. Sólo si tomamos el ideal de justicia como guía de nuestra acción se podrán atender las necesidades de las personas.

Ello exige asimismo que nos dejemos interpelar y conmover por la condición del otro y que la solidaridad se convierta en la principal de nuestras decisiones. De este modo, la protección de las generaciones futuras irá de la mano de la escucha y la actuación a favor de las demandas de las generaciones presentes, mediante una alianza intra e intergeneracional que nos convoque a todos a la fraternidad y dé un sentido nuevo, más auténtico, a la cooperación internacional, una cooperación que debe animar a esta Organización y a todo el sistema multilateral.

En este camino, lleno de obstáculos y dificultades, pero a la vez apasionante y colmado de retos, la comunidad internacional contará con el aliento de la Santa Sede y de la Iglesia católica, que no dejan de brindar su tenaz contribución para que todos puedan disponer de alimentos en cantidad y calidad adecuadas para sí mismos y para sus familias, para que cada persona pueda llevar una vida digna y para que se derrote definitivamente la dolorosa lacra de la miseria y el hambre en el mundo.

Con estos sentimientos y deseos, sobre todos ustedes y los que trabajan por esta noble causa, invoco la bendición de Dios Todopoderoso, que nunca se cansa de sostener a quienes tienen en el corazón el bien de la entera humanidad.

Vaticano, 16 de octubre de 2024

Francisco

Santa Misa y canonización de los beatos Manuel Ruiz López y siete compañeros y Francisco, Mooti y Rafael Massabki, Giuseppe Allamano, Marie-Léonie Paradis y Elena Guerra

A Santiago y Juan, Jesús les pregunta: «¿Qué quieren que haga por ustedes?» (Mc 10, 36). E inmediatamente después los apremia: «¿Pueden beber el cáliz que yo beberé y recibir el bautismo que yo recibiré?» (Mc 10, 38). Jesús hace preguntas y, precisamente así, nos ayuda a discernir, porque las preguntas nos hacen descubrir lo que hay dentro de nosotros, iluminan lo que llevamos en el corazón y que a veces no sabemos.

Dejémonos interpelar por la Palabra del Señor. Imaginemos que nos pregunta a cada uno de nosotros: «¿Qué quieres que haga por ti?» y la segunda pregunta «¿Puedes beber de mi mismo cáliz?».

A través de estas preguntas, Jesús pone de manifiesto el vínculo y las expectativas que los discípulos tienen sobre él, con las luces y sombras propias de cualquier relación. De hecho, Santiago y Juan, están unidos a Jesús, pero tienen pretensiones. Ellos expresan el deseo de estar cerca de Él, pero sólo para ocupar un lugar de honor, para desempeñar un papel importante, para que les conceda sentarse uno a su derecha y el otro a su izquierda, cuando esté en su

gloria (cf. Mc 10, 37). Evidentemente, piensan en Jesús como Mesías, como un Mesías victorioso y glorioso, y esperan que Él comparta su gloria con ellos. Ven en Jesús al Mesías, pero se lo imaginan según la lógica del poder.

Jesús no se detiene en las palabras de los discípulos, sino que profundiza, escucha y lee el corazón de cada uno de ellos y también de cada uno de nosotros. Y en el diálogo, a través de dos preguntas, intenta sacar a la luz el deseo que hay dentro de esas peticiones.

Primero los interpela: «¿Qué quieren que haga por ustedes?»; y esta pregunta desvela los pensamientos de sus corazones, pone de manifiesto las expectativas ocultas y los sueños de gloria que los discípulos cultivan en secreto. Es como si Jesús preguntara: «¿Quién quieras que sea yo para ti?» y, así, desenmascara lo que realmente desean: un Mesías poderoso, un Mesías victorioso que les dé un puesto de honor. Y a veces en la Iglesia viene este pensamiento: el honor, el poder.

Luego, con la segunda pregunta, Jesús rechaza esta imagen del Mesías y de este modo los ayuda a cambiar su forma de ver, es decir, a convertirse: «¿Pueden beber el cáliz que yo beberé y recibir el bautismo que yo recibiré?». Con ello, les revela que Él no es el Mesías que ellos piensan; es el Dios del amor, que se abaja para alcanzar a los humildes; que se hace débil para levantar a los débiles; que trabaja por la paz y no por la guerra; que vino para servir y no para ser servido. El cáliz que el Señor beberá es la ofrenda de su vida, es su vida entregada a nosotros por amor, hasta la muerte y una muerte de cruz.

Y así, a su derecha y a su izquierda habrá dos ladrones, crucificados como Él en la cruz y no acomodados en los tronos de poder; dos ladrones clavados con Cristo en el dolor y no sentados en la gloria. El rey crucificado, el justo condenado se hace esclavo de todos: ¡este es verdaderamente el Hijo de Dios! (cf. Mc 15, 39). El vencedor no es el que domina, sino el que sirve por amor. Repetimos: el vencedor no es el que domina, sino el que sirve por amor. Nos lo recuerda también la Carta a los Hebreos: «no tenemos un Sumo Sacerdote

incapaz de compadecerse de nuestras debilidades; al contrario él fue sometido a las mismas pruebas que nosotros» (4, 15).

En este momento, Jesús puede ayudar a los discípulos a convertirse, a cambiar de mentalidad: «Ustedes saben que aquellos a quienes se considera gobernantes, dominan a las naciones como si fueran sus dueños, y los poderosos les hacen sentir su autoridad» (Mc 10, 42). Pero no tiene por qué ser así para quienes siguen a un Dios que se hizo siervo para alcanzar a todos con su amor. Los que siguen a Cristo, si quieren ser grandes, deben servir, aprendiendo de Él.

Hermanos y hermanas, Jesús revela los pensamientos, revela los deseos y proyecciones de nuestro corazón, a veces desenmascarando nuestras expectativas de gloria, de dominio, de poder y de vanidad. Él nos ayuda a pensar ya no según los criterios del mundo, sino conforme al estilo de Dios, que se hace el último para que los últimos sean enaltecidos y lleguen a ser los primeros. Y estas preguntas de Jesús, con su enseñanza sobre el servicio, a menudo son incomprensibles para nosotros, como lo eran para los discípulos. Pero siguiéndolo a Él, caminando tras sus huellas y acogiendo el don de su amor que transforma nuestra manera de pensar, también nosotros podemos aprender el estilo de Dios: el servicio. No olvidemos las tres palabras que hacen ver el estilo de Dios para servir: cercanía, compasión y ternura. Dios se hace cercano para servir; se hace compasivo para servir; se hace tierno para servir. Cercanía, compasión y ternura.

Esto es lo que debemos anhelar: no el poder, sino el servicio. El servicio es el estilo de vida cristiano. No se trata de una lista de cosas por hacer, como si, una vez hechas, pudiéramos considerar que nuestro turno terminó; quien sirve con amor no dice: «ahora le tocará a otro». Este es un modo de pensar como empleados, no como testigos. El servicio nace del amor y el amor no conoce fronteras, no hace cálculos, se consume y se da. El amor no se limita a producir para obtener resultados, no es una asistencia ocasional, sino algo que nace del corazón, de un corazón renovado por el amor y en el amor.

Cuando aprendemos a servir, cada gesto de atención y cuidado, cada expresión de ternura, cada obra de misericordia, se convierten en un reflejo del amor de Dios. Y así todos nosotros —cada uno de nosotros— continuamos la obra de Jesús en el mundo.

Bajo esta luz podemos recordar a los discípulos del Evangelio que hoy son canonizados. A lo largo de la agitada historia de la humanidad, ellos fueron siervos fieles, hombres y mujeres que sirvieron en el martirio y en la alegría, como el hermano Manuel Ruiz López y sus compañeros. Son sacerdotes y consagradas fervientes —fervientes— de pasión misionera, como el padre José Allamano, sor María Leonia Paradis y sor Elena Guerra. Estos nuevos santos vivieron según el estilo de Jesús: el servicio. La fe y el apostolado que llevaron a cabo no alimentaron en ellos deseos mundanos ni ansias de poder, sino que, por el contrario, se hicieron servidores de sus hermanos, creativos para hacer el bien, firmes en las dificultades, generosos hasta el final.

Pidamos con confianza su intercesión, para que también nosotros podamos seguir a Cristo, imitarlo en el servicio y convertirnos en testigos de esperanza para el mundo.

Francisco

Carta encíclica *Dilexit Nos* sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo

1. «Nos amó», dice san Pablo refiriéndose a Cristo (Rm 8, 37), para ayudarnos a descubrir que de ese amor nada «podrá separarnos» (Rm 8, 39). Pablo lo afirmaba con certeza porque Cristo mismo lo había asegurado a sus discípulos: «los he amado» (Jn 15, 9.12). También nos dijo: «los llamo amigos» (Jn 15, 15). Su corazón abierto nos precede y nos espera sin condiciones, sin exigir un requisito previo para poder amarnos y proponernos su amistad: «nos amó primero» (1 Jn 4,10). Gracias a Jesús «nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído» en ese amor (1 Jn 4, 16).

I. LA IMPORTANCIA DEL CORAZÓN

2. Para expresar el amor de Jesucristo suele usarse el símbolo del corazón. Algunos se preguntan si hoy tiene un significado válido. Pero cuando nos asalta la tentación de navegar por la superficie, de vivir corriendo sin saber finalmente para qué, de convertirnos en consumistas insaciables y esclavizados por los engranajes de un mercado al cual no le interesa el sentido de nuestra existencia, necesitamos recuperar la importancia del corazón. [1]

¿Qué expresamos cuando decimos «corazón»?

3. En el griego clásico profano el término kardia significa lo más interior de seres humanos, animales y plantas. En Homero indica no sólo el centro corporal, sino también el centro anímico y espiritual del ser humano. En la Ilíada, el pensar y el sentir son del corazón y están muy próximos entre sí. [2] Allí el corazón aparece como centro del querer y como lugar en que se fraguan las decisiones importantes de la persona. [3] En Platón el corazón adquiere una función en cierto modo «sintetizadora» de lo racional y lo tendencial de cada uno, pues tanto el mandato de las facultades superiores como las pasiones se transmiten a través de las venas que confluyen en el corazón. [4] Así advertimos desde la antigüedad la importancia de considerar al ser humano no como una suma de distintas capacidades sino como un mundo anímico corpóreo con un centro unificador que otorga a todo lo que vive la persona el trasfondo de un sentido y una orientación.

4. Dice la Biblia que «la Palabra de Dios es viva y eficaz [...] discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (Hb 4, 12). De esta manera nos habla de un núcleo, el corazón, que está detrás de toda apariencia, aun detrás de pensamientos superficiales que nos confunden. Los discípulos de Emaús, en su misteriosa caminata con Cristo resucitado, vivían un momento de angustia, confusión, desesperanza, desilusión. No obstante, más allá de todo eso y a pesar de todo, algo ocurría en lo más hondo: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino?» (Lc 24, 32).

5. Al mismo tiempo, el corazón es el lugar de la sinceridad, donde no se puede engañar ni disimular. Suele indicar las verdaderas intenciones, lo que uno realmente piensa, cree y quiere, los «secretos» que a nadie dice y, en definitiva, la propia verdad desnuda. Se trata de aquello que no es apariencia o mentira sino auténtico, real, enternamente «propio». Por eso a Sansón, que no contaba el secreto de su fuerza, Dalila le reclamaba: «¿Cómo puedes decir que me quieres, si tu corazón no está contigo?» (Jc 16, 15). Sólo cuando él le contó su

secreto tan oculto, ella «comprendió que él le había abierto todo su corazón» (Jc 16, 18).

6. Esta verdad de cada persona tantas veces está oculta debajo de mucha hojarasca que la disimula, y esto hace que se vuelva difícil sentir que uno se conoce a sí mismo y más aún que conoce a otra persona: «Nada más tortuoso que el corazón humano y no tiene arreglo: ¿quién puede penetrarlo?» (Jr 17, 9). Así entendemos por qué el libro de los Proverbios nos reclama: «Con todo cuidado vigila tu corazón, porque de él brotan las fuentes de la vida. Aparta de ti las palabras perversas y aleja de tus labios la maldad» (4, 23-24). La pura apariencia, el disimulo y el engaño dañan y pervierten el corazón. Más allá de tantos intentos por mostrar o expresar algo que no somos, en el corazón se juega todo, allí no cuenta lo que uno muestra por fuera y los ocultamientos, allí somos nosotros mismos. Y esa es la base de cualquier proyecto sólido para nuestra vida, ya que nada que valga la pena se construye sin el corazón. La apariencia y la mentira sólo ofrecen vacío.

7. Como metáfora, me permito recordar algo que ya narré en otra oportunidad: «Para carnaval, cuando éramos niños, la abuela nos hacía galletas, y era una masa muy liviana, liviana, era liviana esa masa que hacía. Luego la ponía en el aceite y la masa se inflaba, se inflaba, y cuando la comíamos estaba hueca. Esas galletas en el dialecto se llamaban «mentiras». Y era precisamente la abuela quien nos explicaba la razón de ello: «estas galletas son como las mentiras, parecen grandes, pero no tienen nada dentro, no hay nada verdadero allí; no hay nada de sustancia»». [5]

8. En lugar de procurar algunas satisfacciones superficiales y de cumplir un papel frente a los demás, lo mejor es dejar brotar preguntas decisivas: quién soy realmente, qué busco, qué sentido quiero que tengan mi vida, mis elecciones o mis acciones; por qué y para qué estoy en este mundo, cómo querré valorar mi existencia cuando llegue a su final, qué significado quisiera que tenga todo lo que vivo, quién quiero ser frente a los demás, quién soy frente a Dios. Estas preguntas me llevan a mi corazón.

Volver al corazón

9. En este mundo líquido es necesario hablar nuevamente del corazón, apuntar hacia allí donde cada persona, de toda clase y condición, hace su síntesis; allí donde los seres concretos tienen la fuente y la raíz de todas sus demás potencias, convicciones, pasiones, elecciones. Pero nos movemos en sociedades de consumidores seriales que viven al día y dominados por los ritmos y ruidos de la tecnología, sin mucha paciencia para hacer los procesos que la interioridad requiere. En la sociedad actual el ser humano «corre el riesgo de perder su centro, el centro de sí mismo». [6] «El hombre contemporáneo se encuentra a menudo trastornado, dividido, casi privado de un principio interior que genere unidad y armonía en su ser y en su obrar. Modelos de comportamiento bastante difundidos, por desgracia, exasperan su dimensión racional-tecnológica o, al contrario, su dimensión instintiva». [7] Falta corazón.

10. Ahora bien, el problema de la sociedad líquida es actual, pero la desvalorización del centro íntimo del hombre —el corazón— viene de más lejos: la encontramos ya en el racionalismo griego y pre-cristiano, en el idealismo postcristiano o en el materialismo en sus diversas formas. El corazón ha tenido poco lugar en la antropología y al gran pensamiento filosófico le resulta una noción extraña. Se han preferido otros conceptos como el de razón, voluntad o libertad. Su significado es impreciso y no se le concedió un lugar específico en la vida humana. Quizás porque no era fácil colocarlo entre las ideas «claras y distintas» o por la dificultad que supone el conocimiento de uno mismo: pareciera que lo más íntimo es también lo más lejano a nuestro conocimiento. Tal vez porque el encuentro con el otro no se consolida como camino para encontrarse a sí mismo, ya que el pensamiento vuelve a desembocar en un individualismo enfermizo. Muchos se sintieron seguros en el ámbito más controlable de la inteligencia y de la voluntad para construir sus sistemas de pensamiento. Por no encontrarle lugar al corazón mismo, distinto de las potencias y pasiones humanas consideradas aisladamente unas de otras, tampoco se desarrolló ampliamente la idea de un

centro personal donde lo único que puede unificar todo es, en definitiva, el amor.

11. Si el corazón está devaluado también se devalúa lo que significa hablar desde el corazón, actuar con corazón, madurar y cuidar el corazón. Cuando no se aprecia lo específico del corazón perdemos las respuestas que la sola inteligencia no puede dar, perdemos el encuentro con los demás, perdemos la poesía. Y nos perdemos la historia y nuestras historias, porque la verdadera aventura personal es la que se construye desde el corazón. Al final de la vida contará sólo eso.

12. Hay que afirmar que tenemos corazón, que nuestro corazón coexiste con los otros corazones que le ayudan a ser un «tú». Como no podemos desarrollar ampliamente este tema, nos valdremos de un personaje de novela, el Stavroguin de Dostoyevski. [8] Romano Guardini lo muestra como la encarnación misma del mal, porque su característica principal es no tener corazón: «Stavroguin, empero, no tiene corazón y, por tanto, su espíritu es algo frío y sin contenido y su cuerpo se envenena en la inercia y en la sensualidad bestial. De esta suerte no puede llegar hasta los demás hombres y ninguno de ellos puede llegar verdaderamente a él porque, en efecto, es el corazón el que crea las posibilidades de encuentro. Por el corazón estoy yo al lado del otro y otro está cerca de mí. Sólo el corazón puede acoger y dar un hogar. La intimidad es el acto, la esfera del corazón. Stavroguin empero es una persona distanciada, [...] está muy lejos incluso de sí mismo, pues lo íntimo del hombre está en el corazón y no en el espíritu. Que la interioridad resida en el espíritu no es propio de lo humano. Mas cuando el corazón no vive, el hombre está no en sí mismo sino junto a sí mismo». [9]

13. Necesitamos que todas las acciones se pongan bajo el «dominio político» del corazón, que la agresividad y los deseos obsesivos se aquieten en el bien mayor que el corazón les ofrece y en la fortaleza que tiene contra los males; que la inteligencia y la voluntad se pongan también a su servicio sintiendo y gustando las verdades más que queriendo dominarlas como suelen hacer algunas ciencias; que

la voluntad desee el bien mayor que el corazón conoce, y que también la imaginación y los sentimientos se dejen moderar por el latido del corazón.

14. Se podría decir que, en último término, yo soy mi corazón, porque es lo que me distingue, me configura en mi identidad espiritual y me pone en comunión con las demás personas. El algoritmo en acto en el mundo digital muestra que nuestros pensamientos y lo que decide la voluntad son mucho más «estándar» de lo que creíamos. Son fácilmente predecibles y manipulables. No así el corazón.

15. Se trata de una palabra importante para la filosofía y la teología, que buscan alcanzar una síntesis integradora. De hecho, la palabra «corazón» no puede ser agotada por la biología, por la psicología, por la antropología o por cualquier ciencia. Es una de esas palabras originarias «que significan realidades que competen al hombre precisamente en cuanto totalidad (en cuanto persona corpóreo-espiritual)». [10] Entonces no es más realista el biólogo cuando habla sobre el corazón, porque sólo ve una parte, y la totalidad no es menos real sino que lo es aún más. Tampoco un lenguaje abstracto podría tener el mismo significado concreto y simultáneamente integrador. Si bien «corazón» nos lleva al centro íntimo de nuestra persona, también nos permite reconocernos en nuestra integridad y no sólo en algún aspecto aislado.

16. Por otra parte, esta fuerza única del corazón nos ayuda a entender por qué se dice que cuando se capta alguna realidad con el corazón se la puede conocer mejor y más plenamente. Esto inevitablemente nos lleva al amor del que es capaz ese corazón, ya que «lo más íntimo de la realidad es amor». [11] Para Heidegger, según la interpretación que hace de él un pensador actual, la filosofía no comienza con un concepto puro o una certeza sino con una conmoción: «El pensar tiene que haber sido conmovido antes de trabajar con conceptos o mientras trabaja con ellos. Sin una emoción profunda el pensar no puede comenzar. La primera imagen mental sería la piel de gallina. Lo primero que hace pensar y preguntar es la emoción profunda. La filosofía siempre sucede en un estado de ánimo funda-

mental (*Stimmung*)». [12] Y aquí aparece el corazón, que «alberga los estados de ánimo, trabaja como ‘un custodio del estado de ánimo’. El ‘corazón’ oye de una manera no metafórica ‘la silenciosa voz’ del ser, dejándose templar y determinar (armonizar y unificar) por ella». [13]

El corazón que une los fragmentos

17. Al mismo tiempo, el corazón hace posible cualquier vínculo auténtico, porque una relación que no se construya con el corazón es incapaz de superar la fragmentación del individualismo. Sólo se mantendrían en pie dos mónadas que se juntan pero que no se conectan realmente. Anti-corazón es una sociedad cada vez más dominada por el narcisismo y la autorreferencia. Finalmente llegamos a la «pérdida del deseo», porque el otro desaparece del horizonte y nos encerramos en nuestra mismidad, sin capacidad de relaciones sanas. [14] Por consiguiente, nos volvemos incapaces de acoger a Dios. Como diría Heidegger, para recibir lo divino hay que construir una «casa de huéspedes». [15]

18. Vemos así cómo se produce en el corazón de cada uno esta paradójica conexión entre la valoración del propio ser y la apertura a los otros, entre el encuentro tan personal consigo mismo y la donación de sí a los demás. Sólo se llega a ser uno mismo cuando se adquiere la capacidad de reconocer al otro, y se encuentra con el otro quien puede reconocer y aceptar la propia identidad.

19. El corazón también es capaz de unificar y armonizar tu historia personal, que parece fragmentada en mil pedazos, pero donde todo puede tener un sentido. Es lo que expresa el Evangelio en la mirada de María, que miraba con el corazón. Ella era capaz de dialogar con las experiencias atesoradas ponderándolas en el corazón, dándole tiempo: simbolizando y guardando dentro para recordar. En el Evangelio, la mejor expresión de lo que piensa un corazón son los dos pasajes de san Lucas que nos dicen que María «atesoraba (*syneterei*) todas estas cosas, ponderándolas (*symballousa*) en su corazón» (cf. Lc 2, 19.51). El verbo *symballein* (del que proviene «símbolo») signi-

fica ponderar, reunir dos cosas en la mente y examinarlas con uno mismo, reflexionando, dialogando interiormente. En Lucas 2,51 *die-trei* es «guardaba cuidadosamente», y lo que ella conservaba no era sólo «la escena» que veía, sino también lo que no entendía todavía y aun así permanecía presente y vivo en la espera de unirlo todo en el corazón.

20. En el tiempo de la inteligencia artificial no podemos olvidar que para salvar lo humano hacen falta la poesía y el amor. Lo que ningún algoritmo podrá albergar será, por ejemplo, ese momento de la infancia que se recuerda con ternura y que, aunque pasen los años, sigue ocurriendo en cada rincón del planeta. Pienso en el uso del tenedor para sellar los bordes de esas empanadillas caseras que hacemos con nuestras madres o abuelas. Es ese momento de aprendiz de cocinero, a medio camino entre el juego y la adultez, donde se asume la responsabilidad del trabajo para ayudar al otro. Al igual que el tenedor podría nombrar miles de pequeños detalles que sustentan las biografías de todos: hacer brotar sonrisas con una broma, calcar un dibujo al contraluz de una ventana, jugar el primer partido de fútbol con una pelota de trapo, cuidar gusanillos en una caja de zapatos, secar una flor entre las páginas de un libro, cuidar un pajarillo que se ha caído del nido, pedir un deseo al deshojar una margarita. Todos esos pequeños detalles, lo ordinario-extraordinario, nunca podrán estar entre los algoritmos. Porque el tenedor, las bromas, la ventana, la pelota, la caja de zapatos, el libro, el pajarillo, la flor... se sustentan en la ternura que se guarda en los recuerdos del corazón.

21. Ese núcleo de cada ser humano, su centro más íntimo, no es el núcleo del alma sino de toda la persona en su identidad única que es anímica y corpórea. Todo se unifica en el corazón, que puede ser la sede del amor con la totalidad de sus componentes espirituales, anímicos y también físicos. En definitiva, si allí reina el amor una persona alcanza su identidad de modo pleno y luminoso, porque cada ser humano ha sido creado ante todo para el amor, está hecho en sus fibras más íntimas para amar y ser amado.

22. Por esta razón, viendo cómo se suceden nuevas guerras, con la complicidad, tolerancia o indiferencia de otros países, o con meras luchas de poder en torno a intereses parciales, podemos pensar que la sociedad mundial está perdiendo el corazón. Bastaría mirar y oír a las ancianas —de las distintas partes en pugna— cautivas de estos conflictos devastadores. Es desgarrador verlas llorando a sus nietos asesinados, o escucharlas desear la propia muerte porque se han quedado sin la casa donde han vivido siempre. Ellas, que muchas veces han sido modelos de fortaleza y resistencia a lo largo de vidas difíciles y sacrificadas, ahora que llegan a la última etapa de su existencia no se les ofrece una merecida paz, sino angustia, miedo e indignación. El recurso de decir que la culpa es de otros no resuelve este drama vergonzoso. Ver llorar a las abuelas sin que se nos vuelva intolerable es signo de un mundo sin corazón.

23. Cuando cada uno reflexiona, busca, medita sobre su propio ser y su identidad, o analiza las cuestiones más elevadas; cuando piensa acerca del sentido de su vida e incluso si busca a Dios, aun cuando experimente el gusto de haber vislumbrado algo de la verdad, eso necesita encontrar su culminación en el amor. Amando, la persona siente que sabe por qué y para qué vive. Así todo confluye en un estado de conexión y de armonía. Por eso, frente al propio misterio personal, quizás la pregunta más decisiva que cada uno podría hacerse es: ¿tengo corazón?

El fuego

24. Esto ofrece consecuencias para la espiritualidad. Por ejemplo, la teología de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola tiene por principio el *affectus*. Lo discursivo se construye sobre un querer fundamental —con toda la fuerza del corazón— que da potencia y recursos a la tarea de reorganizar la vida. Las reglas y composiciones de lugar que implementa Ignacio obran en función de un «fundamento» distinto de ellas, lo desconocido del corazón. Michel de Certeau hace ver cómo las «mociones» de las que habla san Ignacio

son las irrupciones de un querer de Dios y de un querer del propio corazón que permanece otro en relación con el orden manifiesto. Algo inesperado se pone a hablar en el corazón de la persona, algo que nace de lo incognoscible, remueve la superficie de lo conocido y lo conflictúa. Es el origen de un nuevo «ordenamiento de la vida» a partir del corazón. No se trata de discursos racionales que habría que llevar a la práctica, haciéndolos pasar a la vida, de modo que la afectividad y la práctica serían simplemente consecuencias —en dependencia— de conocimientos asegurados. [16]

25. Allí donde el filósofo detiene su pensamiento, el corazón creyente ama, adora, pide perdón y se ofrece a servir en el lugar que el Señor le da a elegir para que lo siga. Entonces entiende que es el tú de Dios, y que puede ser un yo porque Dios es un tú para él. El hecho es que sólo el Señor nos ofrece tratarnos como un tú siempre y para siempre. Aceptar su amistad es cuestión de corazón y eso nos constituye como personas en el sentido pleno de la palabra.

26. San Buenaventura decía que al fin de cuentas hay que preguntarle «no a la luz, sino al fuego». [17] Y enseñaba que «la fe está en el intelecto, de modo que provoca el afecto. Por ejemplo: conocer que Cristo ha muerto por nosotros no se queda en conocimiento, sino que necesariamente se convierte en afecto, en amor». [18] En esta línea, san John Henry Newman tomó como lema la frase *«Cor ad cor loquitur»*, porque más allá de toda dialéctica, el Señor nos salva hablando a nuestro corazón desde su Corazón sagrado. Esta misma lógica hacía que para él, gran pensador, el lugar del encuentro más hondo consigo mismo y con el Señor no fuera la lectura o la reflexión, sino el diálogo orante, de corazón a corazón, con Cristo vivo y presente. Por eso Newman encontraba en la Eucaristía el Corazón de Jesucristo vivo, capaz de liberar, de dar sentido a cada momento y de derramar la verdadera paz al ser humano: «Sacratísimo y muy amado Corazón de Jesús, estás oculto en la Santa Eucaristía y sufres aún por nosotros. [...] Te venero, pues, con todo mi mejor amor y reverencia, con mi ferviente afecto, con mi mayor sumisión y la más resuelta voluntad. Dios mío, cuando condesciendes a sufrir que te

reciba, te coma y te beba, y por un momento estableces tu morada en mí, haz que mi corazón late con el tuyo. Purifícalo de todo lo que es terrenal, de todo lo que es orgullo y sensualidad, de todo lo que es duro y cruel, de toda perversidad, de todo desorden, de toda mortandad. Llénalo tanto de ti, que ni los acontecimientos del momento ni las circunstancias de la época tengan poder de alterarlo, sino que en tu amor y en tu temor pueda hallarse en paz». [19]

27. Ante el Corazón de Jesús vivo y presente nuestra mente comprende, iluminada por el Espíritu, las palabras de Jesús. Así nuestra voluntad se pone en marcha para practicarlas. Pero esto podría quedarse en una forma de moralismo autosuficiente. Sentir y gustar al Señor y honrarlo es cosa del corazón. Únicamente el corazón es capaz de poner a las demás potencias y pasiones y a toda nuestra persona en actitud de reverencia y de obediencia amorosa al Señor.

El mundo puede cambiar desde el corazón

28. Nuestras comunidades sólo desde el corazón lograrán unir sus inteligencias y voluntades diversas y pacificarlas para que el Espíritu nos guíe como red de hermanos, ya que pacificar también es tarea del corazón. El Corazón de Cristo es éxtasis, es salida, es donación, es encuentro. En él nos volvemos capaces de relacionarnos de un modo sano y feliz, y de construir en este mundo el Reino de amor y de justicia. Nuestro corazón unido al de Cristo es capaz de este milagro social.

29. Tomar en serio el corazón tiene consecuencias sociales. Como enseña el Concilio Vaticano II, «tenemos todos que cambiar nuestros corazones, con los ojos puestos en el orbe entero y en aquellos trabajos que todos juntos podemos llevar a cabo para que nuestra generación mejore». [20] Porque «los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano». [21] Ante los dramas del mundo, el Concilio invita a volver al corazón, explicando que el ser humano «por su interioridad es, en efecto, superior al universo

entero; a esta profunda interioridad retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones (cf. 1S 16, 7; Jr 17, 10), y donde él personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino». [22]

30. Esto no significa confiar excesivamente en nosotros mismos. Tengamos cuidado: advirtamos que nuestro corazón no es autosuficiente; es frágil y está herido. Tiene una dignidad ontológica, pero al mismo tiempo debe buscar una vida más digna. [23] Dice también el Concilio Vaticano II que «el fermento evangélico ha despertado y despierta en el corazón del hombre esta irrefrenable exigencia de la dignidad», [24] aunque para vivir conforme a esa dignidad no nos basta conocer el Evangelio ni cumplir mecánicamente lo que nos manda. Necesitamos el auxilio del amor divino. Acudamos al Corazón de Cristo, ese centro de su ser, que es un horno ardiente de amor divino y humano y es la mayor plenitud que puede alcanzar lo humano. Allí, en ese Corazón es donde nos reconocemos finalmente a nosotros mismos y aprendemos a amar.

31. En definitiva, este Corazón sagrado es el principio unificador de la realidad, porque «Cristo es el corazón del mundo; su Pascua de muerte y resurrección es el centro de la historia, que gracias a él es historia de salvación». [25] Todas las criaturas «avanzan, junto con nosotros y a través de nosotros, hacia el término común, que es Dios, en una plenitud trascendente donde Cristo resucitado abraza e ilumina todo». [26] Ante el Corazón de Cristo, pido al Señor que una vez más tenga compasión de esta tierra herida, que él quiso habitar como uno de nosotros. Que derrame los tesoros de su luz y de su amor, para que nuestro mundo que sobrevive entre las guerras, los desequilibrios socioeconómicos, el consumismo y el uso antihumano de la tecnología, pueda recuperar lo más importante y necesario: el corazón.

II. GESTOS Y PALABRAS DE AMOR

32. El Corazón de Cristo, que simboliza su centro personal, desde donde brota su amor por nosotros, es el núcleo viviente del primer anuncio. Allí está el origen de nuestra fe, el manantial que mantiene vivas las convicciones cristianas.

Gestos que reflejan el corazón

33. Cómo nos ama Cristo es algo que él no quiso explicarnos demasiado. Lo mostró en sus gestos. Viéndolo actuar podemos descubrir cómo nos trata a cada uno de nosotros, aunque nos cueste percibirlo. Vayamos entonces a mirar allí donde nuestra fe puede llegar a reconocerle: en el Evangelio.

34. Dice el Evangelio que Jesús «vino a los suyos» (Jn 1, 11). Los tuyos somos nosotros, porque él no nos trata como a algo extraño. Nos considera algo propio, algo que él guarda con cuidado, con cariño. Nos trata como tuyos. No significa que seamos sus esclavos, y él mismo lo niega: «Ya no los llamo servidores» (Jn 15, 15). Lo que él propone es la pertenencia mutua de los amigos. Vino, saltó todas las distancias, se nos volvió cercano como las cosas más simples y cotidianas de la existencia. De hecho, él tiene otro nombre, que es «Emanuel» y significa «Dios con nosotros», Dios junto a nuestra vida, viviendo entre nosotros. El Hijo de Dios se encarnó y «se anonadó a sí mismo, tomando la condición de esclavo» (Flp 2, 7).

35. Esto se manifiesta cuando le vemos actuar. Está siempre en búsqueda, cercano, constantemente abierto al encuentro. Lo contemplamos cuando se detiene a conversar con la samaritana junto al pozo donde ella iba a buscar el agua (cf. Jn 4, 5-7). Vemos cómo, en medio de la noche oscura, se reúne con Nicodemo, que tenía temor de dejarse ver cerca de Jesús (cf. Jn 3, 1-2). Lo admiramos cuando sin pudor se deja lavar los pies por una prostituta (cf. Lc 7, 36-50); cuando a la mujer adúltera le dice a los ojos: «No te condeno» (cf.

Jn 8, 11); o cuando enfrenta la indiferencia de sus discípulos y al ciego del camino le dice con cariño: «¿Qué quieres que haga por ti?» (Mc 10, 51). Cristo muestra que Dios es proximidad, compasión y ternura.

36. Si él curaba a alguien, prefería acercarse: «Jesús extendió la mano y lo tocó» (Mt 8, 3), «le tocó la mano» (Mt 8, 15), «les tocó los ojos» (Mt 9, 29). Y hasta se detenía a curar a los enfermos con su propia saliva (cf. Mc 7, 33), como una madre, para que no lo sintieran ajeno a sus vidas. Porque «el Señor sabe la bella ciencia de las caricias. La ternura de Dios no nos ama de palabra; Él se aproxima y esténdonos cerca nos da su amor con toda la ternura posible». [27]

37. Dado que nos cuesta confiar, porque nos lastimaron tantas falso-sedades, agresiones y desilusiones, él nos susurra al oído: «Ten confianza, hijo» (Mt 9, 2); «ten confianza, hija» (Mt 9, 22). Se trata de superar el miedo y darnos cuenta de que con él no tenemos nada que perder. A Pedro, que desconfiaba, «Jesús le tendió la mano y lo sostuvo, mientras le decía: [...] «¿Por qué dudaste?»» (Mt 14, 31). No temas. Deja que él se acerque, que se siente a tu lado. Podremos dudar de muchas personas, pero no de él. Y no te detengas por tus pecados. Recuerda que muchos pecadores «se sentaron a comer con él» (Mt 9,10) y Jesús no se escandalizaba de ninguno. Los elitistas de la religión se quejaban y lo trataban de «un glotón y un borracho, amigo de publicanos y de pecadores» (Mt 11, 19). Cuando los fariseos criticaban esta cercanía suya a las personas consideradas de baja condición o pecadoras, Jesús les decía: «Quiero misericordia y no sacrificios» (Mt 9, 13).

38. Ese mismo Jesús hoy espera que le des la posibilidad de iluminar tu existencia, de levantarte, de llenarte con su fuerza. Porque antes de morir, dijo a los discípulos: «No los dejaré huérfanos, volveré a ustedes. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero ustedes sí me verán» (Jn 14, 18-19). Siempre encuentra alguna manera para manifestarse en tu vida, para que puedas encontrarte con él.

La mirada

39. Cuenta el Evangelio que un rico se acercó a él, lleno de ideales, pero sin fuerzas para cambiar de vida. Entonces «Jesús lo miró con amor» (Mc 10, 21). ¿Puedes imaginarte ese instante, ese encuentro entre los ojos de este hombre y la mirada de Jesús? Si te llama, si te convoca a una misión, primero te mira, penetra lo más íntimo de tu ser, percibe y conoce todo lo que hay en ti, deposita en ti su mirada: «Mientras caminaba a orillas del mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos [...]. Continuando su camino, vio a otros dos hermanos» (Mt 4, 18.21).

40. Muchos textos del Evangelio nos muestran a Jesús que presta toda su atención a las personas, a sus inquietudes, a sus sufrimientos. Por ejemplo: «Al ver a la multitud, tuvo compasión, porque estaban fatigados y abatidos» (Mt 9, 36). Cuando nos parece que todos nos ignoran, que a nadie le interesa lo que nos pasa, que no tenemos importancia para nadie, él nos está prestando atención. Así se lo hizo notar a Natanael, que estaba solitario y ensimismado: «Yo te vi antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera» (Jn 1, 48).

41. Precisamente porque está atento a nosotros, él es capaz de reconocer cada buena intención que tengas, cada pequeño acto bueno que realices. Cuenta el Evangelio que vio «a una viuda de condición muy humilde, que ponía [en el tesoro del templo] dos pequeñas monedas de cobre» (Lc 21, 2) e inmediatamente se lo hizo notar a sus apóstoles. Jesús presta atención de tal modo que se admira por las cosas buenas que reconoce en nosotros. Cuando el centurión le rogaba con total confianza, «al oírlo, Jesús quedó admirado» (Mt 8, 10). Qué hermoso es saber que si los demás ignoran nuestras buenas intenciones o las cosas positivas que podamos hacer, a Jesús no se le escapan, y hasta se admira.

42. Él, como ser humano, había aprendido esto de María, su madre. La que contemplaba todo con cuidado y «lo guardaba en su corazón» (cf. Lc 2, 19.51), le enseñó desde pequeño, junto con san José, a prestar atención.

Las palabras

43. Aunque en las Escrituras tenemos su Palabra siempre viva y actual, a veces Jesús nos habla interiormente y nos llama para llevarnos al mejor lugar. Ese mejor lugar es su propio corazón. Nos llama para hacernos entrar allí donde podemos recuperar las fuerzas y la paz: «Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré» (Mt 11, 28). Por eso pidió a sus discípulos: «Permanezcan en mí» (Jn 15, 4).

44. Las palabras que Jesús decía indicaban que su santidad no eliminaba los sentimientos. En algunas ocasiones mostraban un amor apasionado, que sufre por nosotros, se conmueve, se lamenta, y llega hasta las lágrimas. Es evidente que no le dejaban indiferente las preocupaciones y angustias comunes de las personas, como el cansancio o el hambre: «Me da pena esta multitud, [...] no tienen qué comer [...], van a desfallecer en el camino, y algunos han venido de lejos» (Mc 8, 2-3).

45. El Evangelio no oculta los sentimientos de Jesús hacia Jerusalén, la ciudad amada: «Cuando estuvo cerca y vio la ciudad, se puso a llorar por ella» (Lc 19, 41) y expresó su mayor anhelo: «¡Si tú también hubieras comprendido en este día el mensaje de paz!» (v. 42). Los evangelistas, si bien a veces lo muestran poderoso o glorioso, no dejan de manifestar sus sentimientos ante la muerte y el dolor de los amigos. Antes de contar que frente a la tumba de Lázaro «Jesús lloró» (Jn 11, 35), el Evangelio se detiene a decir que «Jesús quería mucho a Marta, a su hermana y a Lázaro» (Jn 11, 5) y que, viendo llorar a María y a los que la acompañaban «se conmovió interiormente y se turbó» (cf. Jn 11, 33). La narración no deja dudas de que se trataba de un llanto sincero, que brotaba de una perturbación interior. Finalmente, tampoco se quiso disimular la angustia de Jesús ante la propia muerte violenta en manos de los que él tanto amaba: «comenzó a sentir temor y a angustiarse» (Mc 14, 33), hasta decir: «Mi alma siente una tristeza de muerte» (Mc 14, 34). Esta conmoción interna se expresa con toda su fuerza en el grito del Crucificado: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34).

46. Todo lo dicho, si se mira superficialmente, puede parecer mero romanticismo religioso. Sin embargo, es lo más serio y lo más decisivo. Encuentra su máxima expresión en Cristo clavado en una cruz. Esa es la palabra de amor más elocuente. Esto no es cáscara, no es puro sentimiento, no es diversión espiritual. Es amor. Por eso cuando san Pablo buscaba las palabras justas para explicar su relación con Cristo dijo: «Me amó y se entregó por mí» (Ga 2, 20). Esa era su mayor convicción, saberse amado. La entrega de Cristo en la cruz lo subyugaba, pero sólo tenía sentido porque había algo más grande todavía que esa entrega: «Me amó». Cuando muchas personas buscaban en diversas propuestas religiosas su salvación, su bienestar o su seguridad, Pablo, tocado por el Espíritu, fue capaz de mirar más allá y de maravillarse por lo más grande y fundamental: «Me amó».

47. Después de contemplar a Cristo, viendo lo que sus gestos y palabras nos dejan ver de su corazón, recordemos ahora cómo reflexiona la Iglesia sobre el misterio santo del Corazón del Señor.

III. **ESTE ES EL CORAZÓN QUE TANTO AMÓ**

48. La devoción al Corazón de Cristo no es el culto a un órgano separado de la persona de Jesús. Lo que contemplamos y adoramos es a Jesucristo entero, el Hijo de Dios hecho hombre, representado en una imagen suya donde está destacado su corazón. En este caso se toma al corazón de carne como imagen o signo privilegiado del centro más íntimo del Hijo encarnado y de su amor a la vez divino y humano, porque más que cualquier otro miembro de su cuerpo es «signo o símbolo natural de su inmensa caridad». [28]

Adoración a Cristo

49. Es indispensable destacar que nos relacionamos en la amistad y en la adoración con la persona de Cristo, atraídos por el amor que se representa en la imagen de su Corazón. Veneramos esa imagen

que lo representa, pero la adoración se dirige sólo a Cristo vivo, en su divinidad y en toda su humanidad, para dejarnos abrazar por su amor humano y divino.

50. Más allá de la imagen que se utilice, es cierto que el Corazón viviente de Cristo —nunca una imagen— es objeto de adoración, porque es parte de su Cuerpo santísimo y resucitado, inseparable del Hijo de Dios que lo ha asumido para siempre. Es adorado «en cuanto es el corazón de la persona del Verbo, al que está inseparablemente unido». [29] No lo adoramos aisladamente, sino en cuanto con ese Corazón es el mismo Hijo encarnado quien vive, ama y recibe nuestro amor. De ahí que cualquier acto de amor o adoración a su Corazón en realidad «se ofrece propia y verdaderamente al mismo Cristo», [30] pues tal figura espontáneamente remite a él y es «símbolo e imagen expresiva de la caridad infinita de Jesucristo». [31]

51. Por esta razón nadie debería pensar que esta devoción nos pueda separar o distraer de Jesucristo y de su amor. De modo espontáneo y directo nos orienta a él y sólo a él, que nos llama a una preciosa amistad hecha de diálogo, afecto, confianza, adoración. Ese Cristo con el corazón traspasado y ardiente, es el mismo que nació en Belén por amor, es el que caminaba por Galilea sanando, acariciando, derramando misericordia, es el que nos amó hasta el fin abriendo sus brazos en la cruz. En definitiva, es el mismo que ha resucitado y vive glorioso en medio de nosotros.

La veneración de su imagen

52. Cabe indicar que la imagen de Cristo con su corazón, aunque de ninguna manera es objeto de adoración, no es una entre tantas otras que podríamos elegir. No es algo inventado en un escritorio o diseñado por un artista, «no es un símbolo imaginario, es un símbolo real, que representa el centro, la fuente de la que brotó la salvación para toda la humanidad». [32]

53. Hay una experiencia humana universal que vuelve única esta imagen. Porque es indudable que a lo largo de la historia y en diversas

partes del mundo el corazón se ha convertido en símbolo de la intimidad más personal y también de los afectos, las emociones, la capacidad de amar. Fuera de toda explicación científica, una mano colocada en el corazón de un amigo expresa un afecto especial; cuando una persona se enamora y está cerca de la persona amada, los latidos se aceleran; cuando alguien sufre un abandono o un engaño de parte de una persona amada, siente como una fuerte opresión en el corazón. Por otra parte, para expresar que algo es sincero, que brota realmente del centro de la persona, se afirma: «te lo digo de corazón». El lenguaje poético no puede ignorar la fuerza de estas experiencias. Por eso es inevitable que durante la historia el corazón haya alcanzado una fuerza simbólica única que no es meramente convencional.

54. Entonces se comprende que la Iglesia haya elegido la imagen del corazón para representar el amor humano y divino de Jesucristo y el núcleo más íntimo de su persona. Pero, si bien el dibujo de un corazón con llamas de fuego puede ser un símbolo elocuente que nos recuerde el amor de Jesucristo, es conveniente que ese corazón sea parte de una imagen de Jesucristo. De ese modo es aún más significativo su llamado a una relación personal, de encuentro y de diálogo. [33] Esa imagen venerada de Cristo donde se destaca su corazón amante, tiene al mismo tiempo una mirada que llama al encuentro, al diálogo, a la confianza; tiene unas manos fuertes capaces de sostenernos; tiene una boca que nos dirige la palabra de un modo único y personalísimo.

55. El corazón tiene el valor de ser percibido no como un órgano separado sino como centro íntimo unificador y a su vez como expresión de la totalidad de la persona, cosa que no sucede con otros órganos del cuerpo humano. Si es el centro íntimo de la totalidad de la persona, y por lo tanto una parte que representa al todo, podemos fácilmente desnaturalizarlo si lo contemplamos separadamente de la figura del Señor. La imagen del corazón debe referirnos a la totalidad de Jesucristo en su centro unificador y, simultáneamente, desde ese centro unificador debe orientarnos a contemplar a Cristo en toda la hermosura y riqueza de su humanidad y de su divinidad.

56. Esto va más allá del atractivo que puedan tener las diversas imágenes que se han hecho del Corazón de Cristo, porque no es que ante las imágenes de Cristo «haya que pedirles algo a ellas, o que haya que poner la confianza en las imágenes, como antiguamente hacían los paganos», sino que «por medio de las imágenes que besamos y ante las cuales descubrimos nuestra cabeza y nos prosternamos, adoramos a Cristo». [34]

57. Es más, alguna de esas imágenes podrá parecernos poco atractiva y no movernos demasiado al amor y a la oración. Eso es secundario, ya que la imagen no es más que una figura motivadora, y, como dirían los orientales, no hay que quedarse en el dedo que indica la luna. Mientras la Eucaristía es presencia real que se adora, en este caso se trata sólo de una imagen que, aunque esté bendecida, nos invita a ir más allá de ella, nos orienta a elevar nuestro propio corazón al de Cristo vivo y unirlo a él. La imagen venerada convoca, señala, transporta, para que dediquemos un tiempo al encuentro con Cristo y a su adoración, como nos parezca mejor imaginarlo. De este modo, mirando la imagen nos situamos frente a Cristo, y ante él «el amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio». [35]

58. Dicho todo esto, no hay que olvidar que esa imagen del corazón nos habla de carne humana, de tierra, y por eso también nos habla de Dios que ha querido entrar en nuestra condición histórica, hacerse historia y compartir nuestro camino terreno. Una forma de devoción más abstracta o estilizada no será necesariamente más fiel al Evangelio, porque en este signo sensible y accesible se manifiesta el modo como Dios ha querido revelarse y volverse cercano.

Amor sensible

59. Amor y corazón no están necesariamente unidos, porque en un corazón humano pueden reinar el odio, la indiferencia, el egoísmo. Pero no alcanzamos nuestra humanidad plena si no salimos de nosotros mismos, y no llegamos a ser enteramente nosotros mismos si no amamos. De manera que el centro íntimo de nuestra persona,

creado para el amor, sólo realizará el proyecto de Dios cuando ame. Así, el símbolo del corazón al mismo tiempo simboliza el amor.

60. El Hijo eterno de Dios, que me trasciende sin límites, quiso amarme también con un corazón humano. Sus sentimientos humanos se vuelven sacramento de un amor infinito y definitivo. Su corazón no es entonces un símbolo físico que sólo expresa una realidad meramente espiritual o separada de la materia. La mirada dirigida al Corazón del Señor contempla una realidad física, su carne humana, que hace posible que Cristo tenga emociones y sentimientos bien humanos, como nosotros, aunque plenamente transformados por su amor divino. La devoción debe llegar al amor infinito de la persona del Hijo de Dios, pero necesitamos expresar que es inseparable de su amor humano, y para ello nos ayuda la imagen de su corazón de carne.

61. Si todavía hoy el corazón se percibe en el sentir popular como el centro afectivo de cada ser humano, es lo que mejor puede significar el amor divino de Cristo unido para siempre y de modo inseparable a su amor íntegramente humano. Ya Pío XII recordaba que la Palabra de Dios «al describir el amor del Corazón mismo de Jesús, comprende no sólo la caridad divina, sino también los sentimientos de un afecto humano. [...] No hay duda de que el Corazón de Cristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, palpitó de amor y de todo otro afecto sensible». [36]

62. En los Padres de la Iglesia, frente a algunos que negaban o relativizaban la verdadera humanidad de Cristo, encontramos una fuerte afirmación de la realidad concreta y tangible del afecto humano del Señor. Así, san Basilio destacaba que la encarnación del Señor no era algo fantasioso, sino que «el Señor poseyó los afectos naturales». [37] San Juan Crisóstomo proponía un ejemplo: «Si no hubiera poseído nuestra naturaleza, no hubiera experimentado una y más veces la tristeza». [38] San Ambrosio afirmaba: «Ya que tomó el alma, tomó las pasiones del alma». [39] Y san Agustín presentaba los afectos humanos como una realidad que, una vez asumida por Cristo, ya no es ajena a la vida de la gracia: «Nuestro Señor Jesucristo tomó

estos afectos de la humana flaqueza, lo mismo que la carne de la debilidad humana, y la muerte, de la carne humana, no por imposición de la necesidad, sino por consideración voluntaria [...] de suerte que, si a alguno de ellos le aconteciere contristarse y dolerse en las tentaciones humanas, por esto no se juzgase ajeno a su gracia». [40] Finalmente, san Juan Damasceno consideraba que esta experiencia afectiva real de Cristo en su humanidad es muestra de que asumió íntegra y no parcialmente nuestra naturaleza, para redimirla y transformarla entera. Cristo, pues, asumió todos los elementos que componen la naturaleza humana, a fin de que todos ellos fueran santificados. [41]

63. Vale la pena recoger aquí la reflexión de un teólogo, quien reconoce que, por el influjo del pensamiento griego, la teología durante mucho tiempo relegó el cuerpo y los sentimientos al mundo de lo «prehumano, infrahumano o tentador de lo verdaderamente humano», pero «lo que no resolvió la teología en teoría lo resolvió la espiritualidad en la práctica. Ella y la religiosidad popular han mantenido viva la relación con los aspectos somáticos, psicológicos, históricos de Jesús. Los Vía Crucis, la devoción a sus llagas, la espiritualidad de la preciosa sangre, la devoción al corazón de Jesús, las prácticas eucarísticas [...]: todo ello ha suplido los vacíos de la teología alimentando la imaginación y el corazón, el amor y la ternura para con Cristo, la esperanza y la memoria, el deseo y la nostalgia. La razón y la lógica anduvieron por otros caminos». [42]

Triple amor

64. Tampoco nos quedamos sólo en sus sentimientos humanos, por más bellos y conmovedores que sean, porque contemplando el Corazón de Cristo reconocemos cómo en sus sentimientos nobles y sanos, en su ternura, en el temblor de su cariño humano, se manifiesta toda la verdad de su amor divino e infinito. Así lo expresaba Benedicto XVI: «Desde el horizonte infinito de su amor, Dios quiso entrar en los límites de la historia y de la condición humana, tomó

un cuerpo y un corazón, de modo que pudiéramos contemplar y encontrar lo infinito en lo finito, el Misterio invisible e inefable en el Corazón humano de Jesús, el Nazareno». [43]

65. En realidad, hay un triple amor que se contiene y nos deslumbra en la imagen del Corazón del Señor. Ante todo, el amor divino infinito que encontramos en Cristo. Pero además pensamos en la dimensión espiritual de la humanidad del Señor. Desde ese punto de vista, el corazón «es símbolo de la ardentísima caridad que, infundida en su alma, constituye la preciosa dote de su voluntad humana». Finalmente «es símbolo de su amor sensible». [44]

66. Estos tres amores no son capacidades separadas, que funcionan de un modo paralelo o sin conexiones, sino que actúan y se expresan juntos y en un constante flujo de vida: «A la luz de la fe —por la cual creemos que en la Persona de Cristo están unidas la naturaleza humana y la naturaleza divina— nuestra mente se torna idónea para concebir los estrechísimos vínculos que existen entre el amor sensible del corazón físico de Jesús y su doble amor espiritual, el humano y el divino». [45]

67. Por eso, entrando en el Corazón de Cristo, nos sentimos amados por un corazón humano, lleno de afectos y sentimientos como los nuestros. Su voluntad humana quiere libremente amarnos y ese querer espiritual está plenamente iluminado por la gracia y la caridad. Llegando a lo más íntimo de ese Corazón nos inunda la gloria incommensurable de su amor infinito como Hijo eterno que ya no podemos separar de su amor humano. Precisamente en su amor humano, y no apartándonos de él, encontramos su amor divino; encontramos «lo infinito en lo finito». [46]

68. Es enseñanza constante y definitiva de la Iglesia que nuestra adoración a su persona es única, y comprende inseparablemente tanto su naturaleza divina como su naturaleza humana. Desde antiguo la Iglesia enseña que debemos «adorar a un único y mismo Cristo, Hijo de Dios y del hombre, por dos y en dos naturalezas inseparables e indivisibles». [47] Y esto «con una sola adoración [...] según

que el Verbo se hizo carne». [48] De ninguna manera Cristo «es adorado en dos naturalezas, de donde se introducen dos adoraciones», sino que se «adora con una sola adoración al Dios Verbo encarnado con su propia carne». [49]

69. San Juan de la Cruz ha querido expresar que en la experiencia mística el amor incommensurable de Cristo resucitado no se siente como ajeno a nuestra vida. El Infinito de algún modo se abaja para que a través del Corazón abierto de Cristo podamos vivir un encuentro de amor verdaderamente mutuo: «cosa creíble es que el ave de bajo vuelo prenda al águila real muy subida, si ella se viene a lo bajo, queriendo ser presa». [50] Y explica que «viendo a la esposa herida de su amor, él también al gemido de ella viene herido del amor de ella; porque en los enamorados la herida de uno es de entrabmos y un mismo sentimiento tienen los dos». [51] Este místico entiende la figura del costado herido de Cristo como un llamado a la unión plena con el Señor. Él es el ciervo vulnerado, herido cuando todavía no nos hemos dejado alcanzar por su amor, que baja a las corrientes de aguas para saciar su propia sed y encuentra consuelo cada vez que nos volvemos a él:

«Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo, y fresco toma». [52]

Perspectivas trinitarias

70. La devoción al Corazón de Jesús es marcadamente cristológica, es una contemplación directa de Cristo que invita a la unión con él. Esto es legítimo si tenemos en cuenta lo que pide la Carta a los Hebreos: correr nuestra carrera «con los ojos fijos en Jesús» (cf. 12, 2). Sin embargo, no podemos ignorar que, al mismo tiempo, Jesús se presenta como camino para ir al Padre: «Yo soy el Camino [...]. Nadie va al Padre, sino por mí» (Jn 14, 6). Él nos quiere llevar al

Padre. Así se entiende por qué la predicación de la Iglesia, desde los comienzos, no nos detiene en Jesucristo, sino que nos conduce al Padre. Él es quien, en último término, como plenitud fontal, debe ser glorificado. [53]

71. Detengámonos, por ejemplo, en la Carta a los Efesios, donde se puede advertir con fuerza y claridad cómo nuestra adoración se orienta al Padre: «Doblo mis rodillas delante del Padre» (Ef 3, 14); «hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos» (Ef 4, 6); «siempre y por cualquier motivo, den gracias a Dios, nuestro Padre» (Ef 5, 20). El Padre es aquel «a quien nosotros estamos destinados» (1Co 8, 6). Por eso, decía san Juan Pablo II que «toda la vida cristiana es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre». [54] Es lo que experimentó san Ignacio de Antioquía de camino al martirio: «Siento en mi interior la voz de un agua viva que me habla y me dice: «Ven al Padre»». [55]

72. Es ante todo el Padre de Jesucristo: «Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 1, 3). Es «el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria» (Ef 1, 17). Cuando el Hijo se hizo hombre, todos los deseos y aspiraciones de su corazón humano se orientaban hacia el Padre. Si vemos cómo Cristo se refería al Padre podemos advertir esta fascinación de su corazón humano, esta perfecta y constante orientación al Padre. [56] Su historia en esta tierra nuestra fue un caminar sintiendo en su corazón humano un llamado incesante de ir al Padre. [57]

73. Sabemos que la palabra aramea que él usaba para dirigirse al Padre era *«Abba»*, que significa «papito». En su época algunos se molestaban por esa familiaridad (cf. Jn 5, 18). Es la expresión que usó Jesús para comunicarse con el Padre cuando aparecía la angustia de la muerte: «Abba —Padre—, todo te es posible: aleja de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Mc 14,36). Siempre se reconoció amado por el Padre: «ya me amabas antes de la creación del mundo» (Jn 17, 24). Y Jesús, en su corazón humano, se extasiaba escuchando que el Padre le decía: «Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección» (Mc 1, 11).

74. El cuarto Evangelio dice que el Hijo eterno del Padre estuvo siempre «en el seno del Padre» (Jn 1, 18). [58] San Ireneo afirma que «el Hijo de Dios existió siempre frente al Padre». [59] Y Orígenes sostiene que el Hijo persevera «en la incesante contemplación del abismo paterno». [60] Por eso, cuando el Hijo se hizo hombre, pasaba noches enteras comunicándose con el Padre amado, en la cima del monte (cf. Lc 6, 12). Él decía: «debo ocuparme de los asuntos de mi Padre» (Lc 2, 49). Miremos sus alabanzas: «Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo, y dijo: «¡Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra!»» (Lc 10, 21). Y sus últimas palabras llenas de confianza fueron: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46).

75. Volvamos ahora los ojos al Espíritu Santo, que colma el Corazón de Cristo y arde en él. Porque, como decía san Juan Pablo II, el Corazón de Cristo es «la obra maestra del Espíritu Santo». [61] No es sólo cosa del pasado, pues «en el Corazón de Cristo es continua la acción del Espíritu Santo, a la que Jesús atribuyó la inspiración de su misión (cf. Lc 4,18; Is 61,1) y cuyo envío había prometido durante la última cena. Es el Espíritu el que ayuda a captar la riqueza del signo del costado traspasado de Cristo, del que nació la Iglesia (cf. Const. Sacrosanctum Concilium, 5)». [62] En definitiva «sólo el Espíritu Santo puede abrir ante nosotros esta plenitud del ‘hombre interior’, que se encuentra en el Corazón de Cristo. Sólo Él puede hacer que desde esta plenitud alcancen fuerza, gradualmente, también nuestros corazones humanos». [63]

76. Si intentamos ahondar en el misterio de la acción del Espíritu, vemos que gime en nosotros y dice *Abba*, y «la prueba de que ustedes son hijos, es que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama a Dios llamándolo: *¡Abba!*, es decir, *¡Padre!*» (Ga 4, 6). Porque «el mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Rm 8, 16). La acción del Espíritu Santo en el corazón humano de Cristo provoca sin cesar esa atracción hacia su Padre. Y cuando nos une a los sentimientos de Cristo por la gracia, nos hace participar de la relación del Hijo con el Padre, es «el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios *¡Abba!*, es decir, *¡Padre!*» (Rm 8, 15).

77. Entonces, nuestra relación con el Corazón de Cristo se transforma bajo ese impulso del Espíritu, que nos orienta hacia el Padre, fuente de la vida y último origen de la gracia. Cristo mismo no desea que nos detengamos sólo en él. El amor de Cristo es «revelación de la misericordia del Padre». [64] Su deseo es que, impulsados por el Espíritu que brota de su Corazón, «con él y en él» vayamos al Padre. La gloria se dirige hacia el Padre «por» Cristo, [65] «con» Cristo [66] y «en» Cristo. [67] San Juan Pablo II enseñaba que «el Corazón del Salvador invita a remontarse al amor del Padre, que es el manantial de todo amor auténtico». [68] Eso mismo es lo que el Espíritu Santo, que llega a nosotros desde el Corazón de Cristo, busca alimentar en nuestros corazones. De ahí que la Liturgia, bajo la acción vivificadora del Espíritu, siempre se dirige al Padre desde el Corazón resucitado de Cristo.

Expresiones magisteriales recientes

78. De formas diferentes el Corazón de Cristo estuvo presente en la historia de la espiritualidad cristiana. En la Biblia y en los primeros siglos de la Iglesia aparecía bajo la figura del costado herido del Señor, sea como fuente de la gracia, sea como un llamado a un encuentro íntimo de amor. Así reapareció constantemente en el testimonio de muchos santos hasta el día de hoy. En los últimos siglos esta espiritualidad fue tomando forma como un verdadero culto al Corazón del Señor.

79. Varios de mis predecesores se han referido al Corazón de Cristo e invitaron a unirse a él con lenguajes muy diversos. A fines del siglo XIX, León XIII nos invitaba a consagrarnos a él y en su propuesta unía al mismo tiempo el llamado a la unión con Cristo y la admiración ante el esplendor de su infinito amor. [69] Unos treinta años después Pío XI presentaba esta devoción como una suma de la experiencia de fe cristiana. [70] Más aún, Pío XII sostuvo que el culto al Sagrado Corazón expresa de modo excelente, como una sublime síntesis, nuestro culto a Jesucristo. [71]

80. Más recientemente, san Juan Pablo II presentó el desarrollo de este culto en los siglos pasados como una respuesta ante el crecimiento de formas rigoristas y desencarnadas de espiritualidad que olvidaban la misericordia del Señor, pero, al mismo tiempo, como un llamado actual ante un mundo que pretende construirse sin Dios: «La devoción al Sagrado Corazón, tal como se desarrolló en la Europa de hace dos siglos, bajo el impulso de las experiencias místicas de santa Margarita María Alacoque, fue la respuesta al rigorismo jansenista, que había acabado por desconocer la infinita misericordia de Dios. [...] El hombre del año 2000 tiene necesidad del Corazón de Cristo para conocer a Dios y para conocerse a sí mismo; tiene necesidad de él para construir la civilización del amor». [72]

81. Benedicto XVI invitaba a reconocer el Corazón de Cristo como presencia íntima y cotidiana en la vida de cada uno: «Toda persona necesita tener un «centro» de su vida, un manantial de verdad y de bondad del cual tomar para afrontar las diversas situaciones y la fatiga de la vida diaria. Cada uno de nosotros, cuando se queda en silencio, no sólo necesita sentir los latidos de su corazón, sino también, más en profundidad, el pulso de una presencia fiable, perceptible con los sentidos de la fe y, sin embargo, mucho más real: la presencia de Cristo, corazón del mundo». [73]

Profundización y actualidad

82. La imagen expresiva y simbólica del Corazón de Cristo no es el único recurso que nos da el Espíritu Santo para encontrar el amor de Cristo, y siempre necesitará ser enriquecida, iluminada, renovada gracias a la meditación, la lectura del Evangelio y la maduración espiritual. Ya decía Pío XII que la Iglesia no pretende que «en el Corazón de Jesús se haya de ver y adorar la que llaman imagen formal, es decir, la representación perfecta y absoluta de su amor divino, pues no es posible representar adecuadamente con ninguna imagen criada la íntima esencia de este amor». [74]

83. Nuestra devoción al Corazón de Cristo es algo esencial a la propia vida cristiana en la medida en que significa nuestra apertura, llena de fe y de adoración, ante el misterio del amor divino y humano del Señor, hasta el punto que podemos sostener una vez más que el Sagrado Corazón es una síntesis del Evangelio. [75] Hay que recordar que las visiones o manifestaciones místicas narradas por algunos santos que propusieron con pasión la devoción al Corazón de Cristo, no son algo que los creyentes estén obligados a creer como si fuera la Palabra de Dios. [76] Son bellos estímulos que pueden motivar y hacer mucho bien, aunque nadie debe sentirse forzado a seguirlos si no constata que le ayudan en su camino espiritual. No obstante, es importante tener presente, como afirmaba Pío XII, que no puede decirse que este culto «deba su origen a revelaciones privadas». [77]

84. La propuesta de la comunión eucarística los primeros viernes de cada mes, por ejemplo, era un fuerte mensaje en un momento en que mucha gente dejaba de comulgar porque no confiaba en el perdón divino, en su misericordia, y consideraba la comunión como una especie de premio para los perfectos. En ese contexto jansenista, la promoción de esta práctica hizo mucho bien, ayudando a reconocer en la Eucaristía el amor gratuito y cercano del Corazón de Cristo que nos llama a la unión con él. Podemos afirmar que hoy también haría mucho bien por otra razón: porque en medio de la vorágine del mundo actual y de nuestra obsesión por el tiempo libre, el consumo y la distracción, los teléfonos y las redes sociales, olvidamos alimentar nuestra vida con la fuerza de la Eucaristía.

85. Del mismo modo, nadie debe sentirse obligado a realizar una hora de adoración los días jueves. Pero, ¿cómo no recomendarla? Cuando alguien vive con fervor esta práctica junto con tantos hermanos y encuentra en la Eucaristía todo el amor del Corazón de Cristo, «adora juntamente con la Iglesia el símbolo y como la huella de la Caridad divina, la cual llegó también a amar con el Corazón del Verbo Encarnado al género humano». [78]

86. Lo dicho era difícilmente comprendido por muchos jansenistas, que miraban con desprecio todo lo que fuera humano, afectivo, cor-

póreo, y en definitiva entendían que esta devoción nos alejaba de la purísima adoración al Dios altísimo. Pío XII llamó «falso misticismo» [79] a esta actitud elitista de algunos grupos que veían a Dios tan alto, tan separado, tan distante, que consideraban peligrosas y necesitadas de un control eclesiástico las expresiones sensibles de la piedad popular.

87. Podría sostenerse que hoy, más que al jansenismo, nos enfrentamos a un fuerte avance de la secularización que pretende un mundo libre de Dios. A ello se suma que se multiplican en la sociedad diversas formas de religiosidad sin referencia a una relación personal con un Dios de amor, que son nuevas manifestaciones de una «espiritualidad sin carne». Es verdad. Sin embargo, debo advertir que dentro de la misma Iglesia renació con nuevos rostros el dañino dualismo jansenista. Ha tomado renovada fuerza en las últimas décadas, pero es una manifestación de aquel gnosticismo que ya dañaba la espiritualidad en los primeros siglos de la fe cristiana, y que ignoraba la verdad de «la salvación de la carne». Por esta razón vuelvo la mirada al Corazón de Cristo e invito a renovar su devoción. Espero que pueda ser atractiva también para la sensibilidad actual y de ese modo nos ayude a enfrentar estos viejos y nuevos dualismos a los cuales él ofrece una respuesta adecuada.

88. Quisiera agregar que el Corazón de Cristo nos libera al mismo tiempo de otro dualismo: el de comunidades y pastores concentrados sólo en actividades externas, reformas estructurales vacías de Evangelio, organizaciones obsesivas, proyectos mundanos, reflexiones secularizadas, diversas propuestas que se presentan como formalidades que a veces se pretende imponer a todos. Esto con frecuencia deriva en un cristianismo que ha olvidado la ternura de la fe, la alegría de la entrega al servicio, el fervor de la misión persona a persona, la cautivadora belleza de Cristo, la estremecida gratitud por la amistad que él ofrece y por el sentido último que da a la propia vida. Se trata de otra forma de engañoso trascendentalismo, igualmente desencarnado.

89. Estas enfermedades tan actuales, de las cuales, cuando nos hemos dejado atrapar, ni siquiera sentimos el deseo de curarnos, me mueven a proponer a toda la Iglesia un nuevo desarrollo sobre el amor de Cristo representado en su Corazón santo. Allí podemos encontrar el Evangelio entero, allí está sintetizada la verdad que creemos, allí está cuanto adoramos y buscamos en la fe, allí está lo que más necesitamos.

90. Ante el Corazón de Cristo es posible volver a la síntesis encarnada del Evangelio y vivir aquello que propuse poco tiempo atrás recordando a la entrañable santa Teresa del Niño Jesús: «La actitud más adecuada es depositar la confianza del corazón fuera de nosotros mismos: en la infinita misericordia de un Dios que ama sin límites y que lo ha dado todo en la Cruz de Jesucristo». [80] Ella lo vivía con intensidad porque había descubierto en el Corazón de Cristo que Dios es amor: «A mí me ha dado su misericordia infinita, y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas». [81] Por eso la oración más popular, dirigida como un dardo al Corazón de Cristo, dice simplemente: «En Ti confío». [82] No hacen falta más palabras.

91. En los próximos capítulos destacaremos dos aspectos fundamentales que hoy debería reunir la devoción al Sagrado Corazón para seguir alimentándonos y acercándonos al Evangelio: la experiencia espiritual personal y el compromiso comunitario y misionero.

IV. AMOR QUE DA DE BEBER

92. Volvamos a las Sagradas Escrituras, a los textos inspirados que son el principal lugar donde encontramos la Revelación. En ellas y en la Tradición viva de la Iglesia está lo que el mismo Señor ha querido decirnos para toda la historia. A partir de la lectura de textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, recogeremos algunos efectos de la Palabra en el largo camino espiritual del Pueblo de Dios.

Sed del amor de Dios

93. La Biblia muestra que al pueblo que había caminado por el desierto y que esperaba la liberación, se le anunciaría una abundancia de agua vivificante: «Sacarán agua con alegría de las fuentes de la salvación» (Is 12, 3). Los anuncios mesiánicos fueron tomando la forma de un manantial de agua purificadora: «Los rociaré con agua pura, y ustedes quedarán purificados [...] pondré en ustedes un espíritu nuevo» (Ez 36, 25-26). Es el agua que devolverá al pueblo una existencia plena, como una fuente que brota del templo y derrama vida y salud a su paso: «Vi que a la orilla del torrente, de uno y otro lado, había una inmensa arboleda. [...] Hasta donde llegue el torrente, tendrán vida todos los seres vivientes [...] cuando esta agua llegue hasta el Mar, sus aguas quedarán saneadas, y habrá vida en todas partes adonde llegue el torrente» (Ez 47, 7.9).

94. La fiesta judía de las Tiendas (*Sukkot*), que recordaba los cuarenta años en el desierto, poco a poco había asumido el símbolo del agua como un elemento central, e incluía un rito de ofrenda de agua cada mañana, que se volvía muy solemne el último día de la fiesta: se realizaba una gran procesión hacia el templo donde finalmente se daban siete vueltas en torno al altar y se ofrendaba a Dios el agua en medio de gran algarabía. [83]

95. El anuncio de la llegada del tiempo mesiánico se presentaba como una fuente abierta para el pueblo: «Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de súplica; y ellos mirarán hacia mí [...] al que ellos traspasaron [...]. Aquel día, habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, a fin de lavar el pecado y la impureza» (Zc 12, 10; 13, 1).

96. Un traspasado, una fuente abierta, un espíritu de gracia y de oración. Los primeros cristianos inevitablemente veían cumplida esta promesa en el costado abierto de Cristo, fuente de donde mana la vida nueva. Recorriendo el Evangelio de Juan vemos cómo aquella profecía se veía plasmada en Cristo. Contemplamos su costado abierto, de donde brotó el agua del Espíritu: «Uno de los soldados le

atravesó el costado con la lanza, y en seguida brotó sangre y agua» (Jn 19, 34). Allí el evangelista añade: «Verán al que ellos mismos traspasaron» (Jn 19, 37). Retoma así aquel anuncio del profeta que prometía al pueblo una fuente abierta en Jerusalén, cuando ellos mirarían al traspasado (cf. Zc 12, 10). La fuente abierta es el costado herido de Jesucristo.

97. Advertimos que el mismo Evangelio anuncia ese momento sagrado, precisamente «el último día, el más solemne de la fiesta» de las Tiendas (Jn 7, 37). Allí Jesús gritó al pueblo que celebraba en la gran procesión: «El que tenga sed, venga a mí; y beba [...] de su seno brotarán manantiales de agua viva» (Jn 7, 37-38). Para ello debía llegar su «hora», porque Jesús «aún no había sido glorificado» (Jn 7, 39). Todo se cumplió en la fuente desbordante de la Cruz.

98. En el libro del Apocalipsis reaparecen tanto el Traspasado: «todos lo verán, aun aquellos que lo habían traspasado» (Ap 1, 7), como la fuente abierta: «Que venga el que tiene sed, y el que quiera, que beba gratuitamente del agua de la vida» (Ap 22, 17).

99. El costado traspasado es al mismo tiempo la sede del amor, un amor que Dios declaró a su pueblo con tantas palabras diferentes que vale la pena recordar:

«Eres de gran precio a mis ojos, [...] eres valioso, y yo te amo» (Is 43, 4).

«¿Se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus entrañas? ¡Pero aunque ella te olvide, yo no te olvidaré! Yo te llevo grabada en las palmas de mis manos» (Is 49, 15-16).

«Aunque se aparten las montañas y vacilen las colinas, mi amor no se apartará de ti, mi alianza de paz no vacilará» (Is 54, 10).

«Yo te amé con un amor eterno, por eso te atraje con fidelidad» (Jr 31, 3).

«¡El Señor, tu Dios, está en medio de ti, es un guerrero victorioso! Él exulta de alegría a causa de ti, te renueva con su amor, y lanza por ti gritos de alegría» (So 3, 17).

100. El profeta Oseas llega a hablar del corazón de Dios, ese que «los atraía con lazos humanos, con ataduras de amor» (Os 11, 4). Por ese mismo amor despreciado podía decir: «Mi corazón se subleva contra mí y se enciende toda mi ternura» (Os 11, 8). Pero allí siempre vencerá la misericordia (cf. Os 11, 9), que llegará a su máxima expresión en Cristo, la palabra definitiva de amor.

101. En el Corazón traspasado de Cristo se concentran escritas en carne todas las expresiones de amor de las Escrituras. No es un amor que simplemente se declara, sino que su costado abierto es manantial de vida para los amados, es aquella fuente que sacia la sed de su pueblo. Como enseñaba san Juan Pablo II, «los elementos esenciales de esta devoción pertenecen, de manera permanente, a la espiritualidad propia de la Iglesia a lo largo de toda su historia; pues desde el principio la Iglesia ha dirigido su mirada al Corazón de Cristo traspasado en la cruz». [84]

Resonancias de la Palabra en la historia

102. Veamos algunos efectos que esta Palabra de Dios ha producido en la historia de la fe cristiana. Varios Padres de la Iglesia, sobre todo del Asia Menor, mencionaban la herida del costado de Jesús como el origen del agua del Espíritu: la Palabra, su gracia y los sacramentos que la comunican. La fortaleza de los mártires vive de «la fuente celestial del agua viva que brota de la entraña de Cristo», [85] o, como traduce Rufino, de «las celestiales y eternas fuentes que proceden de la entraña de Cristo». [86] Los creyentes, que renacimos por el Espíritu, venimos de esa caverna de la roca, «hemos salido del vientre de Cristo». [87] Su costado herido, que interpretamos como su corazón, está lleno del Espíritu Santo y desde él llega a nosotros como ríos de agua viva: «La fuente del Espíritu está enteramente en Cristo». [88] Pero el Espíritu que recibimos no nos aleja del Señor resucitado sino que nos llena de él, porque bebiendo del Espíritu bebemos al mismo Cristo: «Bebe a Cristo porque él es la roca que derrama agua. Bebe a Cristo porque él es la fuente de la

vida. Bebe a Cristo porque él es el río cuya fuerza alegra a la ciudad de Dios. Bebe a Cristo porque él es la paz. Bebe a Cristo, porque de su seno fluye agua viva». [89]

103. San Agustín abrió el camino a la devoción al Sagrado Corazón como lugar de encuentro personal con el Señor. Es decir, para él el pecho de Cristo no es solamente la fuente de la gracia y de los sacramentos, sino que lo personaliza, presentándolo como símbolo de la unión íntima con Cristo, como lugar de un encuentro de amor. Allí está el origen de la sabiduría más preciosa, que es conocerle a él. En efecto, Agustín escribe que Juan, el amado, cuando en la última cena apoyó su cabeza sobre el pecho de Jesús, se reclinó sobre el santuario de la sabiduría. [90] No estamos ante una mera contemplación intelectual de una verdad teológica. San Jerónimo explicaba que una persona capaz de contemplación «no goza del placer de los baños, pero bebe de la vida del costado del Señor». [91]

104. San Bernardo retomó el simbolismo del costado traspasado del Señor entendiéndolo explícitamente como revelación y donación del amor de su Corazón. A través de la llaga se nos vuelve accesible y podemos hacer propio el gran misterio del amor y de la misericordia: «Yo, empero, lo que no hallo en mí mismo búscolo confiado en las entrañas del Salvador, rebosantes de bondad y misericordia, la cual van derramando por los diversos agujeros de su cuerpo sacramatísimo, pues sus enemigos taladraron sus pies y manos y abrieron con lanza su costado; por estas aberturas puedo yo sacar miel de la piedra y óleo suave del peñasco durísimo; puedo gustar y ver cuán suave y dulce es el Señor. [...] El hierro cruel atravesó su alma e hirió su corazón, a fin de que supiese compadecerse de mis flaquezas. El secreto de su corazón se está viendo por las aberturas de su cuerpo; podemos ya contemplar ese sublime misterio de la bondad infinita de nuestro Dios». [92]

105. Esto reaparece de modo especial en Guillermo de Saint-Thierry quien invitaba a entrar en el Corazón de Jesús, que nos alimenta en su propio pecho. [93] No llama la atención, si recordamos que para este autor «el arte de las artes es el arte del amor [...]. El amor es

donado por el creador de la naturaleza [...]. El amor es una fuerza del alma que, como un peso natural, la conduce a su lugar o fin». [94] Ese lugar que le es propio, donde reina el amor en plenitud, es el Corazón de Cristo: «¿A dónde llevas, Señor, a los que abrazas y estrechas sino a tu corazón? Tu corazón es el dulce maná de tu divinidad que guardas en el interior, oh Jesús, en la urna de oro (cf. Hb 9, 4) de su sapientísima alma. Dichosos aquellos a los que el abrazo los atrae hasta ahí. Dichosos los que escondiste en lo oculto de aquel secreto, en tu corazón». [95]

106. San Buenaventura une las dos líneas espirituales en torno al Corazón de Cristo: al mismo tiempo que lo presenta como la fuente de los sacramentos y de la gracia, propone que esta contemplación se convierta en una relación de amigos, en un encuentro personal de amor.

107. Por una parte, nos ayuda a reconocer la belleza de la gracia y de los sacramentos que manan de esa fuente de vida que es el costado herido del Señor: «Para que del costado de Cristo dormido en la cruz se formase la Iglesia y se cumpliese la Escritura que dice: mirarán al que traspasaron, uno de los soldados lo hirió con una lanza y le abrió el costado. Y fue permisión de la divina providencia, a fin de que, brotando de la herida sangre y agua, se derramase el precio de nuestra salud, el cual, manando de la fuente arcana del corazón, diese a los sacramentos de la Iglesia la virtud de conferir la vida de la gracia, y fuese para los que viven en Cristo como una copa llenada en la fuente viva, que salta hasta la vida eterna». [96]

108. Luego nos invita a dar otro paso, para que el acceso a la gracia no se convierta en algo mágico, o en una suerte de emanación de tipo neoplatónico, sino en una relación directa con Cristo, habitando en su Corazón, porque quien bebe es un amigo de Cristo, es un corazón amante: «Levántate, pues, alma amiga de Cristo, y sé la paloma que anida en la pared de una cueva; sé el gorrión que ha encontrado una casa y no deja de guardarla; sé la tórtola que esconde los polluelos de su casto amor en aquella abertura sacratísima». [97]

La difusión de la devoción al Corazón de Cristo

109. Poco a poco el costado herido, donde reside el amor de Cristo, del cual a su vez mana la vida de la gracia, fue asumiendo la figura del corazón, especialmente en la vida monástica. Sabemos que a lo largo de la historia el culto al Corazón de Cristo no se manifestó de idéntica manera, y que los aspectos desarrollados en la modernidad, relacionados con diversas experiencias espirituales, no se pueden extrapolar a las formas medievales y menos aún a las formas bíblicas donde entrevemos semillas de este culto. No obstante, hoy la Iglesia no desprecia nada de todo lo bueno que el Espíritu Santo nos regaló a lo largo de los siglos, sabiendo que siempre será posible reconocer un significado más claro y pleno a ciertos detalles de la devoción, o comprender y desplegar nuevos aspectos de la misma.

110. Varias santas mujeres han narrado experiencias de su encuentro con Cristo, caracterizado por el reposo en el Corazón del Señor, fuente de vida y de paz interior. Así sucedió a santa Lutgarda, a santa Matilde de Hackeborn, a santa Ángela de Foligno, a Juliana de Norwich, entre otras. Santa Gertrudis de Helfta, religiosa cisterciense, narró un momento de oración en el cual reclinó la cabeza en el Corazón de Cristo y escuchó sus latidos. En un diálogo con san Juan Evangelista le preguntó por qué en su Evangelio él no había hablado de lo que vivió cuando tuvo esa misma experiencia. Concluye Gertrudis que «la dulzura de esos latidos se reservó para los tiempos modernos, de manera que, escuchándolos, pueda renovarse el mundo envejecido y tibio en el amor de Dios». [98] ¿Podríamos pensar que es un anuncio referido a nuestros tiempos, un llamado a reconocer cómo se ha vuelto «viejo» este mundo, necesitado de percibir el mensaje siempre nuevo del amor de Cristo? Santa Gertrudis y santa Matilde han sido consideradas entre «las confidentes más íntimas del Sagrado Corazón». [99]

111. Los monjes cartujos, alentados sobre todo por Ludolfo de Sajonia, encontraron en la devoción al Sagrado Corazón un camino para llenar de afecto y cercanía su relación con Jesucristo. Quien entra

por la herida de su Corazón es inflamado de afecto. Santa Catalina de Siena escribió que los sufrimientos que el Señor soportó no son algo que podamos presenciar, pero que el Corazón abierto de Cristo es para nosotros la posibilidad de un encuentro actual y personal con tanto amor: «Por eso quise que vieseis el secreto de mi corazón mostrándotelo abierto, para que vieseis que yo amaba más que lo que podían demostraros mis sufrimientos finitos». [100]

112. La devoción al Corazón de Cristo trascendió progresivamente la vida monástica, y colmó la espiritualidad de santos maestros, predicadores y fundadores de congregaciones religiosas que la difundieron en los más remotos lugares de la tierra. [101]

113. De particular interés fue la iniciativa de san Juan Eudes, quien «después de dar con sus misioneros una fervorosísima misión en Rennes, logró que el señor obispo aprobara en aquella Diócesis la celebración de la fiesta del Corazón adorable de Nuestro Señor Jesucristo. Esta fue la primera vez que en la Iglesia se autorizó esta fiesta oficialmente. Después, los obispos de Coutances, de Evreux, de Bayeux, de Lisieux, de Ruan, autorizaron para sus Diócesis respectivas la misma fiesta entre los años 1670 y 1671». [102]

San Francisco de Sales

114. En los tiempos modernos cabe destacar el aporte de san Francisco de Sales. Él contemplaba frecuentemente el Corazón abierto de Cristo, que invita a habitar en su interior en una relación personal de amor donde se iluminan los misterios de la vida. Se advierte en el pensamiento de este santo doctor cómo, frente a una moral rigorista o a una religiosidad del mero cumplimiento, el Corazón de Cristo se le presentaba como un llamado a la plena confianza en la acción misteriosa de su gracia. Así lo expresaba en su propuesta a la baronesa de Chantal: «Estoy seguro de que no permaneceremos más en nosotros mismos [...] habitaremos para siempre en el costado herido del Salvador, pues sin él no sólo no podemos, sino aunque pudiéramos, no queríamos hacer nada». [103]

115. Para él, la devoción estaba lejos de convertirse en una forma de superstición o en una indebida objetivación de la gracia, porque significaba la invitación a una relación personal donde cada uno se siente único frente a Cristo, tenido en cuenta en su realidad irrepetible, pensado por Cristo y valorado de un modo directo y exclusivo: «Este corazón muy adorable y muy amable de Nuestro Maestro ardiendo del amor que nos profesa, corazón en el que vemos todos nuestros nombres escritos [...]. Ciertamente es asunto de grandísimo consuelo que seamos amados tan entrañablemente por Nuestro Señor que nos lleva siempre en su Corazón». [104] Ese nombre propio escrito en el Corazón de Cristo era el modo como san Francisco de Sales intentaba simbolizar hasta qué punto el amor de Cristo hacia cada uno no es abstracto o genérico sino que implica una personalización donde el creyente se siente valorado y reconocido por sí mismo: «¡Qué hermoso es este Cielo ahora que el Salvador es su sol y el pecho de Él una fuente de amor de la cual los bienaventurados beben según su deseo! Cada uno va a mirar allí dentro y ve su nombre escrito con caracteres de amor, que sólo el verdadero amor puede leer y que el verdadero amor ha grabado. ¡Ah Dios! mi querida hija, ¿acaso los nuestros no estarán allí? Sí estarán, sin duda; pues, por más que nuestro corazón no tiene el amor, tiene no obstante el deseo del amor y el comienzo del amor». [105]

116. Él consideraba dicha experiencia como algo fundamental para una vida espiritual que colocaba esta convicción entre las grandes verdades de fe: «Sí mi querida Hija, piensa en vos, y no solamente en vos, sino en el más mínimo cabello de vuestra cabeza: es un artículo de fe y en modo alguno hay que dudar de él». [106] Esto tiene como consecuencia que el creyente se vuelve capaz de un completo abandono en el Corazón de Cristo, donde encuentra reposo, consuelo, fortaleza: «¡Oh Dios! qué felicidad estar así entre los brazos y sobre el pecho [del Salvador]. [...] Permaneced así, querida Hija, y como otro pequeño san Juan, mientras que los otros comen en la mesa del Salvador distintas viandas, descansad por un gesto de simplísima confianza, vuestra cabeza, vuestra alma, vuestro espíritu en el pecho amoroso de este querido Señor». [107] «Espero que

estaréis en la caverna de la tórtola y en el costado traspasado de nuestro querido Salvador. [...] ¡Qué bueno es este Señor, mi querida Hija! ¡Qué amable es su Corazón! Permanezcamos aquí, en este santo domicilio». [108]

117. Pero, fiel a su enseñanza sobre la santificación en la vida ordinaria, propone que esto sea vivido en medio de las actividades, las tareas y las obligaciones de la vida cotidiana: «¿Me preguntáis cómo las almas que son atraídas en la oración a esta santa simplicidad y a este perfecto abandono en Dios deben comportarse en todas sus acciones? Yo contesto que, no solamente en la oración, sino en el comportamiento de toda su vida, deben andar invariablemente en espíritu de simplicidad, abandonando y entregando toda su alma, sus acciones y sus éxitos a la voluntad de Dios, con un amor de perfecta y absoluta confianza, abandonándose a la gracia y al cuidado del amor eterno que la divina Providencia siente por ellas». [109]

118. Por todo esto, a la hora de pensar en un símbolo que pudiera sintetizar su propuesta de vida espiritual, concluye: «He pensado, querida Madre, si os parece, que es menester que tomemos como escudo un único corazón traspasado por dos flechas encerrado en una corona de espinas». [110]

Una nueva declaración de amor

119. Bajo el sano influjo de esta espiritualidad salesa los acontecimientos de Paray-le-Monial tuvieron lugar a finales del siglo XVII. Santa Margarita María Alacoque narró importantes apariciones entre finales de diciembre de 1673 y junio de 1675. Lo fundamental es una declaración de amor que se destaca en la primera gran aparición. Jesús dice: «Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, y por ti en particular, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su caridad ardiente, le es preciso comunicarlas por tu medio, y manifestarse a todos para enriquecerlos con los preciosos tesoros, que te descubro». [111]

120. Santa Margarita María resume todo de una manera potente y fervorosa: «Me descubrió todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazón Sagrado, que hasta entonces me había tenido siempre ocultos. Aquí me los descubrió por vez primera; pero de un modo tan operativo y sensible, que, a juzgar por los efectos producidos en mí por esta gracia, no me deja motivo alguno de duda». [112] En las siguientes manifestaciones se reafirma la hermosura de este mensaje: «Me descubrió las maravillas inexplicables de su amor puro, y el exceso, a que le había conducido el amar a los hombres». [113]

121. Este intenso reconocimiento del amor de Jesucristo que nos transmitió santa Margarita María nos ofrece valiosos estímulos para nuestra unión con él. Eso no significa que nos sintamos obligados a aceptar o asumir todos los detalles de esa propuesta espiritual, donde, como suele ocurrir, se mezclan con la acción divina elementos humanos relacionados con los propios deseos, inquietudes e imágenes interiores. [114] Tal propuesta, siempre tiene que ser releída a la luz del Evangelio y de toda la rica tradición espiritual de la Iglesia, al mismo tiempo que reconocemos cuánto bien ha hecho en tantas hermanas y en tantos hermanos. Esto nos permite reconocer regalos del Espíritu Santo dentro de dicha experiencia de fe y de amor. Más importante que los detalles es el núcleo del mensaje que se nos transmite y que puede resumirse en aquellas palabras que santa Margarita escuchó: «He ahí este Corazón, que ha amado tanto a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor». [115]

122. Esta manifestación es una invitación a un crecimiento en el encuentro con Cristo, gracias a la confianza sin reservas, hasta alcanzar una unión plena y definitiva: «Es preciso que el Divino Corazón de Jesús se sustituya de tal modo en lugar del nuestro, que Él solo viva y obre en nosotras y por nosotras; que su voluntad [...] pueda obrar absolutamente sin resistencia de nuestra parte; y en fin, que sus afectos, sus pensamientos y deseos estén en lugar de los nuestros y sobre todo su amor, que se amará Él mismo en nosotras

y por nosotras. Y de este modo, siéndonos este amable Corazón todo en todas las cosas, podremos decir con San Pablo, que no vivimos ya, sino que vive Él en nosotras». [116]

123. En realidad, en el primer mensaje recibido por ella, presentaba esta vivencia de un modo más personal, más concreto, lleno de fuego y de ternura: «Me pidió después el corazón, y yo le supliqué que le tomase. Le tomó e introdujo en su Corazón adorable, en el cual me le mostró como un pequeño átomo, que se consumía en aquel horno encendido». [117]

124. En otro momento advertimos que quien se nos entrega es el Cristo resucitado, lleno de gloria, pleno de vida y de luz. Si bien en distintos momentos habla de los sufrimientos que soportó por nosotros y de la ingratitud que recibe, aquí no se destacan la sangre y las llagas sufrientes, sino la luz y el fuego del Viviente. Las heridas de la Pasión, que no desaparecen, quedan transfiguradas. Así, aquí se expresa el Misterio de la Pascua en su integridad: «Una vez entre otras, estando expuesto el Santísimo Sacramento [...] se me presentó Jesucristo, mi divino Maestro, todo radiante de gloria, con sus cinco llagas, que brillaban como cinco soles, y por todas partes salían llamas de su sagrada humanidad, especialmente de su adorable pecho, el cual parecía un horno. Abrióse este y me descubrió su amantísimo y amabilísimo Corazón, que era el vivo foco de donde procedían semejantes llamas. Entonces fue cuando me descubrió las maravillas inexplicables de su amor puro, y el exceso, a que le había conducido el amar a los hombres, de los cuales no recibía sino ingratitudes y desprecios». [118]

San Claudio de La Colombière

125. Cuando san Claudio de La Colombière conoció las experiencias de santa Margarita, inmediatamente se convirtió en su defensor y divulgador. Él tuvo un papel especial en la comprensión y en la difusión de esta devoción al Sagrado Corazón, pero también en su interpretación a la luz del Evangelio.

126. Si bien algunas de las expresiones de santa Margarita, mal entendidas, podían dar lugar a confiar demasiado en los propios sacrificios y ofrendas, san Claudio evidencia que la contemplación del Corazón de Cristo, si es auténtica, no provoca una complacencia en uno mismo o una vanagloria en experiencias o en esfuerzos humanos, sino un indescriptible abandono en Cristo que llena la vida de paz, de seguridad, de decisión. Él expresaba muy bien esta confianza absoluta en una célebre oración:

«Estoy tan convencido, Dios mío, de que velas sobre todos los que esperan en Ti, y de que no puede faltar cosa alguna a quien aguarda de Ti todas las cosas, que he determinado vivir de ahora en adelante sin ningún cuidado, descargándome en Ti de todas mis solicitudes [...]. No por eso perderé la esperanza; antes la conservaré hasta el postre suspiro de mi vida y vanos serán los esfuerzos de todos los demonios del infierno por arrancármela [...]. Que otros esperen la dicha de sus riquezas o de sus talentos; que descansen otros en la inocencia de su vida, o en la aspereza de su penitencia, o en la multitud de sus buenas obras, o en el fervor de sus oraciones; en cuanto a mí toda mi confianza se funda en mi misma confianza [...]. Confianza semejante jamás salió fallida a nadie. [...] Así que, seguro estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo, y porque eres Tú, Dios mío, de quien lo espero». [119]

127. San Claudio escribió una nota en enero de 1677, encabezada por unas líneas que se refieren a la seguridad que él sentía sobre su propia misión: «He reconocido que Dios quiere servirse de mí, procurando el cumplimiento de sus deseos respecto a la devoción que me ha sugerido una persona, a quien Él se comunica muy confidencialmente y para la cual ha querido servirse de mi flaqueza. Ya la he inspirado a muchas personas». [120]

128. Es importante advertir cómo en la espiritualidad de La Colombière se produce una hermosa síntesis entre la rica y bella experiencia espiritual de santa Margarita y la contemplación tan concreta de los Ejercicios ignacianos. Él escribía al inicio de la Tercera Semana del mes de Ejercicios: «Dos cosas me han commovido sumamente y

me han tenido ocupado todo el tiempo. La primera es la disposición con que sale Jesucristo al encuentro de los que le buscan [...]. Su corazón está anegado en un mar de amarguras: todas las pasiones se han desencadenado en su interior, toda la naturaleza está desconcertada, y a través de estos desórdenes y de todas estas tentaciones, su Corazón va derecho a Dios, no da un paso en falso, no vacila en tomar el partido que la virtud y la más alta virtud le sugiere. [...] La segunda cosa es la disposición de este mismo Corazón con respecto a Judas, que le traicionaba; a los Apóstoles, que cobardemente le abandonaban; a los Sacerdotes y a los demás, que eran los autores de la persecución que sufría. Es cierto que todo ello no fue capaz de excitar en Él el menor resentimiento de odio ni de indignación [...]. Me represento, pues, a este Corazón sin hiel, sin acritud, lleno de verdadera ternura para con sus enemigos». [121]

San Carlos de Foucauld y santa Teresa del Niño Jesús

129. San Carlos de Foucauld y santa Teresa del Niño Jesús, sin pretenderlo, han reconfigurado algunos elementos de la devoción al Corazón de Cristo, ayudándonos a entenderla de un modo todavía más fiel al Evangelio. Veamos ahora cómo se expresó en sus vidas esta devoción. En el próximo capítulo volveremos a ellos para mostrar la originalidad de la dimensión misionera que ambos desarrollaron de modos diversos.

Iesus Caritas

130. En Louye, san Carlos de Foucauld hacía visitas al Santísimo con su prima, Madame de Bondy, y un día ella le señaló una imagen del Sagrado Corazón. [122] Esta prima fue fundamental en la conversión de Carlos, tal como él lo reconoce: «Puesto que Dios te ha hecho el primer instrumento de sus misericordias para conmigo, de ti proceden todas. Si tú no me hubieras convertido, llevado a Jesús y enseñado poco a poco, como letra a letra, todo lo que es piadoso y bueno, ¿estaría hoy donde estoy?». [123] Pero precisamente, lo que

ella despertó en él es la conciencia ardiente del amor de Jesús. Allí estaba todo, eso era lo más importante. Y esto se concentraba particularmente en la devoción al Corazón de Cristo, donde él encontraba la misericordia sin límites: «Esperemos en la misericordia infinita de aquel cuyo corazón tú me hiciste conocer». [124]

131. Luego su director espiritual, el abate Henri Huvelin, le ayudará a profundizar ese precioso misterio: «Este corazón bendito del que usted me habló tantas veces». [125] El 6 de junio de 1889, Carlos se consagró al Sagrado Corazón, donde él hallaba un amor absoluto. Él le dice a Cristo: «Me habéis colmado de tales beneficios, que me parece sería ingratitud para con vuestro corazón no creer que está dispuesto a colmarme de todo bien, por grande que sea, y que su amor y su liberalidad no tienen medida». [126] Él será el ermitaño «bajo el nombre del corazón de Jesús». [127]

132. El 17 de mayo de 1906, el mismo día en que fray Carlos, solo, ya no puede celebrar la misa, escribe que promete «dejar vivir en mí el corazón de Jesús para que ya no sea yo quien viva, sino el corazón de Jesús quien viva en mí, como vivía en Nazaret». [128] Su amistad con Jesús, corazón a corazón, no tenía nada de un devocionalismo intimista. Era la raíz de esa vida despojada de Nazaret con la cual Carlos quería imitar a Cristo y configurarse con él. Aquella tierna devoción al Corazón de Cristo tuvo consecuencias muy concretas en su estilo de vida y su Nazaret se alimentaba de esa relación tan personal con el Corazón de Cristo.

Santa Teresa del Niño Jesús

133. Al igual que san Carlos de Foucauld, santa Teresa del Niño Jesús respiró la enorme devoción que inundaba Francia en el siglo XIX. El sacerdote Almire Pichon era el director espiritual de su familia y se le consideraba un gran apóstol del Sagrado Corazón. Una hermana suya tomó el nombre religioso «María del Sagrado Corazón», y el monasterio al que la santa ingresó estaba dedicado al Sagrado Corazón. No obstante, su devoción tomó algunas características propias más allá de las formas como se expresaba en aquel momento.

134. Cuando tenía quince años encontró un modo de resumir su relación con Jesús: «Aquel cuyo corazón late al unísono con el mío». [129] Dos años después, cuando le hablaban de un Corazón coronado de espinas, ella agregaba en una carta: «Tú bien sabes que yo no veo al Sagrado Corazón como todo el mundo. Yo pienso que el corazón de mi Esposo es sólo para mí, como el mío es sólo para él, y por eso le hablo en la soledad de este delicioso corazón a corazón, a la espera de llegar a contemplarlo un día cara a cara». [130]

135. En una poesía ella expresó el sentido de su devoción, hecha más de amistad y confianza que de seguridad en los propios sacrificios:

«Yo quiero un corazón ardiente de ternura
que me sirva de apoyo sin jamás vacilar,
que todo lo ame en mí, incluso mi pobreza...,
que nunca me abandone, ni me olvide jamás. [...]
¡Yo necesito a un Dios de humanidad vestido,
que se haga hermano mío y que pueda penar! [...]
Sé que nuestras justicias y todos nuestros méritos
carecen de valor a tus divinos ojos [...]
por eso he escogido para mi purgatorio
tu amor consumidor, ¡Corazón de mi Dios!». [131]

136. Quizás el texto más importante para poder comprender el sentido de su devoción al Corazón de Cristo sea la carta que escribió, tres meses antes de morir, a su amigo Maurice Bellière: «Cuando veo a Magdalena adelantarse, en presencia de los numerosos invitados, y regar con sus lágrimas los pies de su Maestro adorado, a quien toca por primera vez, siento que su corazón ha comprendido los abismos de amor y de misericordia del corazón de Jesús y que, por más pecadora que sea, ese corazón de amor está dispuesto, no sólo a perdonarla, sino incluso a prodigarle los favores de su intimidad divina y a elevarla hasta las cumbres más altas de la contemplación. Querido hermanito, desde que se me ha concedido a mí también comprender el amor del corazón de Jesús, le confieso que él ha desterrado todo temor de mi corazón. El recuerdo de mis faltas me humilla y me lleva a no apoyarme nunca en mi propia

fuerza, que no es más que debilidad; pero sobre todo, ese recuerdo me habla de misericordia y de amor». [132]

137. Las mentes eticistas, que pretenden llevar un control de la misericordia y de la gracia, dirían que ella podía expresar esto porque era santa, pero que no podría afirmarlo una persona pecadora. De ese modo, quitan de la espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús su hermosa novedad que refleja el corazón del Evangelio. Lamentablemente, se ha vuelto frecuente en algunos círculos cristianos este intento de encerrar al Espíritu Santo en un esquema que les permita tener todo bajo su supervisión. Sin embargo, esta sabia doctora de la Iglesia les tapa la boca, y contradice directamente esa interpretación reductiva con estas palabras tan claras: «aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza; sé que toda esa multitud de ofensas sería como una gota de agua arrojada en una hoguera encendida». [133]

138. A sor María, que la elogiaba por su generoso amor a Dios dispuesto al martirio, ella le responde detenidamente en una carta que hoy es uno de los grandes hitos de la historia de la espiritualidad. Esta página debería ser leída mil veces por su hondura, claridad y belleza. Allí ayuda a la hermana «del Sagrado Corazón» a evitar concentrar esta devoción en un aspecto dolorista, ya que algunos entendían la reparación como una suerte de primacía de los sacrificios o de los cumplimientos moralistas. Ella, en cambio, resume todo en la confianza como la mejor ofrenda, agradable al Corazón de Cristo: «Mis deseos de martirio no son nada, no son ellos los que me dan la confianza ilimitada que siento en mi corazón. A decir verdad, las riquezas espirituales hacen injusto al hombre cuando se apoya en ellas con complacencia, creyendo que son algo grande. [...] Lo que le agrada es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia... Este es mi único tesoro [...] si deseas sentir alegría o atractivo por el sufrimiento, es tu propio consuelo lo que buscas [...]. Comprende que para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, más cerca se está de las operaciones de ese Amor consumidor y

transformante. [...] ¡Ay, cómo quisiera hacerte comprender lo que yo siento...! La confianza, y nada más que la confianza, puede conducirnos al amor». [134]

139. En muchos de sus textos se advierte su lucha contra formas de espiritualidad demasiado centradas en el esfuerzo humano, en el mérito propio, en el ofrecimiento de sacrificios, en determinados cumplimientos para «ganarse el cielo». Para ella, «el mérito no consiste en hacer mucho ni en dar mucho, sino más bien en recibir». [135] Leamos una vez más algunos de los textos tan significativos donde ella insiste en ese camino, que es un modo simple y rápido de ganar al Señor por el corazón.

140. Así escribe a su hermana Leonia: «Te aseguro que Dios es mucho mejor de lo que piensas. Él se conforma con una mirada, con un suspiro de amor... Y creo que la perfección es algo muy fácil de practicar, pues he comprendido que lo único que hay que hacer es ganar a Jesús por el corazón... Fíjate en un niñito que acaba de disgustar a su madre [...] si va a tenderle sus bracitos sonriendo y diciéndole: «Dame un beso, no lo volveré a hacer», ¿no lo estrechará su madre tiernamente contra su corazón, y olvidará sus travesuras infantiles...? Sin embargo, ella sabe muy bien que su pequeño volverá a las andadas en la primera ocasión; pero no importa: si vuelve a ganarla otra vez por el corazón, nunca será castigado». [136]

141. En una carta al padre Adolphe Roulland dice: «Mi camino es todo él de confianza y de amor, y no comprendo a las almas que tienen miedo de tan tierno amigo. A veces, cuando leo ciertos tratados espirituales en los que la perfección se presenta rodeada de mil estorbos y mil trabas, y circundada de una multitud de ilusiones, mi pobre espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro que me quiebra la cabeza y me diseca el corazón y tomo en mis manos la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso, una sola palabra abre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil: veo que basta con reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios». [137]

142. Y dirigiéndose al abate Maurice Bellière, a propósito de un padre de familia, expresa: «No creo que el corazón de ese padre afortunado pueda resistirse a la confianza filial de su hijo, cuya sinceridad y amor conoce. Sin embargo, no ignora que su hijo volverá a caer más de una vez en las mismas faltas, pero está dispuesto a perdonarle siempre si su hijo le vuelve a ganar una y otra vez por el corazón». [138]

Resonancias en la Compañía de Jesús

143. Hemos visto cómo san Claudio de La Colombière unía la experiencia espiritual de santa Margarita con la propuesta de los Ejercicios espirituales. Considero que el lugar del Sagrado Corazón en la historia de la Compañía de Jesús merece unas breves palabras.

144. La espiritualidad de la Compañía de Jesús siempre propuso un «conocimiento interno del Señor [...] para que más le ame y le siga». [139] San Ignacio nos invita en sus Ejercicios espirituales a situarnos frente al Evangelio, que nos narra que Jesús «herido con la lanza su costado, manó agua y sangre». [140] Cuando el ejercitante queda frente al costado herido de Cristo, Ignacio le propone entrar en el Corazón de Cristo. Este es un camino para madurar el propio corazón de la mano de un «maestro de los afectos», según la expresión que san Pedro Fabro usaba en una de sus cartas a san Ignacio. [141] Lo menciona también el jesuita Juan Alfonso de Polanco, en su biografía de san Ignacio, en la cual reconocía que «[el cardenal Contarini] había encontrado al Padre Ignacio como un maestro de los afectos». [142] Los coloquios que san Ignacio propone son parte esencial de esta educación del corazón, porque sentimos y gustamos con el corazón un mensaje del Evangelio y lo conversamos con el Señor. San Ignacio dice que podemos comunicarle nuestras cosas al Señor y pedirle consejo acerca de ellas. Cualquier ejercitante puede reconocer que en los Ejercicios hay un diálogo de corazón a corazón.

145. San Ignacio finaliza las contemplaciones al pie del Crucificado, invitando al ejercitante a dirigirse con mucho afecto al Señor crucificado y a preguntarle «como un amigo habla a otro, o un siervo a su

señor» qué debería hacer por él. [143] El itinerario de los Ejercicios culmina en la «Contemplación para alcanzar Amor», de la que brota el agradecimiento y la ofrenda de «la memoria, el entendimiento y la voluntad» al Corazón que es fuente y origen de todo bien. [144] Tal conocimiento interior del Señor no se construye con nuestras luces y esfuerzos, se pide como don.

146. Esta misma experiencia está detrás de una larga cadena de sacerdotes jesuitas que se han referido explícitamente al Corazón de Jesús, como san Francisco de Borja, san Pedro Fabro, san Alonso Rodríguez, el padre Álvarez de Paz, el padre Vicente Caraffa, el padre Kasper Družbicki y tantos otros. En 1883 los jesuitas declararon «que la Compañía de Jesús acepta y recibe con un espíritu desbordante de gozo y de gratitud, la suavísima carga que le ha confiado nuestro Señor Jesucristo de practicar, promover y propagar la devoción a su divinísimo Corazón». [145] En diciembre de 1871 el padre Pieter Jan Beckx consagró la Compañía al Sagrado Corazón de Jesús y, como señal de que seguía siendo parte actual de la vida de la Compañía, el padre Pedro Arrupe lo hizo nuevamente en 1972, con una convicción que se expresa en estas palabras: «Quiero decir a la Compañía algo que juzgo no debo callar. Desde mi noviciado, siempre he estado convencido de que en la llamada «Devoción al Sagrado Corazón» está encerrada una expresión simbólica de lo más profundo del espíritu ignaciano y una extraordinaria eficacia —ultra quam speraverint— tanto para la perfección propia como para la fecundidad apostólica. Ese convencimiento lo poseo aún. [...] En esta devoción tengo una de las fuentes más entrañables de mi vida interior». [146]

147. Cuando san Juan Pablo II invitó «a todos los miembros de la Compañía a que promuevan con mayor celo aún esta devoción que corresponde más que nunca a las esperanzas de nuestro tiempo» lo hizo porque reconocía los íntimos lazos que hay entre la devoción al Corazón de Cristo y la espiritualidad ignaciana, ya que el deseo de «conocer íntimamente al Señor» y de «mantener un diálogo» con él, corazón a corazón, «es característico, gracias a los ejercicios espirituales, del dinamismo espiritual y apostólico ignaciano, todo él al servicio del amor del Corazón de Dios». [147]

Una larga corriente de vida interior

148. La devoción al Corazón de Cristo reaparece en el camino espiritual de muchos santos muy diferentes entre sí y en cada uno de ellos esta devoción adquiere nuevos aspectos. San Vicente de Paúl, por dar un ejemplo, decía que lo que Dios quiere es el corazón: «Dios pide principalmente el corazón, el corazón, que es lo principal. ¿De dónde viene que uno que carezca de bienes merezca más que el que teniendo grandes posesiones, renuncia a ellas? De que el que no tiene nada, va con más afecto; y eso es lo que Dios quiere especialmente». [148] Esto implica aceptar que el propio corazón se una al de Cristo: «Una hermana que hace todo lo que puede para poner su corazón en disposición de unirse al de Nuestro Señor [...] ¡cuántas bendiciones puede esperar de Dios!». [149]

149. A veces tenemos la tentación de considerar este misterio de amor como un admirable hecho del pasado, como una bella espiritualidad de otros tiempos, y necesitamos recordar una y otra vez, como decía un santo misionero, que «este Corazón divino, que toleró ser atravesado por una lanza enemiga para derramar por esa sagrada abertura los Sacramentos con los que se formó la Iglesia, de ningún modo ha dejado de amar». [150] Otros santos más recientes como san Pío de Pietrelcina, santa Teresa de Calcuta y tantos más, hablan con sentida devoción sobre el Corazón de Cristo. Pero quisiera recordar también las experiencias de santa Faustina Kowalska que reproponen la devoción al Corazón de Cristo con un fuerte acento en la vida gloriosa del Resucitado y en la misericordia divina. De hecho, motivado por estas vivencias de la santa y bebiendo de la herencia espiritual del santo obispo Józef Sebastian Pelczar (1842-1924), [151] san Juan Pablo II conectaba íntimamente su reflexión sobre la misericordia con la devoción al Corazón de Cristo: «La Iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al Corazón de Cristo. En efecto, precisamente el acercarnos a Cristo en el misterio de su corazón, nos permite detenernos en este punto [...] de la revelación del amor misericordioso del Padre, que ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica

del Hijo del Hombre». [152] El mismo san Juan Pablo II, refiriéndose al Sagrado Corazón, reconoció de una manera muy personal: «Él me ha hablado desde mi juventud». [153]

150. La actualidad de la devoción al Corazón de Cristo se advierte particularmente en la acción evangelizadora y educativa de numerosas congregaciones religiosas femeninas y masculinas que han sido marcadas desde sus orígenes por esta experiencia espiritual cristo-lógica. Mencionarlas a todas sería una tarea interminable. Veamos sólo dos ejemplos tomados al azar: «El Fundador [san Daniel Comboni] ha encontrado en el misterio del Corazón de Jesús la fuerza para su compromiso misionero». [154] «Impulsadas por el amor del Corazón de Jesús, buscamos el crecimiento de las personas en su dignidad humana y como hijos e hijas de Dios, a partir del evangelio y de sus exigencias de amor, de perdón, de justicia y de solidaridad con los pobres y marginados». [155] Del mismo modo, los santuarios consagrados al Corazón de Cristo, esparcidos por el mundo, son un cautivante manantial de espiritualidad y de fervor. A todos los que de alguna manera participan de estos espacios de fe y caridad les hago llegar mi paternal bendición.

La devoción del consuelo

151. La herida del costado, de donde brota el agua viva, sigue abierta en el Resucitado. Esa gran herida producida por la lanza, y las llagas de la corona de espinas que suelen aparecer en las representaciones del Sagrado Corazón, son inseparables de esta devoción. Porque en ella se contempla el amor de Jesucristo que fue capaz de entregarse hasta el fin. El corazón del Resucitado mantiene estas señales de la entrega total que implicó un intenso sufrimiento por nosotros. Por eso resulta de algún modo inevitable que el creyente desee reaccionar, no solamente frente a ese gran amor, sino también ante el dolor que Cristo aceptó soportar por tanto amor.

Con Él en la Cruz

152. Vale la pena rescatar esa expresión de la experiencia espiritual desarrollada en torno al Corazón de Cristo: el deseo interior de darle un consuelo. No trataré ahora la práctica de la «reparación», que considero mejor situada en el contexto de la dimensión social de esta devoción, por lo cual la desarrollaré en el próximo capítulo. Ahora sólo quisiera concentrarme en ese deseo que muchas veces brota en el corazón del creyente enamorado cuando contempla el misterio de la pasión de Cristo y la vive como un misterio que no sólo se recuerda, sino que por la gracia se vuelve presente, o mejor, nos lleva a nosotros a estar místicamente presentes en ese momento redentor. Si el Amado es el más importante, entonces, ¿cómo no querer consolarle?

153. El Papa Pío XI intentó fundamentarlo invitándonos a reconocer que el misterio de la redención por la pasión de Cristo salta por la gracia de Dios todas las distancias del tiempo y del espacio, de modo que si él en la Cruz se entregaba también por los pecados futuros, los nuestros, de la misma manera nuestros actos ofrecidos hoy para su consuelo, traspasando los tiempos, llegaron a su Corazón herido: «Que si a causa también de nuestros pecados futuros, pero previstos, el alma de Cristo Jesús estuvo triste hasta la muerte, sin duda algún consuelo recibiría de nuestra reparación también futura, pero prevista, cuando el ángel del cielo (Lc 22, 43) se le apareció para consolar su Corazón oprimido de tristeza y angustias. Así, aún podemos y debemos consolar aquel Corazón sacratísimo, incesantemente ofendido por los pecados y la ingratitud de los hombres, por este modo admirable, pero verdadero». [156]

Las razones del corazón

154. Puede parecer que esta expresión de la devoción no tiene suficiente sustento teológico, sin embargo, el corazón tiene sus razones. El *sensus fidelium* intuye que aquí hay algo misterioso más allá de nuestra lógica humana, y que la pasión de Cristo no es un mero

hecho del pasado: podemos participar en ella desde la fe. Meditar la entrega de Cristo en la cruz, para la piedad de los fieles es algo mayor que un mero recuerdo. Esta convicción está sólidamente fundada en la teología. [157] A esto se une la conciencia del propio pecado, que él cargó sobre sus hombros heridos, y de la propia inadecuación frente a tanto amor, que siempre nos sobrepasa infinitamente.

155. De todos modos, nos preguntamos cómo es posible relacionarnos con el Cristo vivo, resucitado, plenamente feliz, y al mismo tiempo consolarlo en la pasión. Consideremos el hecho de que el Corazón resucitado conserva su herida como memoria constante, y que la acción de la gracia provoca una experiencia que no se contiene enteramente en el instante cronológico. Estas dos convicciones nos permiten admitir que estamos ante una vía mística que supera los intentos de la razón y expresa lo que la misma Palabra de Dios nos sugiere. «Mas —escribe el Papa Pío XI—, ¿cómo podrán estos actos de reparación consolar a Cristo, que dichosamente reina en los cielos? Respondemos con palabras de San Agustín: «Dame un corazón que ame y sentirá lo que digo». Un alma de veras amante de Dios, si mira al tiempo pasado, ve a Jesucristo trabajando, doliente, sufriendo durísimas penas «por nosotros los hombres y por nuestra salvación», tristeza, angustias, oprobios, «quebrantado por nuestras culpas» (Is 53, 5) y sanándonos con sus llagas. De todo lo cual tanto más hondamente se penetran las almas piadosas cuanto más claro ven que los pecados de los hombres en cualquier tiempo cometidos fueron causa de que el Hijo de Dios se entregase a la muerte». [158]

156. Esta enseñanza de Pío XI merece ser tenida en cuenta. Pues cuando la Escritura sostiene que los creyentes que no viven de acuerdo con su fe «por su cuenta vuelven a crucificar al Hijo de Dios» (Hb 6, 6), o que cuando soporta padecimientos por los demás «completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo» (Col 1, 24), o que Cristo en su pasión oró no solamente por sus discípulos de entonces sino «por los que, gracias a su palabra, creerán» (Jn 17, 20) en él, está diciendo algo que rompe nuestros esquemas

limitados. Nos muestra que no es posible establecer un antes y un después sin conexión alguna, aunque nuestro pensamiento no sepa cómo explicarlo. El Evangelio, en sus distintos aspectos, no es sólo para reflexionarlo o recordarlo, sino para vivirlo, tanto en las obras de amor como en la experiencia interior, y esto vale sobre todo para el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Las separaciones temporales que nuestra mente utiliza no parecen contener la verdad de esta experiencia creyente donde se funden la unión con Cristo sufriente y a la vez la potencia, el consuelo y la amistad que gozamos con el Resucitado.

157. Vemos ahora la unidad del Misterio pascual en sus dos aspectos inseparables que se iluminan entre sí. Ese único Misterio que se hace presente por la gracia en sus dos dimensiones, hace que al mismo tiempo que intentamos ofrecer algo a Cristo para su consuelo, nuestros propios sufrimientos se ven iluminados y transfigurados por la luz pascual del amor. Lo que sucede es que nosotros participamos de ese Misterio en nuestra vida concreta, porque antes Cristo mismo quiso participar de nuestra vida, quiso vivir anticipadamente como cabeza lo que viviría su cuerpo eclesial, tanto en las heridas como en los consuelos. Cuando vivimos en gracia de Dios, esta mutua participación se nos vuelve experiencia espiritual. En definitiva, es el Resucitado quien, con la acción de su gracia, hace posible que nos unamos misteriosamente a su pasión. Lo saben los corazones creyentes que viven el gozo de la resurrección, pero simultáneamente desean participar en el destino de su Señor. Están dispuestos a esa participación con los sufrimientos, los cansancios, las desilusiones y los temores que son parte de su vida. No viven tal Misterio en soledad, ya que estas llagas son igualmente participación en el destino del cuerpo místico de Cristo que camina en el santo pueblo de Dios y que lleva en sí el destino de Cristo en cada tiempo y lugar de la historia. La devoción del consuelo no es ahistorical o abstracta, se hace carne y sangre en el camino de la Iglesia.

La compunción

158. El inevitable deseo de consolar a Cristo, que parte del dolor de contemplar lo que sufrió por nosotros, se alimenta también en el reconocimiento sincero de nuestras esclavitudes, los apegos, las faltas de alegría en la fe, las búsquedas vanas, y, más allá de los pecados concretos, la no correspondencia del corazón a su amor y a su proyecto. Es una experiencia que nos purifica, porque el amor necesita la purificación de las lágrimas que al final nos dejan más sed de Dios y menos obsesión por nosotros mismos.

159. Así vemos que más hondo se vuelve el deseo de consolar al Señor mientras más se profundiza la compunción del corazón creyente, que «no es un sentimiento de culpa que nos tumba por tierra, no es el escrúpulo que paraliza, sino que es un agujón benéfico que quema por dentro y cura, porque el corazón, cuando ve el propio mal y se reconoce pecador, se abre, acoge la acción del Espíritu Santo, agua viva que lo sacude haciendo correr las lágrimas sobre el rostro. [...] No se trata de sentir lástima de uno mismo, como frecuentemente nos vemos tentados a hacer. [...] Tener lágrimas de compunción, en cambio, es arrepentirse seriamente de haber entrustecido a Dios con el pecado; es reconocer estar siempre en deuda y no ser nunca acreedores [...]. Como una gota excava la piedra, así las lágrimas excavan lentamente los corazones endurecidos. Se asiste de esta manera al milagro de la tristeza, de la buena tristeza que lleva a la dulzura. [...] La compunción no es el fruto de nuestro trabajo, sino que es una gracia y como tal ha de pedirse en la oración». [159] Es «demandar [...] dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí». [160]

160. Por consiguiente, ruego que nadie se burle de las expresiones de fervor creyente del santo pueblo fiel de Dios, que en su piedad popular intenta consolar a Cristo. E invito a cada uno a preguntarse si no hay más racionalidad, más verdad y más sabiduría en ciertas manifestaciones de ese amor que busca consolar al Señor que

en los fríos, distantes, calculados y mínimos actos de amor de los que somos capaces aquellos que pretendemos poseer una fe más reflexiva, cultivada y madura.

Consolados para consolar

161. En esta contemplación del Corazón de Cristo entregado hasta el extremo somos consolados nosotros. El dolor que sentimos en el corazón abre paso a la confianza plena y finalmente lo que queda es gratitud, ternura, paz; queda su amor reinando en nuestra vida. La compunción «no provoca angustia, sino que aligera el alma de las cargas, porque actúa en la herida del pecado, disponiéndonos a recibir precisamente allí la caricia del Señor». [161] Y nuestro dolor se une al dolor de Cristo en la cruz, pues cuando decimos que la gracia nos permite saltar todas las distancias, esto significa además que Cristo, cuando sufría, se unía a todos los sufrimientos de sus discípulos a lo largo de la historia. De ese modo, si sufrimos, podemos vivir el consuelo interior de saber que el mismo Cristo sufre con nosotros. Deseando consolarle, salimos consolados.

162. Pero en algún momento de esta contemplación del corazón creyente, debe resonar aquel dramático reclamo del Señor: «¡Consuelen, consuelen a mi pueblo!» (Is 40, 1). Y nos vienen a la memoria las palabras de san Pablo, que nos recuerda que Dios nos consuela «para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios» (2Co 1, 4).

163. Esto nos invita ahora a tratar de ahondar en la dimensión comunitaria, social y misionera de toda auténtica devoción al Corazón de Cristo. Porque al mismo tiempo que el Corazón de Cristo nos lleva al Padre, nos envía a los hermanos. En los frutos de servicio, fraternidad y misión que el Corazón de Cristo produce a través de nosotros se cumple la voluntad del Padre. De este modo se cierra el círculo: «La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den fruto abundante» (Jn 15, 8).

V. **AMOR POR AMOR**

164. En las experiencias espirituales de santa Margarita María, junto a la ardiente declaración de amor de Jesucristo, encontramos también una resonancia interior que interpela a dar la vida. Sabernos amados y depositar toda la confianza en ese amor no significa anular todas nuestras capacidades de entrega, no implica renunciar al imparable deseo de dar alguna respuesta desde nuestras pequeñas y limitadas capacidades.

Un lamento y un pedido

165. A partir de la segunda gran manifestación a santa Margarita, Jesús expresa el dolor porque su gran amor a los hombres no recibe a cambio «por procurar su bien, sino frialdad y repulsas [...] ingratitudes y desprecios. Esto —dice el Señor— me es mucho más sensible, que cuanto he sufrido en mi pasión». [162]

166. Jesús habla de su sed de ser amado, nos muestra que no es indiferente a su Corazón la reacción que nosotros tengamos ante su deseo: «Tengo sed, pero una sed tan ardiente de ser amado de los hombres en el Santísimo Sacramento, que esta sed me consume; y no hallo nadie que se esfuerce, según mi deseo, en apagármela, correspondiendo de alguna manera a mi amor». [163] El pedido de Jesús es amor. Cuando el corazón creyente lo descubre, la respuesta que brota espontáneamente no consiste en una pesada búsqueda de sacrificios o en el mero cumplimiento de un pesado deber, es cuestión de amor: «Recibí de Dios gracias excesivas de su amor, y sintiéndome movida del deseo de corresponderle en algo y rendirle amor por amor». [164] Así enseña León XIII, escribiendo que, mediante la imagen del Sagrado Corazón, la caridad de Cristo «nos incita a devolverle amor por amor». [165]

Prolongar su amor en los hermanos

167. Necesitamos volver a la Palabra de Dios para reconocer que la mejor respuesta al amor de su Corazón es el amor a los hermanos, no hay mayor gesto que podamos ofrecerle para devolver amor por amor. La Palabra de Dios lo dice con total claridad:

«Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25, 40).

«Toda la Ley está resumida plenamente en este precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Ga 5, 14).

«Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la Vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte» (1Jn 3, 14).

«¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?» (1Jn 4, 20).

168. El amor a los hermanos no se fabrica, no es resultado de nuestro esfuerzo natural, sino que requiere una transformación de nuestro corazón egoísta. Entonces nace de una forma espontánea la célebre súplica: «Jesús, haz nuestro corazón semejante al tuyo». Por esta misma razón, la invitación de san Pablo no era: «esfuércense por hacer obras buenas». Su invitación era más precisamente: «Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Flp 2, 5).

169. Es bueno recordar que en el Imperio romano muchas personas pobres, forasteros y tantos otros descartados, encontraban en los cristianos respeto, cariño y cuidado. Esto explica el razonamiento del emperador apóstatas Juliano, quien se preguntaba por qué los cristianos eran tan respetados y seguidos, y consideraba que una de las razones era su tarea de asistencia a los pobres y a los forasteros, dado que el Imperio los ignoraba y despreciaba. Para este emperador era intolerable que sus pobres no recibiesen ayuda de parte suya, mientras los odiados cristianos «alimentan a los suyos, y además a los nuestros». [166] En la carta se detiene especialmente en la

orden de crear instituciones de beneficencia para competir con los cristianos y atraer el respeto de la sociedad: «Abre en todas las ciudades numerosos albergues, para que los extranjeros puedan gozar de nuestra humanidad [...]. Acostumbra a los helenos a los actos de beneficencia». [167] Pero no logró su objetivo, seguramente porque detrás de estas obras no había algo semejante al amor cristiano que permitía reconocer a cada persona una dignidad única.

170. Identificándose con los más pequeños de la sociedad (cf. Mt 25, 31-46), «Jesús aportó la gran novedad del reconocimiento de la dignidad de toda persona, y también, y sobre todo, de aquellas personas que eran calificadas de «indignas». Este nuevo principio de la historia humana, por el que el ser humano es más «digno» de respeto y amor cuanto más débil, miserable y sufriente, hasta el punto de perder la propia «figura» humana, ha cambiado la faz del mundo, dando lugar a instituciones que se ocupan de personas en condiciones inhumanas: los neonatos abandonados, los huérfanos, los ancianos en soledad, los enfermos mentales, personas con enfermedades incurables o graves malformaciones y aquellos que viven en la calle». [168]

171. Aun desde el punto de vista de la herida de su Corazón, la mirada dirigida al Señor, que «tomó nuestras debilidades y cargó sobre sí nuestras enfermedades» (Mt 8, 17), nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las carencias de los demás, nos hace fuertes para participar en su obra de liberación, como instrumentos para la difusión de su amor. [169] Si contemplamos la entrega de Cristo por todos, se nos vuelve inevitable preguntarnos por qué no somos capaces de dar la vida por los demás: «En esto hemos conocido el amor: en que él entregó su vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (1Jn 3, 16).

Algunas resonancias en la historia de la espiritualidad

172. Esta unión entre la devoción al Corazón de Jesús y el compromiso con los hermanos atraviesa la historia de la espiritualidad cristiana. Veamos algunos ejemplos.

Ser una fuente para los demás

173. A partir de Orígenes, varios Padres de la Iglesia interpretaron el texto de Juan 7, 38 —«de su seno brotarán manantiales de agua viva»— como referido al mismo creyente, aunque es la consecuencia de que él mismo ha bebido de Cristo. De este modo la unión con Cristo no se orienta sólo a saciar la propia sed sino a convertirnos en una fuente de agua fresca para los demás. Decía Orígenes que Cristo cumple su promesa haciendo brotar de nosotros corrientes de agua: «El alma del ser humano, que es a imagen de Dios, puede contener en sí y producir de sí pozos, fuentes y ríos». [170]

174. San Ambrosio recomendaba beber de Cristo «para que abunde en ti la fuente de agua que salta a la vida eterna». [171] Y Mario Victorino sostenía que el Espíritu Santo se dona con tal abundancia que «quien lo recibe se convierte en un seno que derrama ríos de agua viviente». [172] San Agustín decía que este río que brota del creyente es la benevolencia. [173] Santo Tomás de Aquino reafirmaba esta idea sosteniendo que cuando alguien «se apresura a comunicar a otros diversos dones de la gracia que recibió de Dios, agua viva fluye de su seno». [174]

175. Porque, si bien «el sacrificio de la cruz, ofrecido con corazón amante y obediente, presenta una satisfacción sobreabundante e infinita por los pecados del género humano», [175] la Iglesia, que nace del Corazón de Cristo, prolonga y comunica en todos los tiempos y en todas partes los efectos de esa única pasión redentora, que orientan a las personas a la unión directa con el Señor.

176. En el seno de la Iglesia, la mediación de María, intercesora y madre, sólo se entiende «como una participación de esta única fuente que es la mediación de Cristo mismo», [176] el único Redentor, y «la Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María». [177] La devoción al corazón de María no pretende debilitar la única adoración debida al Corazón de Cristo, sino estimularla: «La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien

sirve para demostrar su poder». [178] Gracias al inmenso manantial que mana del costado abierto de Cristo, la Iglesia, María y todos los creyentes, de diferentes maneras, se convierten en canales de agua viva. Así Cristo mismo despliega su gloria en nuestra pequeñez.

Fraternidad y mística

177. San Bernardo, al mismo tiempo que invitaba a la unión con el Corazón de Cristo, aprovechaba la riqueza de esta devoción para proponer un cambio de vida fundado en el amor. Él creía que era posible una transformación de la afectividad, esclavizada por los placeres, que no se libera por la obediencia ciega a un mandato sino en una respuesta a la dulzura del amor de Cristo. El mal se supera con el bien, el mal se vence con el crecimiento del amor: «Ama, pues, al Señor, tu Dios, con el afecto de un corazón lleno y entero; ámale con toda la sabiduría y vigilancia de la razón; ámale con todas las fuerzas del espíritu, de suerte que no temas ni siquiera el morir por amor suyo [...]. Sea el Señor Jesús para tu afecto un objeto de dulzura, a fin de destruir la dulzura criminal de los placeres de la vida carnal: una dulzura supere a la otra, como un clavo expulsa a otro clavo». [179]

178. San Francisco de Sales se dejaba iluminar especialmente por el pedido de Jesús: «Aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón» (Mt 11, 29). De este modo, decía, en las cosas más simples y ordinarias le robamos el corazón al Señor: «Hay que tener cuidado de servirle en cosas grandes y altas y en pequeñas y abyertas, pues con unas y con otras podemos arrebatarle el corazón mediante el amor. [...] Tantos leves detalles de caridad ordinarios, ese dolor de cabeza o de muelas, una indisposición, la palabra desabrida del marido o de la esposa, la rotura de un cristal, un desprecio o una burla, la pérdida de los guantes, de un anillo, de un pañuelo, la insignificante molestia que supone ir a acostarse temprano o levantarse al alba para hacer oración antes de comulgar, la vergüenza que se siente al cumplir con ciertos deberes de piedad públicamente; en una palabra, todos los sufrimientos recibidos y practicados con amor agrandan mucho a la Bondad Divina». [180] Pero, en definitiva, la clave de nuestra respuesta

al amor del Corazón de Cristo es el amor al prójimo: «un amor firme, constante, invariable, que, no deteniéndose en nimiedades, ni en las cualidades o condiciones de las personas, no está sujeto a cambios ni a las animadversiones [...]. Nuestro Señor nos ama sin interrupción [...], soporta tanto nuestros defectos como nuestras imperfecciones; [...] es pues preciso que hagamos lo mismo con respecto a nuestros hermanos, no cansándonos nunca de soportarlos». [181]

179. San Carlos de Foucauld quería imitar a Jesucristo, vivir como él, actuar como él actuaba, hacer siempre lo que Jesús habría hecho en su lugar. Para que este objetivo se cumpliera en plenitud, necesitaba conformarse con los sentimientos del Corazón de Cristo. Así aparecía una vez más la expresión «amor por amor», cuando decía: «Deseo de sufrimientos, para devolverle amor por amor, para imitarle, [...] para compartir su obra, ofrecerme a Él todo, la nada que yo soy, en sacrificio, en víctima, por la santificación de los hombres». [182] El deseo de llevar el amor de Jesús, su tarea misionera entre los más pobres y olvidados de la tierra, le llevó a tomar por divisa Iesu Caritas, con el símbolo del Corazón de Cristo con una cruz clavada. [183] No era una decisión superficial: «Con todas mis fuerzas trato de mostrar y de probar a estos pobres hermanos extraviados que nuestra religión es toda caridad, toda fraternidad, que su emblema es un corazón». [184] Y él quería establecerse con otros hermanos «en Marruecos en el nombre del corazón de Jesús». [185] De este modo, su tarea evangelizadora sería una irradiación: «La caridad ha de irradiar de las fraternidades, como irradia del corazón de Jesús». [186] Este deseo lo convirtió poco a poco en un hermano universal, porque, dejándose modelar por el Corazón de Cristo, quería albergar a la totalidad de la humanidad doliente en su corazón fraternal: «Nuestro corazón, como el de la Iglesia, como el de Jesús, ha de abrazar a todos los hombres». [187] «El amor del corazón de Jesús para con los hombres, el amor que muestra en su pasión, ése es el que nosotros hemos de tener para con todos los humanos». [188]

180. El abate Henri Huvelin, director espiritual de san Carlos de Foucauld, decía que «cuando nuestro Señor vive en un corazón, le da

estos sentimientos, y este corazón se abaja hacia los pequeños. Tal fue la disposición del corazón de un Vicente de Paúl [...]. Cuando nuestro Señor vive en un alma de sacerdote lo inclina hacia los pobres». [189] Es importante advertir cómo esta entrega de san Vicente, que describe el padre Huvelin, también estaba alimentada por la devoción al Corazón de Cristo. Vicente exhortaba a «tomar del corazón de Nuestro Señor algunas palabras de consuelo» [190] para el pobre enfermo. Para que esto sea real supone que el propio corazón haya sido transformado por el amor y la mansedumbre del Corazón de Cristo, y san Vicente repetía mucho esta convicción en sus sermones y consejos, hasta el punto de convertirse en un aspecto destacable de las Constituciones de su Congregación: «Todos pondrán también sumo empeño en aprender esta lección que nos enseñó Jesucristo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón», teniendo en cuenta que, según Él mismo lo dice, con la mansedumbre se posee la tierra, porque con la práctica de esta virtud se ganan los corazones de los hombres para convertirlos a Dios, lo cual no pueden conseguir los que se portan con el prójimo de una manera dura y áspera». [191]

La reparación: construir sobre las ruinas

181. Todo lo dicho nos permite comprender, a la luz de la Palabra de Dios, cuál es el sentido que debemos dar a la «reparación» que se ofrece al Corazón de Cristo, qué es lo que realmente el Señor espera que reparemos con la ayuda de su gracia. Se ha discutido mucho al respecto, pero san Juan Pablo II ha ofrecido una respuesta clara para orientarnos a los cristianos de hoy hacia un espíritu de reparación en mayor sintonía con el Evangelio.

Sentido social de la reparación al Corazón de Cristo

182. San Juan Pablo II explicó que, entregándonos junto al Corazón de Cristo, «sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la tan deseada civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo»; esto ciertamente implica que seamos capaces

de «unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo»; pues bien, «esta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador». [192] Junto con Cristo, sobre las ruinas que nosotros dejamos en este mundo con nuestro pecado, se nos llama a construir una nueva civilización del amor. Eso es reparar como lo espera de nosotros el Corazón de Cristo. En medio del desastre que ha dejado el mal, el Corazón de Cristo ha querido necesitar nuestra colaboración para reconstruir el bien y la belleza.

183. Es cierto que todo pecado daña a la Iglesia y a la sociedad, por lo que «se puede atribuir a cada pecado el carácter de pecado social», aunque esto vale sobre todo para algunos pecados que «constituyen, por su mismo objeto, una agresión directa contra el prójimo». [193] San Juan Pablo II explicaba que la repetición de estos pecados contra los demás muchas veces termina consolidando una «estructura de pecado» que llega a afectar el desarrollo de los pueblos. [194] Muchas veces esto se inserta en una mentalidad dominante que considera normal o racional lo que no es más que egoísmo e indiferencia. Este fenómeno se puede definir «alienación social»: «Está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y de consumo, hace más difícil la realización de esta donación y la formación de esta solidaridad interhumana». [195] No es sólo una norma moral lo que nos mueve a resistir ante estas estructuras sociales alienadas, desnudarlas y propiciar un dinamismo social que restaure y construya el bien, sino que es la misma «conversión del corazón» la que «impone la obligación» [196] de reparar esas estructuras. Es nuestra respuesta al Corazón amante de Jesucristo que nos enseña a amar.

184. Precisamente porque la reparación evangélica posee este fuerte sentido social, nuestros actos de amor, de servicio, de reconciliación, para que sean eficazmente reparadores, requieren que Cristo los impulse, los motive, los haga posibles. Decía también san Juan Pablo II que «para construir la civilización del amor» la humanidad actual tiene necesidad del Corazón de Cristo. [197] La reparación cristiana no se puede entender sólo como un conjunto de obras externas, que

son indispensables y a veces admirables. Esta exige una mística, un alma, un sentido que le otorgue fuerza, empuje, creatividad incansable. Necesita la vida, el fuego y la luz que proceden del Corazón de Cristo.

Reparar los corazones heridos

185. Por otra parte, tampoco le basta al mundo, ni al Corazón de Cristo, una reparación meramente externa. Si cada uno piensa en sus propios pecados y en sus consecuencias en los demás, descubrirá que reparar el daño hecho a este mundo implica además el deseo de reparar los corazones lastimados, allí donde se produjo el daño más profundo, la herida más dolorosa.

186. Un espíritu de reparación «nos invita a esperar que toda herida pueda sanar, aunque sea profunda. La reparación completa parece a veces imposible, cuando las posesiones o los seres queridos se pierden permanentemente, o cuando determinadas situaciones se han vuelto irreversibles. Pero la intención de reparar y de hacerlo concretamente es esencial para el proceso de reconciliación y el retorno de la paz al corazón». [198]

La belleza de pedir perdón

187. No basta la buena intención, es indispensable un dinamismo interior de deseo que provoque consecuencias externas. En definitiva «la reparación, para ser cristiana, para tocar el corazón de la persona ofendida y no ser un simple acto de justicia comutativa, presupone dos actitudes exigentes: reconocerse culpable y pedir perdón [...]. Es de este reconocimiento honesto del daño causado al hermano, y del sentimiento profundo y sincero de que el amor ha sido herido, que nace el deseo de reparar». [199]

188. No se debe pensar que el reconocimiento del propio pecado ante los demás es algo degradante o dañino para nuestra dignidad humana. Al contrario, es dejar de mentirse a sí mismo, es reconocer

la propia historia tal cual es, marcada por el pecado, especialmente cuando hemos hecho daño a los hermanos: «Acusarse a sí mismo es parte de la sabiduría cristiana. [...] Esto le gusta al Señor, porque el Señor recibe el corazón contrito». [200]

189. Parte de este espíritu de reparación es el hábito de pedir perdón a los hermanos, que hace presente una enorme nobleza en medio de nuestra fragilidad. Pedir perdón es un modo de sanar las relaciones porque «reabre el diálogo y demuestra el deseo de restablecer el vínculo en la caridad fraterna [...] , toca el corazón del hermano, lo consuela y le inspira la aceptación del perdón solicitado. Así, si lo irreparable no puede repararse del todo, el amor siempre puede renacer, haciendo soportable la herida». [201]

190. Un corazón capaz de compungirse puede crecer en la fraternidad y la solidaridad, porque «quien no llora retrocede, envejece por dentro, mientras que quien alcanza una oración más sencilla e íntima, hecha de adoración y commoción ante Dios, madura. Se liga menos a sí mismo y más a Cristo, y se hace pobre de espíritu. De ese modo se siente más cercano a los pobres, los predilectos de Dios». [202] Por consiguiente, brota un auténtico espíritu de reparación, ya que «quien se compunge de corazón se siente más hermano de todos los pecadores del mundo, se siente más hermano sin un atisbo de superioridad o de aspereza de juicio, sino siempre con el deseo de amar y reparar». [203] Esta solidaridad que genera la compunción al mismo tiempo hace posible la reconciliación. La persona que es capaz de compungirse, «en vez de enfadarse o escandalizarse por el mal que cometen los hermanos, llora por sus pecados. No se escandaliza. Se realiza entonces una especie de vuelco, donde la tendencia natural a ser indulgentes consigo mismo e inflexibles con los demás se invierte y, por gracia de Dios, uno se vuelve severo consigo mismo y misericordioso con los demás». [204]

La reparación: una prolongación para el Corazón de Cristo

191. Hay otro modo complementario de entender la reparación, que nos permite colocarla en una relación aún más directa con el Corazón de Cristo, sin excluir de esa reparación el compromiso concreto con los hermanos del cual hemos hablado.

192. En otro contexto he afirmado que Dios «de algún modo, quiso limitarse a sí mismo» y «muchas cosas que nosotros consideramos males, peligros o fuentes de sufrimiento, en realidad son parte de los dolores de parto que nos estimulan a colaborar con el Creador». [205] Nuestra cooperación puede permitir que el poder y el amor de Dios se difundan en nuestras vidas y en el mundo, y el rechazo o la indiferencia pueden impedirlo. Algunas expresiones bíblicas lo manifiestan metafóricamente, como cuando el Señor reclama: «Si quieres volver, Israel [...] vuélvete a mí» (Jr 4, 1). O cuando dice, frente a los rechazos de su pueblo: «Mi corazón se subleva contra mí y se enciende toda mi ternura» (Os 11, 8).

193. Aunque no sea posible hablar de un nuevo sufrimiento del Cristo glorioso, «el misterio pascual de Cristo [...] y todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente» [206]. De ese modo, podemos decir que él mismo ha aceptado limitar la gloria expansiva de su resurrección, contener la difusión de su inmenso y ardiente amor para dejar lugar a nuestra libre cooperación con su Corazón. Esto es tan real que nuestro rechazo lo detiene en ese impulso donativo, así como nuestra confianza y la ofrenda de nosotros mismos abre un espacio, ofrece un canal libre de obstáculos al derramamiento de su amor. Nuestro rechazo o nuestra indiferencia limitan los efectos de su poder y la fecundidad de su amor en nosotros. Si él no encuentra en mí confianza y apertura, su amor se ve privado —porque él mismo así lo ha querido— de su prolongación en mi vida que es única e irrepetible, y en el mundo donde él me llama a hacerlo presente. Esto no proviene de una fragilidad suya sino de

su infinita libertad, de su paradójico poder y de la perfección de su amor por cada uno de nosotros. Cuando la omnipotencia de Dios se muestra en esa debilidad de nuestra libertad, «sólo la fe puede descubrirla». [207]

194. De hecho, santa Margarita María narró que, en una de las manifestaciones de Cristo, él le habló de su Corazón apasionado de amor por nosotros, que «no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su caridad ardiente, le es preciso comunicarlas». [208] Puesto que el Señor, que todo lo puede, en su divina libertad ha querido necesitar de nosotros, la reparación se entiende como liberar los obstáculos que ponemos a la expansión del amor de Cristo en el mundo, con nuestras faltas de confianza, gratitud y entrega.

La ofrenda al Amor

195. Para reflexionar mejor sobre este misterio, nos ayuda nuevamente la luminosa espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús. Ella sabía que algunas personas habían desarrollado una forma extrema de reparación, con la buena voluntad de entregarse por los demás, que consistía en ofrecerse como una especie de «pararrayos» de manera que la justicia divina se realizara: «Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios para desviar y atraer sobre sí mismas los castigos reservados a los culpables». [209] Pero, por más admirable que esa ofrenda pudiera parecer, a ella no le convencía demasiado: «Yo estaba lejos de sentirme inclinada a hacerla». [210] Esta insistencia en la justicia divina finalmente inducía a pensar que el sacrificio de Cristo era incompleto o parcialmente eficaz, o que su misericordia no era suficientemente intensa.

196. Con su intuición espiritual santa Teresa del Niño Jesús descubrió que hay otra forma de ofrendarse a sí mismo, donde no hay necesidad de saciar la justicia divina sino de permitir al amor infinito del Señor difundirse sin obstáculos: «¡Oh, Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón? Creo que si encontraras almas que se ofreciesen como víctimas de holo-

causto a tu amor, las consumirías rápidamente. Creo que te sentirías feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti». [211]

197. No hay nada que agregar al único sacrificio redentor de Cristo, pero es verdad que el rechazo de nuestra libertad no le permite al Corazón de Cristo dilatar en este mundo sus «oleadas de infinita ternura». Y esto es así porque el mismo Señor quiere respetar esta posibilidad. Eso, más que la justicia divina, es lo que inquietaba el corazón de santa Teresa del Niño Jesús, ya que para ella la justicia sólo se comprende a la luz del amor. Vimos que ella adoraba todas las perfecciones divinas a través de la misericordia, y así las veía transfiguradas, radiantes de amor. Decía: «Incluso la justicia (y quizás ésta más aún que todas las demás) me parece revestida de amor». [212]

198. Así nace su acto de ofrenda, no a la justicia divina, sino al Amor misericordioso: «Me ofrezco como víctima de holocausto a tu Amor misericordioso, y te suplico que me consumas sin cesar, haciendo que se desborden sobre mi alma las olas de ternura infinita que se encierran en ti, y que de esa manera llegue yo a ser mártir de tu amor, Dios mío». [213] Es importante advertir que no se trata sólo de permitir que el Corazón de Cristo extienda la belleza de su amor en el propio corazón, a través de una confianza total, sino también que a través de la propia vida llegue a los demás y transforme el mundo: «En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor [...] ¡¡ Así mi sueño se verá hecho realidad....!!!». [214] Los dos aspectos están inseparablemente unidos.

199. El Señor aceptó su ofrenda. Vemos que tiempo después ella misma expresó un intenso amor por los demás y sostuvo que procedía del Corazón de Cristo que se prolongaba a través de ella. Así, le decía a su hermana Leonia: «Te quiero mil veces más tiernamente de lo que se quieren las hermanas normales y corrientes, ya que yo puedo amarte con el Corazón de nuestro Esposo celestial». [215] Un tiempo después dijo a Maurice Bellière: «¡Cómo me gustaría hacerle comprender la ternura del Corazón de Jesús y lo que él espera de usted!». [216]

Integridad y armonía

200. Hermanas y hermanos, propongo que desarrollemos esta forma de reparación, que es, en definitiva, ofrendar al Corazón de Cristo una nueva posibilidad de difundir en este mundo las llamas de su ardiente ternura. Si es verdad que la reparación implica el deseo de «compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado con la ofensa» [217], el camino más adecuado es que nuestro amor regale al Señor una posibilidad de expandirse por aquellas veces en que esto le fue rechazado o negado. Esto ocurre si se va más allá del mero «consuelo» a Cristo del cual hablamos en el capítulo anterior, y se convierte en actos de amor fraternal con los cuales curamos las heridas de la Iglesia y del mundo. De ese modo ofrecemos nuevas expresiones al poder restaurador del Corazón de Cristo.

201. Las renuncias y sufrimientos que exijan estos actos de amor al prójimo nos unen a la pasión de Cristo, y padeciendo con Cristo en «aquella crucifixión mística de que habla el Apóstol, tantos más abundantes frutos de propiciación y de expiación para nosotros y para los demás percibiremos». [218] Sólo Cristo salva con su entrega en la Cruz por nosotros, sólo él redime, porque hay «un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo, hombre él también, que se entregó a sí mismo para rescatar a todos» (1Tm 2, 5-6). La reparación que ofrecemos es una participación que aceptamos libremente en su amor redentor y en su único sacrificio. Así completamos en nuestra carne «lo que falta a los padecimientos de Cristo, para bien de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24) y es el mismo Cristo quien prolonga a través de nosotros los efectos de su entrega total por amor.

202. Muchas veces los sufrimientos tienen que ver con el propio ego herido, pero es precisamente la humildad del Corazón de Cristo la que nos indica el camino del abajamiento. Dios ha querido llegar a nosotros anonadándose, empequeñeciéndose. Ya lo enseña el Antiguo Testamento a través de distintas metáforas que muestran a un

Dios que entra en las pequeñeces de la historia y se deja rechazar por su pueblo. Su amor se entremezcla en la vida cotidiana del pueblo amado y se vuelve mendigo de una respuesta, como pidiendo permiso para mostrar su gloria. Por otra parte, «quizá una sola vez el Señor Jesús nos ha llamado con sus palabras al propio corazón. Y ha puesto de relieve este único rasgo: «mansedumbre y humildad». Como si quisiera decir que sólo por este camino quiere conquistar al hombre». [219] Cuando Cristo dijo: «aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón» (Mt 11, 29) nos indicó que «para expresarse necesita nuestra pequeñez, nuestro abajamiento». [220]

203. En lo que hemos dicho es importante advertir distintos aspectos inseparables, porque esas acciones de amor al prójimo, con todas las renuncias, negaciones de uno mismo, sufrimientos y cansancios que impliquen, cumplen esta función cuando están alimentadas por la caridad del mismo Cristo. Él nos permite amar como él amó y así él mismo ama y sirve a través de nosotros. Si por una parte él parece empequeñecerse, anonadarse, ya que ha querido mostrar su amor por medio de nuestros gestos, por otra parte, en las más sencillas obras de misericordia, su Corazón es glorificado y manifiesta toda su grandeza. Un corazón humano que hace espacio al amor de Cristo a través de la confianza total y le permite expandirse en la propia vida con su fuego, se vuelve capaz de amar a los demás como Cristo, haciéndose pequeño y cercano a todos. Así Cristo sacia su sed y difunde gloriosamente en nosotros y a través de nosotros las llamas de su ardiente ternura. Advirtamos la hermosa armonía que hay en todo esto.

204. Finalmente, para comprender esta devoción en toda su riqueza, es necesario agregar, retomando lo que hemos dicho sobre su dimensión trinitaria, que la reparación de Cristo como ser humano se ofrece al Padre por obra del Espíritu Santo en nosotros. Por lo tanto, nuestra reparación al Corazón de Cristo en último término se dirige al Padre, que se complace en vernos unidos a Cristo cuando nos ofrecemos por él, con él y en él.

Enamorar al mundo

205. La propuesta cristiana es atractiva cuando se la puede vivir y manifestar en su integralidad; no como un simple refugio en sentimientos religiosos o en cultos fastuosos. ¿Qué culto sería para Cristo si nos conformáramos con una relación individual sin interés por ayudar a los demás a sufrir menos y a vivir mejor? ¿Acaso podrá agradar al Corazón que tanto amó que nos quedemos en una experiencia religiosa íntima, sin consecuencias fraternas y sociales? Seamos sinceros y leamos la Palabra de Dios en toda su integralidad. Pero por esta misma razón decimos que tampoco se trata de una promoción social vacía de significado religioso, que en definitiva sería querer para el ser humano menos de lo que Dios quiere darle. Por eso necesitamos culminar este capítulo recordando la dimensión misionera de nuestro amor al Corazón de Cristo.

206. San Juan Pablo II, además de hablar de la dimensión social de la devoción al Corazón de Cristo, se refirió a «la reparación, que es cooperación apostólica a la salvación del mundo». [221] Del mismo modo, la consagración al Corazón de Cristo «se ha de poner en relación con la acción misionera de la Iglesia misma, porque responde al deseo del Corazón de Jesús de propagar en el mundo, a través de los miembros de su Cuerpo, su entrega total al Reino». [222] Por consiguiente, a través de los cristianos «el amor se derramará en el corazón de los hombres, para edificar el cuerpo de Cristo que es la Iglesia y construir una sociedad de justicia, paz y fraternidad». [223]

207. La prolongación de las llamas de amor del Corazón de Cristo ocurre también en la tarea misionera de la Iglesia, que lleva el anuncio del amor de Dios manifestado en Cristo. Lo enseñaba muy bien san Vicente de Paúl cuando invitaba a sus discípulos a pedir al Señor «ese corazón, ese corazón que nos hace ir a cualquier parte, ese corazón del Hijo de Dios, el corazón de nuestro Señor, que nos dispone a ir como él iría [...] y nos envía a nosotros como a ellos [los apóstoles], para llevar a todas partes su fuego». [224]

208. San Pablo VI, dirigiéndose a las congregaciones que propagaban la devoción al Sagrado Corazón, recordaba que «el ardor pastoral y misionero se inflama principalmente en los sacerdotes y en los fieles, para trabajar por la gloria divina, cuando mirando el ejemplo de aquella inmensa caridad que nos mostró Cristo, consagran todo su esfuerzo a comunicar a todos los inagotables tesoros de Cristo». [225] A la luz del Sagrado Corazón la misión se convierte en una cuestión de amor, y el mayor riesgo en esa misión es que se digan y se hagan muchas cosas pero no se logre provocar el feliz encuentro con ese amor de Cristo que abraza y que salva.

209. La misión, entendida desde la perspectiva de la irradiación del amor del Corazón de Cristo, exige misioneros enamorados, que se dejan cautivar todavía por Cristo y que inevitablemente transmiten ese amor que les ha cambiado la vida. Entonces les duele perder el tiempo discutiendo cuestiones secundarias o imponiendo verdades y normas, porque su mayor preocupación es comunicar lo que ellos viven y, sobre todo, que los demás puedan percibir la bondad y la belleza del Amado a través de sus pobres intentos. ¿No es lo que ocurre con cualquier enamorado? Vale la pena tomar como ejemplo aquellas palabras con las que Dante Alighieri, enamorado, procuraba expresar esta lógica:

«Cada vez que la elogio cual presea,
amor me hace sentir con tal dulzura,
que, de obrar con sutil desenvoltura,
enamorara de ella a toda gente». [226]

210. Hablar de Cristo, con el testimonio o la palabra, de tal manera que los demás no tengan que hacer un gran esfuerzo para quererlo, ese es el mayor deseo de un misionero de alma. No hay proselitismo en esta dinámica de amor, son las palabras del enamorado que no molestan, que no imponen, que no obligan, sólo mueven a los otros a preguntarse cómo es posible tal amor. Con el máximo respeto ante la libertad y la dignidad del otro, el enamorado sencillamente espera que le permitan narrar esa amistad que le llena la vida.

211. Cristo te pide que, sin descuidar la prudencia y el respeto, no tengas vergüenza de reconocer tu amistad con él. Te pide que te atrevas a contar a los otros que te hace bien haberlo encontrado: «Al que me reconozca abiertamente ante los hombres, yo lo reconoceré ante mi Padre que está en el cielo» (Mt 10, 32). Pero para el corazón amante no es una obligación, es una necesidad difícil de contener: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1Co 9, 16); «había en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado en mis huesos: me esforzaba por contenerlo, pero no podía» (Jr 20, 9).

En comunión de servicio

212. No se debería pensar en esta misión de comunicar a Cristo como si fuera solamente algo entre él y yo. Se vive en comunión con la propia comunidad y con la Iglesia. Si nos alejamos de la comunidad, también nos iremos alejando de Jesús. Si la olvidamos y no nos preocupamos por ella, nuestra amistad con Jesús se irá enfriando. Nunca se debería olvidar este secreto. El amor a los hermanos de la propia comunidad —religiosa, parroquial, diocesana, etc.— es como un combustible que alimenta nuestra relación de amigos con Jesús. Los actos de amor a los hermanos de comunidad pueden ser el mejor o, a veces, el único modo posible de expresar ante los demás el amor de Jesucristo. Lo decía el mismo Señor: «En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros» (Jn 13, 35).

213. Es un amor que se vuelve servicio comunitario. No me canso de recordar que Jesús lo dijo con gran claridad: «Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25, 40). Él te propone que lo encuentres también allí, en cada hermano y en cada hermana, especialmente en los más pobres, despreciados y abandonados de la sociedad. ¡Qué hermoso encuentro!

214. Por lo tanto, si nos dedicamos a ayudar a alguien eso no significa que nos olvidemos de Jesús. Al contrario, lo encontramos a él de otra manera. Y cuando intentamos levantar y curar a alguien, Jesús

está ahí codo a codo con nosotros. De hecho, es bueno recordar que cuando envió a sus discípulos a la misión «el Señor los asistía» (Mc 16,20). Él está allí, trabajando, luchando y haciendo el bien con nosotros. De un modo misterioso, es su amor el que se manifiesta a través de nuestro servicio, él mismo le habla al mundo con ese lenguaje que a veces no puede tener palabras.

215. Él te envía a derramar el bien y te impulsa por dentro. Para eso te llama con una vocación de servicio: harás el bien como médico, como madre, como docente, como sacerdote. Donde sea podrás sentir que él te llama y te envía a vivir esa misión en la tierra. Él mismo nos dice: «Yo los envío» (Lc 10, 3). Esto es parte de la amistad con él. Por eso, para que esa amistad madure, hace falta que te dejes enviar por él a cumplir una misión en este mundo, con confianza, con generosidad, con libertad, sin miedos. Si te encierras en tus comodidades eso no te dará seguridad, siempre aparecerán temores, tristezas, angustias. Quien no cumple su misión en esta tierra no puede ser feliz, se frustra. Entonces mejor déjate enviar, déjate conducir por él adonde él quiera. No olvides que él va contigo. No es que te lanza al abismo y te deja abandonado a tus propias fuerzas. Él te impulsa y va contigo. Él lo prometió y lo cumple: «Yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

216. De alguna manera tienes que ser misionero, como lo fueron los apóstoles de Jesús y los primeros discípulos, que salieron a anunciar el amor de Dios, salieron a contar que Cristo está vivo y que vale la pena conocerlo. Santa Teresa del Niño Jesús lo vivía como parte inseparable de su ofrenda al Amor misericordioso: «Quería dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la sed de almas». [227] Esa también es tu misión. Cada uno la cumple a su modo, y tú verás cómo podrás ser misionero. Jesús se lo merece. Si te atreves, él te iluminará. Él te acompañará y te fortalecerá, y vivirás una valiosa experiencia que te hará mucho bien. No importa si puedes ver algún resultado, eso déjaselo al Señor que trabaja en lo secreto de los corazones, pero no dejes de vivir la alegría de intentar comunicar el amor de Cristo a los demás.

CONCLUSIÓN

217. Lo expresado en este documento nos permite descubrir que lo escrito en las encíclicas sociales *Laudato si'* y *Fratelli tutti* no es ajeno a nuestro encuentro con el amor de Jesucristo, ya que bebiendo de ese amor nos volvemos capaces de tejer lazos fraternos, de reconocer la dignidad de cada ser humano y de cuidar juntos nuestra casa común.

218. Hoy todo se compra y se paga, y parece que la propia sensación de dignidad depende de cosas que se consiguen con el poder del dinero. Sólo nos urge acumular, consumir y distraernos, presos de un sistema degradante que no nos permite mirar más allá de nuestras necesidades inmediatas y mezquinas. El amor de Cristo está fuera de ese engranaje perverso y sólo él puede liberarnos de esa fiebre donde ya no hay lugar para un amor gratuito. Él es capaz de darle corazón a esta tierra y reinventar el amor allí donde pensamos que la capacidad de amar ha muerto definitivamente.

219. La Iglesia también lo necesita, para no reemplazar el amor de Cristo con estructuras caducas, obsesiones de otros tiempos, adoración de la propia mentalidad, fanatismos de todo tipo que terminan ocupando el lugar de ese amor gratuito de Dios que libera, vivifica, alegra el corazón y alimenta las comunidades. De la herida del costado de Cristo sigue brotando ese río que jamás se agota, que no pasa, que se ofrece una y otra vez para quien quiera amar. Sólo su amor hará posible una humanidad nueva.

220. Pido al Señor Jesucristo que de su Corazón santo broten para todos nosotros esos ríos de agua viva que sanen las heridas que nos causamos, que fortalezcan la capacidad de amar y de servir, que nos impulsen para que aprendamos a caminar juntos hacia un mundo justo, solidario y fraternal. Eso será hasta que celebremos felizmente unidos el banquete del Reino celestial. Allí estará Cristo resucitado, armonizando todas nuestras diferencias con la luz que brota incesantemente de su Corazón abierto. Bendito sea.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 24 de octubre del año 2024, décimo segundo de mi Pontificado.

[1] Buena parte de las reflexiones de este primer capítulo se han dejado inspirar por escritos inéditos del sacerdote Diego Fares, S.I., que el Señor lo tenga en su santa gloria.

[2] Cf. Homero, *Ilíada*, 21, 441.

[3] Cf. *ibid.*, 10, 244.

[4] Cf. *Timeo*, 65 c-d y 70.

[5] *Homilia durante la Santa Misa*, Domus Sanctae Marthae (14 octubre 2016): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (21 octubre 2016), p. 9.

[6] S. Juan Pablo II, *Ángelus* (2 julio 2000): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (7 julio 2000), p. 1.

[7] Id., *Catequesis* (8 junio 1994): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (10 junio 1994), p. 3.

[8] *Los demonios*, Alianza, Madrid 2011.

[9] Romano Guardini, *Religiöse Gestalten in Dostojewskijs Werk. Studien über den Glauben*, Grünwald/Schöningh, Mainz/Paderborn 1989, 236 f.

[10] Karl Rahner, *Algunas tesis para la teología del culto al corazón de Jesús*, en *Escritos de Teología*, t. 3, Taurus, Madrid 1961, 370.

[11] *Ibid.*, 371.

[12] Byung-Chul Han, *El corazón de Heidegger. El concepto de «estado de ánimo» de Martín Heidegger*, Herder, Barcelona 2021, 68-69.

[13] *Ibid.*, 107; cf. 313.

[14] Cf. id., *La agonía del Eros*, Herder, Barcelona 2014, 9-11.

[15] Martin Heidegger, *Aclaraciones a la poesía de Hölderlin*, Alianza, Madrid 2005, 133.

[16] Cf. Michel de Certeau, *L'espace du désir ou le «fondement» des Exercices spirituels: Christus 77* (1973), pp. 118-128.

[17] *Itinerarium mentis in Deum*, VII, 6, en *Obras de San Buenaventura*, I, BAC, Madrid 1945, 633.

[18] *Proemium in ISent.*, q. 3, en *Opera Omnia*, vol. 1, Ex typographia Colegii S. Bonaventurae, Quaracchi 1882, 13.

[19] S. John Henry Newman, *Meditaciones y devociones*, Edibesa, Madrid 2007, 310.

[20] Const. past. *Gaudium et spes*, 82.

[21] *Ibid.*, 10.

[22] *Ibid.*, 14.

[23] Cf. Dicasterio para la Doctrina de la Fe, *Declaración Dignitas infinita* (2 abril 2024), 8: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (12 abril 2024), p. 7.

[24] Const. past. *Gaudium et spes*, 26.

[25] S. Juan Pablo II, *Ángelus* (28 junio 1998): *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (3 julio 1998), p. 1.

[26] Carta enc. *Laudato si’* (24 mayo 2015), 83: AAS 107 (2015), 880.

[27] *Homilía durante la Santa Misa*, Domus Sanctae Marthae (7 junio 2013): *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (14 junio 2013), p. 2.

[28] Pío XII, Carta enc. *Haurietis aquas* (15 mayo 1956), 6: AAS 48 (1956), 316.

[29] Pío VI, Constitución *Auctorem fidei* (28 agosto 1794), 63: DH, 2663.

[30] León XIII, Carta enc. *Annum Sacrum* (25 mayo 1899): ASS 31 (1898-99), 649.

[31] Ibíd.: «Inest in Sacro Corde symbolum atque expressa imago infinitae Iesu Christi caritatis».

[32] Ángelus (9 junio 2013): *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (14 junio 2013), p. 4.

[33] Se comprende así por qué la Iglesia haya prohibido que se coloquen sobre el altar representaciones del solo corazón de Jesús o de María (cf. Respuesta de la S. Congregación de Ritos al sacerdote Charles Lecoq, P.S.S., 5 abril 1879: *Decreta Authentica Congregationis Sacrorum Rituum ex actis ejusdem Collecta*, vol. 3, n. 3492, Ex typographia polyglotta S. C. de Propaganda Fide, Roma 1900, 107-108). Fuera de la Liturgia, «para la devoción privada» (*ibid.*) puede utilizarse el simbolismo de un corazón como expresión didáctica, figura estética o «emblema» que invita a pensar en el amor de Cristo, pero se corre el riesgo de tomar el corazón como objeto de adoración o de diálogo espiritual separadamente de la persona de Cristo. El 31 de marzo de 1887 la Congregación dio otra respuesta semejante (*ibid.*, n. 3673, 187).

[34] Conc. Ecum. de Trento, Ses. XXV, Decreto *Mandat Sancta Synodus* (3 diciembre 1563): DH, 1823.

[35] V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), 259.

[36] Carta enc. *Haurietis aquas* (15 mayo 1956), 11-12: AAS 48 (1956), 323-324.

[37] *Ep.* 261, 3: PG 32, 972.

[38] *In Ioann.*, Homil. 63, 2: PG 59, 350.

[39] *De fide ad Gratianum*, lib. 2, cap. 7, 56: PL 16, 594 (ed. 1880).

[40] *Enarr. in Ps. 87*, 3, en *Obras de San Agustín*, XXI, Enarraciones sobre los salmos (3.º), BAC, Madrid 1956, 274-275.

[41] Cf. *De fide orth.* 3, 6.20: PG 94, 1006.1081.

[42] Olegario González de Cardenal, *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2010, 70-71.

[43] *Ángelus* (1 junio 2008): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (6 junio 2008), p. 1.

[44] Pío XII, Carta enc. *Haurietis aquas* (15 mayo 1956), 15: AAS 48 (1956), 327-328.

[45] *Ibid.*, 28: AAS 48 (1956), 343-344.

[46] Benedicto XVI, *Ángelus* (1 junio 2008): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (6 junio 2008), p. 1.

[47] Vigilio, *Constitución Inter innumerias solicitudines* (14 mayo 553): DH, 420.

[48] Conc. Ecum. de Éfeso, *Anatematismos de Cirilo de Alejandría*, 8: DH, 259.

[49] Conc. Ecum. II de Constantinopla, Ses. 8 (2 junio 553), Canon 9: DH, 431.

[50] *Cántico espiritual* (A - primera redacción), Canción 22, 4, en *S. Juan de la Cruz, Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2010, 1234.

[51] *Ibid.*, Canción 12, 8, 1188.

[52] *Ibid.*, Canción 12, 1, 1184.

[53] «No hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y a quien nosotros estamos destinados» (1 Co 8,6). «A Dios, nuestro Padre, sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén» (Flp 4,20). «Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo» (2 Co 1,3).

[54] Carta ap. *Tertio millennio adveniente* (10 noviembre 1994), 49: AAS 87 (1995), 35.

[55] *In Ep. ad Rom.*, 7: PG 5, 694.

[56] «Que el mundo sepa que yo amo al Padre» (Jn 14,31). «El Padre y yo somos una sola cosa» (Jn 10,30). «¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?» (Jn 14,10).

[57] «Voy al Padre» (*pros ton Patéra*: Jn 16,28). «Yo vuelvo a ti» (*pros se*: Jn 17,11).

[58] «*Eis ton kolpon tou Patrós*».

[59] *Adv. Haer.* III, 18, 1: PG 7, 932.

[60] *In Ioann.* II, 2: PG 14, 110.

[61] *Ángelus* (23 junio 2002): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (28 junio 2002), p. 1.

[62] S. Juan Pablo II, *Mensaje con motivo del centenario de la consagración del género humano al Sagrado Corazón realizada por León XIII*, Varsovia (11 junio 1999): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (2 julio 1999), p. 7.

[63] Íd., *Ángelus* (8 junio 1986), 4: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (15 junio 1986), pp. 1 y 4.

[64] Homilía, *Visita al Policlínico Gemelli y a la Facultad de Medicina de la Università Cattolica del Sacro Cuore* (27 junio 2014): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (4 julio 2014), p. 11.

[65] Cf. Ef 1,5.7; 2,18; 3,12.

[66] Cf. Ef 2,5.6; 4,15.

[67] Cf. Ef 1,3.4.6.7.11.13.15; 2,10.13.21.22; 3,6.11.21.

[68] *Mensaje con motivo del centenario de la consagración del género humano al Sagrado Corazón realizada por León XIII*, Varsovia (11 junio 1999): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (2 julio 1999), p. 6.

[69] «Puesto que el Sagrado Corazón es el símbolo y la imagen expresa de la caridad infinita de Jesucristo, caridad que nos incita a devolverle amor por amor, es natural que nos consagremos a este corazón tan santo. Obrar así, es darse y unirse a Jesucristo [...]. Hoy, tenemos aquí otro emblema bendito y divino que se ofrece a nuestros ojos: Es el Corazón sacramentísimo de Jesús, sobre el que se levanta la cruz, y que brilla con un magnífico resplandor rodeado de llamas. En él debemos poner todas nuestras esperanzas; tenemos que pedirle y esperar de él la salvación de los hombres». León XIII, Carta enc. *Annum Sacrum* (25 mayo 1899): ASS 31 (1898-99), 649, 651.

[70] «En este faustísimo signo y en esta forma de devoción consiguiente, ¿no es verdad que se contiene la suma de toda la religión y aun la norma de vida más perfecta, como que más expedidatamente conduce los ánimos a conocer íntimamente a Cristo Señor Nuestro, y los impulsa a amarlo más vehementemente, y a imitarlo con más eficacia?». Pío XI, Carta enc. *Miserentissimus Redemptor* (8 mayo 1928), 3: AAS 20 (1928), 167.

[71] «Es el acto de religión por excelencia, esto es, una plena y absoluta voluntad de entregarnos y consagrarnos al amor del Divino Redentor, cuya señal y símbolo más viviente es su Corazón traspasado. [...] En él podemos considerar no sólo el símbolo, sino también, en cierto modo, la síntesis de todo el misterio de nuestra Redención. [...] Jesucristo expresamente y en repetidas veces mostró su Corazón como el símbolo más apto para estimular a los hombres al conocimiento y a la estima de su amor; y al mismo tiempo lo constituyó como señal y prenda de su misericordia y de su gracia para las necesidades espirituales de la Iglesia en los tiempos modernos». Pío XII, Carta enc. *Haurietis aquas* (15 mayo 1956), 2, 24, 26: AAS 48 (1956), 311, 336, 340.

[72] *Catequesis* (8 junio 1994), 2: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (10 junio 1994), p. 3.

[73] *Ángelus* (1 junio 2008): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (6 junio 2008), p. 1.

[74] Carta enc. *Haurietis aquas* (15 mayo 1956), 28: AAS 48 (1956), 344.

[75] Cf. *ibíd.*, 24: AAS 48 (1956), 336.

[76] «El valor de las revelaciones privadas es esencialmente diferente al de la única revelación pública: ésta exige nuestra fe [...]. Una revelación privada [...] es una ayuda que se ofrece pero que no es obligatorio usarla». Benedicto XVI, Exhort. ap. *Verbum Domini* (30 septiembre 2010), 14: AAS 102 (2010), 696.

[77] Carta enc. *Haurietis aquas* (15 mayo 1956), 26: AAS 48 (1956), 340.

[78] *Ibid.*, 28: AAS 48 (1956), 344.

[79] *Ibid.*

[80] Exhort. ap. *C'est la confiance* (15 octubre 2023), 20: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (20 octubre 2023), p. 4.

[81] Ms A, 83v.º, en Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2006, 245.

[82] S. María Faustina Kowalska, *Diario*, 47 (22 febrero 1931), Marian Press, Stockbridge 2012, 46.

[83] Cf. *Mišna Sukkâ* IV, 5.9.

[84] Carta al Prepósito general de la Compañía de Jesús, *Paray-le-Monial* (5 octubre 1986): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (19 octubre 1986), p. 4.

[85] *Acta de los mártires de Lyon*, en Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, libro 5, c. 1, 22, BAC, Madrid 2008, 272.

[86] Rufino, libro 5, c. 1, 22: GCS 9/1, *Eusebius*, II, 1, 411.

[87] S. Justino, *Dial.* 135: PG 6, 787.

[88] Novaciano, *De Trinitate*, 29: PL 3, 944. Cf. S. Gregorio de Elvira, en *Tractatus Origenis de libris Sanctorum Scripturarum*, XX, 12: CCSL 69, 144.

[89] S. Ambrosio, *Expl. Ps.* I, 33: PL 14, 983-984.

[90] Cf. *Tract. in Ioann.* 61, 6, en *Obras de San Agustín*, XIV, Tratados sobre el Evangelio de san Juan (36-124), BAC, Madrid 1957, 339.

[91] *Carta 3, A Rufino*, 4, en S. Jerónimo, *Obras completas*, Xa, Epistolario I, BAC, Madrid 2013, 18-19.

[92] *Sermón 61*, 4, en S. Bernardo, *Obras completas*, II, BAC, Madrid 1955, 405.

[93] Cf. *Exposición sobre el Cantar de los Cantares*, Sigueme, Salamanca 2013, 79.

[94] Guillermo de Saint-Thierry, *Acerca de la naturaleza y la dignidad del amor*, Sigueme, Salamanca 2023, 13.

[95] Íd., *Oraciones meditadas* 8, 6, en *Carta de oro y oraciones meditadas*, Monte Carmelo, Burgos 2013, 232.

[96] S. Buenaventura, *Jesucristo, árbol de la vida*, 30, en *Obras de San Buenaventura*, II, BAC, Madrid 1946, 331.

[97] *Ibid.*

[98] S. Gertrudis de Helfta, en *Revelaciones de Santa Gertrudis la Magna, virgen de la Orden de San Benito*, Monasterio de Santo Domingo de Silos, Burgos 1932, 415.

[99] Léon Dehon, *Directoire spirituel des prêtres du Sacré Cœur de Jésus*, II, cap. VII, n. 141, Anciens Etablissement Splichal, Turnhout 1936.

[100] *El Diálogo*, 75, en *Obras de Santa Catalina de Siena*, BAC, Madrid 1996, 183.

[101] Cf. Por ejemplo: Angelus Walz, *De veneratione divini cordis Jesu in Ordine Praedicatorum*, Pontificium Institutum Angelicum, Roma 1937.

[102] Rafael García Herreros, *San Juan Eudes*, Imprenta Olivieres y Domínguez, Bogotá 1943, 42.

[103] *Carta a santa Juana Francisca de Chantal* (24 abril 1610), en *Œuvres de Saint François de Sales*, t. 14, Cartas, vol. 4, Monastère de la Visitation, Annecy 1906, 289.

[104] *Sermón en el segundo domingo de Cuaresma* (20 febrero 1622), en *Œuvres de Saint François de Sales*, t. 10, Sermones, vol. 4, Niérat, Annecy 1898, 243-244.

[105] *Carta a santa Juana Francisca de Chantal* (31 mayo 1612), en *Œuvres de Saint François de Sales*, t. 15, Cartas, vol. 5, Monastère de la Visitation, Annecy 1908, 221.

[106] *Carta a Marie Aimée de Blonay* (18 febrero 1618), en *Œuvres de Saint François de Sales*, t. 18, Cartas, vol. 8, Monastère de la Visitation, Annecy 1912, 170-171.

[107] *Carta a santa Juana Francisca de Chantal* (fines de noviembre 1609), en *Œuvres de Saint François de Sales*, t. 14, 214.

[108] *Ibid.* (aprox. 25 febrero 1610), 253.

[109] *Entretenimientos espirituales 12. Sobre la sencillez y la prudencia religiosas*, en *Œuvres de Saint François de Sales*, t. 6, Niérat, Annecy 1895, 217.

[110] *Carta a santa Juana Francisca de Chantal* (10 junio 1611), en *Œuvres de Saint François de Sales*, t. 15, 63.

[111] S. Margarita María Alacoque, *Autobiografía*, c. IV, El Mensajero, Bilbao 1890, 106-107.

[112] *Ibid.*, 106.

[113] *Ibid.*, c. V, 114.

[114] Cf. Dicasterio para la Doctrina de la Fe, *Normas para proceder en el discernimiento de presuntos fenómenos sobrenaturales* (17 mayo 2024), Presentación - Motivos para la nueva redacción de las Normas; I, A, 12.

[115] *Autobiografía*, c. VIII, 187.

[116] S. Margarita María Alacoque, *Carta 110, A la Hermana de la Barge*, Moulins (22 octubre 1689), en *Vida y Obras completas*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1948, 400.

[117] *Íd.*, *Autobiografía*, c. IV, 107.

[118] *Ibid.*, c. V, 114-115.

[119] S. Claudio de La Colombière, *Acto de confianza*, en *Escritos Espirituales del beato Claudio de La Colombière, S.J.*, Mensajero, Bilbao 1979, 110.

[120] *Ibíd.*, *Ejercicios espirituales en Londres* (1-8 febrero 1677), 11, Devoción al Sagrado Corazón, 103-104.

[121] *Ibíd.*, *Ejercicios espirituales en Lyon* (oct.-nov. 1674), Tercera Semana, 2, Prendimiento de Jesucristo, 71.

[122] Cf. *Carta a Madame de Bondy* (27 abril 1897), en *Écrits spirituels*, De Gigord, París 1923, 79.

[123] *Carta a Madame de Bondy* (15 abril 1901), en *Lettres à Madame de Bondy. De la Trappe à Tamanrasset*, Desclée de Brouwer, París 1966, 83. Cf. *ibíd.* (abril 1909), 180: «Por ti conocí las exposiciones del Santísimo, las bendiciones y el Sagrado Corazón».

[124] *Carta a Madame de Bondy* (7 abril 1890), en *Lettres à Madame de Bondy*, 30.

[125] *Carta al abate Huvelin* (27 junio 1892), en C. Foucauld - H. Huvelin, *Correspondance inédite*, Desclée de Brouwer, Tournai 1957, 22.

[126] *Méditations sur Ancien Testament*, Roma 1896.

[127] *Carta al abate Huvelin* (16 mayo 1900), en C. Foucauld - H. Huvelin, *Correspondance inédite*, 156.

[128] *Diario* (17 mayo 1906).

[129] *Cta 67, A la señora de Guérin* (18 noviembre 1888), 391.

[130] *Cta 122, A Celina* (14 octubre 1890), 449.

[131] *Poesía 23, Al Sagrado Corazón de Jesús* (21 junio u octubre 1895), 679-680.

[132] *Cta 247, Al abate Bellière* (21 junio 1897), 601.

[133] *Últimas conversaciones. Cuaderno amarillo* (11 julio 1897), 833.

[134] *Cta 197, A sor María del Sagrado Corazón* (17 septiembre 1896), 554-555. Esto no significa que santa Teresa del Niño Jesús no ofreciera sacrificios, dolores, angustias como un modo de asociarse al sufrimiento de Cristo, pero cuando quería ir al fondo se preocupaba por no dar a estos ofrecimientos una importancia que no tienen.

[135] *Cta 142, A Celina* (6 julio 1893), 476.

[136] *Cta 191, A Leonia* (12 julio 1896), 545.

[137] *Cta 226, Al P. Roulland* (9 mayo 1897), 587.

[138] *Cta 258, Al abate Bellière* (18 julio 1897), 611.

[139] S. Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, 104.

[140] *Ibíd.*, 297.

[141] Cf. *Carta a Ignacio de Loyola* (23 enero 1541), en *Lettres et instructions*, Lessius, Namur 2017, 84.

[142] *Vida de Ignacio de Loyola*, c. 8, 96, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2021, 147.

[143] *Ejercicios espirituales*, 54.

[144] Cf. *ibid.*, 230 ss.

[145] XXIII Congregación General de la Compañía de Jesús, Decreto 46, 1: *Institutum Societatis Iesu*, 2, Florencia 1893, 511.

[146] *En Él solo... la esperanza*, Secretariado General del Apostolado de la Oración, Roma 1982, 180.

[147] *Carta al Prepósito general de la Compañía de Jesús*, Paray-le-Monial (5 octubre 1986): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (19 octubre 1986), p. 4.

[148] *Conferencias a los Misioneros. La pobreza*, 55 (13 agosto 1655), en S. Vicente de Paúl, *Obras completas*, t. 11/3, Sigueme, Salamanca 1974, 156.

[149] *Conferencias a las Hijas de la Caridad. Mortificación, correspondencia, comidas, salidas (Reglas comunes*, arts. 24-27), 89 (9 diciembre 1657), t. 9/2, 974.

[150] S. Daniel Comboni, *Carta pastoral para la Consagración del Vicariato al Sagrado Corazón*, El-Obeid (1 agosto 1873), en *Escritos*, 515 (485), 3324.

[151] Cf. *Homilía durante la Santa Misa de canonización* (18 mayo 2003): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (23 mayo 2003), p. 5.

[152] Carta enc. *Dives in misericordia* (30 noviembre 1980), 13: AAS 72 (1980), 1219.

[153] *Catequesis* (20 junio 1979): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (24 junio 1979), p. 3.

[154] Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús, *Regla de Vida. Constituciones y Directorio General*, Roma 1988, 3.

[155] Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús (Sociedad del Sagrado Corazón), *Constituciones* 1982, 7.

[156] Carta enc. *Miserentissimus Redemptor* (8 mayo 1928), 10: AAS 20 (1928), 174.

[157] Cuando se ejercita la fe, referida a Cristo, el alma accede no sólo a unos recuerdos, sino a la realidad de su vida divina (cf. S. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II-II, q. 1, a. 2, ad 2; q. 4, a. 1).

[158] Pío XI, Carta enc. *Miserentissimus Redemptor* (8 mayo 1928), 10: AAS 20 (1928), 174.

[159] *Homilía en la Misa Crismal* (28 marzo 2024): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (29 marzo 2024), pp. 4-5.

[160] S. Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, 203.

[161] *Homilía en la Misa Crismal* (28 marzo 2024): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (29 marzo 2024), p. 4.

[162] S. Margarita María Alacoque, *Autobiografía*, c. V, 115.

[163] Íd., *Carta 133* (3 noviembre 1689), Al P. Croiset, en *Vida y Obras completas*, 464.

[164] Íd., *Autobiografía*, c. VIII, 187.

[165] Carta enc. *Annum Sacrum* (25 mayo 1899): ASS 31 (1898-99), 649.

[166] Juliano, *Carta a Arsacio, sumo sacerdote de Galacia, Antioquía* (invierno de 362-363): *Boletín del Instituto de Estudios Helénicos*, 5 (1971), p. 94.

[167] *Ibid.*, pp. 93-94.

[168] Dicasterio para la Doctrina de la Fe, *Declaración Dignitas infinita* (2 abril 2024), 19: *L’Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (12 abril 2024), p. 9.

[169] Cf. Benedicto XVI, *Carta al Prepósito general de la Compañía de Jesús, con motivo del 50º aniversario de la encíclica Haurietis aquas* (15 mayo 2006): AAS 98 (2006), 461.

[170] *In Num.*, *Homil.* 12, 1: PG 12, 657.

[171] Ep. 29, 24: PL 16, 1060.

[172] *Adv. Arium* 1, 8: PL 8, 1044.

[173] Cf. *Tract. in Ioann.* 32, 4, en *Obras de San Agustín, XIII, Tratados sobre el Evangelio de san Juan* (1-35), BAC, Madrid 1955, 749.

[174] *Expos. in Ev. S. Ioannis*, cap. 7, lectio 5.

[175] Pío XII, Carta enc. *Haurietis aquas* (15 mayo 1956), 26: AAS 48 (1956), 321.

[176] S. Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptoris Mater* (25 marzo 1987), 38: AAS 79 (1987), 411.

[177] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 62.

[178] *Ibid.*, 60.

[179] Sermón 20, 4, en S. Bernardo, *Obras completas*, II, 122.

[180] *Introducción a la vida devota*, III, c. 35, en *Obras selectas*, BAC, Madrid 2010, 186-187.

[181] *Sermón en el domingo XVII después de Pentecostés* (30 septiembre 1618), en *Œuvres de Saint François de Sales*, t. 9, Sermones, vol. 3, Niérat, Annecy 1897, 200-201.

[182] *Retiro hecho en Nazaret del 5 al 15 de noviembre de 1897. Jesús en su pasión*, en *Escritos espirituales*, Studium, Madrid 1964, 58.

[183] Desde el 19 de marzo de 1902 todas sus cartas están encabezadas con las palabras *Iesus Caritas*, separadas por un corazón coronado por una cruz.

[184] *Carta al abate Huvelin* (15 julio 1904), en C. Foucauld - H. Huvelin, *Correspondance inédite*, 211.

[185] *Carta a dom Martin* (25 enero 1903), en *Cahiers Charles de Foucauld*, vol. 2, 154.

[186] Anexo VI en René Voillaume, *Les fraternités du Père de Foucauld*, Cerf, París 1946, 173.

[187] *Méditations des saints Évangiles sur les passages relatifs à quinze vertus* (Nazaret 1897-1898), *Charité* 77 (Mt 20,28), en C. Foucauld, *Aux plus petits de mes frères*, Nouvelle Cité, París 1973, 82.

[188] *Ibíd.*, *Charité* 90 (Mt 27,30), 95.

[189] *Quelques directeurs d'âmes au XVII siècle*, Librairie Victor Lecoffre J. Gabalda, París 1911, 97.

[190] *Conferencias a las Hijas de la Caridad. Servicio de los enfermos, cuidado de la propia salud (Reglas comunes*, arts. 12-16), 85 (11 noviembre 1657), t. 9/2, 917.

[191] *Reglas comunes de la Congregación de la Misión*, c. 2, 6 (17 mayo 1658), t. 10, 470.

[192] *Carta al Prepósito general de la Compañía de Jesús, Paray-le-Monial* (5 octubre 1986): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (19 octubre 1986), p. 4.

[193] S. Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsin. Reconciliatio et Paenitentia* (2 diciembre 1984), 16: AAS 77 (1985), 215.

[194] Cf. *Carta enc. Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987), 36: AAS 80 (1988), 561-562.

[195] *Carta enc. Centesimus annus* (1 mayo 1991), 41: AAS 83 (1991), 844-845.

[196] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1888.

[197] Cf. *Catequesis* (8 junio 1994), 2: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (10 junio 1994), p. 3.

[198] *Discurso a los participantes del Coloquio internacional «Réparer l'irréparable», en el 350 aniversario de las apariciones de Jesús en Paray-le-Monial* (4 mayo 2024): *L'Osservatore Romano* (4 mayo 2024), p. 12.

[199] *Ibid.*

[200] *Homilia durante la Santa Misa, Domus Sanctae Marthae* (6 marzo 2018): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (16 marzo 2018), p. 10.

[201] *Discurso a los participantes del Coloquio internacional «Réparer l'irréparable», en el 350 aniversario de las apariciones de Jesús en Paray-le-Monial* (4 mayo 2024): *L'Osservatore Romano* (4 mayo 2024), p. 12.

[202] *Homilia en la Misa Crismal* (28 marzo 2024): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (29 marzo 2024), p. 5.

[203] *Ibid.*

[204] *Ibid.*

[205] *Carta enc. Laudato si'* (24 mayo 2015), 80: AAS 107 (2015), 879.

[206] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1085.

[207] *Ibíd.*, 268.

[208] *Autobiografía*, c. IV, 107.

[209] *Ms A*, 84 r.º, 246.

[210] *Ibid.*

[211] *Ibid.*

[212] *Ms A*, 83v.º, 245; cf. Cta 226, *Al P. Roulland* (9 mayo 1897), 585-589.

[213] *Oración 6, Ofrenda de mí misma como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios* (9 junio 1895), 759.

[214] *Ms B*, 3v.º, 261.

[215] *Cta 186, A Leonia* (11 abril 1896), 538.

[216] *Cta 258, Al abate Bellière* (18 julio 1897), 611.

[217] Pío XI, Carta enc. *Miserentissimus Redemptor* (8 mayo 1928), 5: AAS 20 (1928), 169.

[218] *Ibid.*, 8: AAS 20 (1928), 172.

[219] S. Juan Pablo II, *Catequesis* (20 junio 1979): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (24 junio 1979), p. 3.

[220] *Homilía durante la Santa Misa, Domus Sanctae Marthae* (27 junio 2014): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (4 julio 2014), p. 10.

[221] *Mensaje con motivo del centenario de la consagración del género humano al Sagrado Corazón realizada por León XIII, Varsovia* (11 junio 1999): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (2 julio 1999), p. 6.

[222] *Ibid.*

[223] *Carta a Mons. Louis-Marie Billé, Arzobispo de Lyon, con motivo de la peregrinación a Paray-le-Monial* (4 junio 1999): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (2 julio 1999), p. 7.

[224] *Conferencias. Repetición de la oración* (22 agosto 1655), 58, t. 11/3, 190.

[225] *Carta Diserti interpretes* (25 mayo 1965), 4, en Francisco Cerro Chaves y Víctor Castaño Moraga [eds.], *Encíclicas y Documentos de los Papas sobre el Corazón de Jesús*, Monte Carmelo, Burgos 2009, 141.

[226] *Vita Nuova* XIX, 5-6.

[227] *Ms A*, 45 v.º, 166

